

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

INTRODUCCIÓN

La finalidad del siguiente documento es presentarnos la función e importancia de la piedad popular en nuestra Iglesia, pareciera que en muchas ocasiones la piedad popular ha tomado un lugar predominante dentro de nuestra fe, no obstante, es necesario saber determinar el lugar de la piedad popular y su verdadera relevancia. Esto no ha de llevar a mirar la piedad popular con escrúpulos o afirmar que es algo ajeno o de segundo grado de nuestra fe, al contrario, la fe del cristiano ha de alimentarse debidamente de la piedad popular, una piedad popular bien vivida nos ayuda a vivir una liturgia plena, consciente y activa.

Tres son los puntos de importancia para entender y aprender de la piedad popular, el ser de la piedad popular, el hacer de la piedad popular y el cómo hacer de la piedad popular, todos ellos en su conjunto marcan las pautas de la piedad popular, así como su comprensión, acción, difusión y el cómo vivirla de manera correcta, para poder tener un verdadero encuentro con Dios.

1. EL SER DE LA PIEDAD POPULAR

En el primer punto podemos entender la piedad popular como un hecho que se ha desprendido de los mismos pueblos que se han evangelizado, se entiende como una manera práctica y creativa de vivir el Evangelio, hemos de recordar que Latinoamérica es muy rica en cuanto a piedad popular, por ello los muchos documentos del Episcopado latinoamericano insisten en su importancia e invitan a no menospreciar el aporte que ésta ofrece a los cristianos. La piedad popular se caracteriza por ciertos elementos que resaltan su esencia y función dentro de la Iglesia, no podemos señalarla como un simple catálogo de actividades bonitas, campiranas, creativas o coloridas, sino como una verdadera espiritualidad, un verdadero camino de encuentro con Dios, el cual se fusiona con el quehacer litúrgico y perfecciona la vida del cristiano. Así pues, hemos de entenderla como la inculturación por excelencia del Evangelio.

1. La Piedad Popular como acontecimiento humano y cristiano en el corazón de la cultura

El Evangelio entró en la tierra del continente, acogiendo las diversas realidades culturales amerindias con los patrones culturales del catolicismo hispánico. Y en América se vivió un auténtico proceso de síntesis que dio origen a la expresión de un catolicismo mestizo; pues muchas de las antiguas costumbres fueron incorporadas a la expresión de vinculación con el Dios de Jesucristo, aceptado de manera creciente, y modelado permanentemente por la presencia de la Virgen María. El ethos cultural amerindio fue la tierra del primer encuentro del cristianismo, tierra que con el pasar de los siglos se volvió mestiza.

Benedicto XVI recuerda que la autenticidad de la síntesis del cristianismo “no supuso, en ningún momento, una alienación de las culturas precolombinas, ni fue una imposición de una cultura “extraña” pues las auténticas culturas no están encerradas

La Piedad Popular es una experiencia de verdadera integración entre las “cosas del cielo y de la tierra” Dios está presente en la realidad de las personas y su comunidad. Es un movimiento de Dios hacia el hombre, y esto es propio de la identidad cristiana de la fe.

2. La piedad popular en los documentos del Episcopado latinoamericano.

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

En el período previo al Concilio Vaticano II el énfasis pastoral estuvo en promover más bien una pastoral de elite, mirando con “cierto menosprecio” a la Piedad Popular. Se destacó en ella el elemento supersticioso, y se cuestionó su “incapacidad” para animar el proceso de búsqueda de estructuras más justas para la sociedad.

Sin embargo, a pesar de esta fuerte corriente en la reflexión teológico pastoral, el Documento de Medellín, a pesar de estar marcado por esta mirada negativa, dio una luz de acogida muy importante, afirmando que “la Iglesia acepta con gozo y respeto, purifica e incorpora al orden de la fe, los diversos elementos religiosos y humanos que se encuentran ocultos en esa religiosidad como “semillas del Verbo” y que constituyen o pueden constituir una “preparación evangélica”. Planteó que la cultura debe ser leída desde la experiencia latinoamericana y no sólo a través del código clásico occidental. No reconoce un auténtico espacio de evangelización, pero sí descubre un lugar preparatorio para la evangelización. Si bien no realiza mayores descubrimientos, podríamos decir que Medellín plantea la opción que la evangelización no es una cuestión sólo para algunos: si no implica al pueblo sencillo, se vuelve una fe sectaria.

En la década de los setenta, a partir de la mirada de Medellín, comenzó un abundante trabajo de reflexión sobre la Religiosidad popular en el continente, dando una mirada más positiva sobre todo el fenómeno. Esto preparó el camino a Puebla.

En el Documento de Puebla (1979) se parte afirmando los valores positivos que la Piedad Popular contiene, destacando la conciencia del Dios Trinitario, el amor a María y los santos, la conciencia de la dignidad personal y la fraternidad, la conciencia del pecado y su expiación, como la capacidad de expresar la fe en un lenguaje total, etc. En los aspectos negativos cita aquellos elementos ancestrales presentes como superstición, magia, fatalismo, idolatría; y otros como ignorancia, deformación de la catequesis, la reducción de la fe a una mera expresión contractual, constituyendo verdaderos obstáculos para la evangelización. Puebla descubre ante todo el valor que tiene la Religiosidad o Piedad Popular en el desarrollo de la vida de la fe del pueblo. No es una cuestión alienante, sino que por el contrario lo hace activo en el proceso de la evangelización y la conciencia de la responsabilidad social. En los elementos propios de la Piedad Popular hay toda una posibilidad de desarrollo y participación en la construcción de su historia de las personas. La opción preferencial por los pobres de Puebla implica entrar en corazón de la identidad de los humildes y sencillos, con la necesaria apreciación de su propia identidad cultural que constituye un alma propia latinoamericana.

En el breve Documento de Santo Domingo (1992) el énfasis fue colocado en la necesidad de evangelizar la cultura, mostrando la necesidad de profundizar en el proceso de “inculturación del Evangelio” en la realidad de la Piedad Popular. Este término aparece por primera vez en *Catechesi tradendae* de Juan Pablo II (1980). Se valora la Piedad Popular como una “expresión privilegiada de la inculturación de la fe” formando una verdadera matriz cultural. La expresión de la Piedad Popular en sí misma es el testimonio de este proceso de encuentro y acogida del Evangelio en el continente amerindio, aunque también reconoce Santo Domingo la necesidad de purificación de muchas de sus expresiones.

Es posible observar en los documentos de las Conferencias generales del episcopado latinoamericano un proceso creciente de mirada positiva y acogida de la Piedad Popular, lo que ayudó a continuar con el proceso creciente de reflexión y acogida en el trabajo pastoral,

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

tarea que por cierto no ha sido fácil, pero que por lo menos ha permitido reconocer los valores que posee. Esto sin duda dispuso el corazón de los pastores a las expresiones que se redactaron en Aparecida.

3. Elementos de la piedad popular.

a) Una legítima forma de espiritualidad

Al reflexionar sobre los textos de Aparecida nos encontramos con una gran novedad en sus expresiones al referirse a ella como “espiritualidad popular”. No nos equivocamos al afirmar que esta nueva mirada constituye un aporte iluminador en el camino del futuro para la vida pastoral de la misma Iglesia en latinoamericana y el Caribe, pues podemos decir que, por primera vez, se hace de ella una comprensión en la noción misma de la vida espiritual de la comunidad creyente.

La dimensión espiritual del ser humano responde a una condición fundamental de su naturaleza corpóreo espiritual, y por tanto es una necesidad primaria; pues por ella todo el ser del hombre adquiere sentido ante las preguntas más existenciales de la vida: la identidad, el origen, el fin último y el modo de actuar. La espiritualidad cristiana une todas las dimensiones de la naturaleza humana vivida y desarrollada en la realidad y las circunstancias de tiempo.

La espiritualidad cristiana permite la participación de la persona en el misterio de Cristo a través de un proceso de configuración en Él, que pone en ejercicio el don gratuito de la Gracia y el acto efectivo de la libertad humana. Así en la Iglesia, existe una única espiritualidad, la cristiana, de la que, según las acentuaciones de los tiempos y las experiencias más particulares de grupos creyentes, se generan espiritualidades más particulares; pero que comparten los mismos elementos fundamentales. Por ello, cuando Aparecida se refiere a la Piedad Popular, no quiere descubrir una nueva forma de espiritualidad; sino que descubre en la Piedad Popular los elementos de la espiritualidad y mística cristiana. Este aspecto resulta importante de comprender en las diversas acentuaciones que se destacan en el documento.

El sentido de trascendencia en la Piedad Popular aflora y se desarrolla de tantas maneras distintas. En cada hombre y mujer de devoción sencilla está el sentido de la adoración, inclinándose reverencialmente ante el Dios omnipotente. La persona se descubre en relación a los ciclos fundamentales de la naturaleza y de la vida, se aleja del sentido de la autosuficiencia, para colocarse junto a toda la Creación en la conciencia de la existencia sostenida en Dios.

La confianza espontánea en Dios configura al discípulo con Jesús al modo mismo de Jesús en la experiencia de la confianza absoluta en el Padre. No hay desarrollo de la vida espiritual sin la conciencia filial y paterna. El creyente es invitado a “configurarse” en las manos de Dios que es Padre, creciendo en la confianza del hijo. La Piedad popular contiene fuertemente esta experiencia de confianza. Cuando se hace la experiencia de la precariedad en la vida, se tiene mayor posibilidad de descubrir lo que es fundamental y primario.

La Piedad popular se desarrolla en la confianza de esta relación de amor teologal. El creyente sencillo se sabe cuidado por Dios, y busca de distintos modos manifestar su amor a Él, a la Virgen y los santos. De aquí se comprende por qué no escatima esfuerzos ni recursos para

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

manifestar su amor. La organización de las fiestas patronales, el cirio encendido, las danzas, los esfuerzos incluso físicos, son todas muestras de este amor; y que dialoga en el Amor de Dios. Si bien rompe los modos de una comprensión del amor teologal con características de mayor sobriedad, ello no quiere decir que el Espíritu no esté soplando por estos caminos diversos de unión con Dios, tan profunda como las que estamos más acostumbrados a percibir. La experiencia de diálogo con los peregrinos en los santuarios deja tan de manifiesto esta realidad; y quedamos sorprendidos al palpar el misterio del amor y la experiencia de él en el corazón de tantas personas humildes y sencillas.

Esta espiritualidad popular contiene una sabiduría popular trascendente. El documento recuerda que la sabiduría del amor “no depende directamente de la ilustración de la mente sino de la acción interna de la Gracia”, y sin duda que con ello se hace referencia a la vivencia de la mística que, fruto del encuentro de intimidad con el Señor, entra en la experiencia de la contemplación en el amor que introduce a la persona en un modo de conocer que es “metarracional”. No desconoce la racionalidad, pero podríamos decir que la supera al realizar en la contemplación la experiencia de la certeza de la Verdad.

Una auténtica espiritualidad cristiana no puede desconocer ningún aspecto de la naturaleza humana, pues la experiencia de salvación lo abarca todo. La integración de lo corpóreo, lo sensible y lo simbólico ocurre en el proceso de la configuración con Cristo. Se va produciendo una armonía entre la experiencia de los sentidos y la razón. La iluminación de la fe va armonizando todos los aspectos de manera que ninguno sea desconocido, pero tampoco absoluto. La experiencia del amor teologal armoniza al creyente dirigiéndolo por el camino de la integración de todo lo humano, lo que implica también redención.

La Piedad Popular ayuda en la oración a formular un diálogo desde la verdad de la persona, acogiendo muchos modos del lenguaje simbólico que, yendo más allá de las palabras, introducen en la profundidad de un lenguaje que constituyen experiencias, muchas veces sensibles, de confianza, filiación, amor; que no pueden ser contenidas por las palabras o el discurso. Así, la oración se vuelve un profundo impulso de amor que se lanza desde las diversas experiencias de la vida, apoyada en la imagen venerada del Señor, la Virgen o algún santo. Mirada que nos llena de emoción, y que dice más que muchas palabras. El cirio encendido acompañado de una oración musitada en silencio, la danza de los bailarines religiosos en medio del calor o del frío, y con el cansancio a cuestas, llegando al encuentro de la Madre, expresan la integración de todos los aspectos de lo humano en la Piedad Popular, siendo una gran riqueza que permite que no sea una experiencia que pueda ser fácilmente intelectualizada, sino que sea ante todo una experiencia que debe ser vivida.

Otro de los elementos que expresan los rasgos de una auténtica espiritualidad es la integración de las necesidades concretas. En la Piedad Popular la persona se abre a la dimensión del otro y a la mirada de lo propio, descubriendo en ello el paso mismo de Dios y de su querer. La oración recoge las súplicas de lo concreto con una gran audacia dada en la confianza filial de los hijos. No se desentiende de las realidades y conflictos de la temporalidad, aunque distingue con claridad los ámbitos de lo humano y lo sagrado.

Esta espiritualidad popular se vive en el corazón de la identidad del pueblo, en lo más hondo de su cultura, de tal modo que recoge y acoge lo que es verdaderamente humano y lo configura con autenticidad en Cristo, encarnando el Evangelio en la cultura. Así, la Piedad

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

Popular como hemos dicho, está encarnada en la realidad de los sencillos, que son conocedores del misterio de Dios y de su paso por la vida, expresando su fe, celebrándola y viviéndola en rico patrimonio de ritos, símbolos y gestos.

Lo anteriormente expuesto nos permite adherir a la valoración que realiza Aparecida de la Piedad Popular como espiritualidad. Es una auténtica forma de mística cristiana que permite a los discípulos que viven en la experiencia de las diversas culturas de nuestros pueblos latinoamericanos y caribeños la configuración con Cristo.

Esta experiencia no está exenta del crecimiento y profundización en la riqueza de sus contenidos; pero al descubrirla como espiritualidad colocamos esta realidad eclesial con su diversidad en el mismo corazón de desarrollo de la identidad de los cristianos. En definitiva, con Aparecida el modo de vivir y valorar la Piedad Popular nos desafía a cambios profundos en el principio de la alteridad y la complementariedad, pues esta espiritualidad de los sencillos, “no por eso, es menos espiritualidad, sino que lo es de otra manera”.

b) Lugar generador de búsqueda, encuentro y acogida de Dios

La Piedad Popular constituye una expresión que “refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer”. Ciertamente, la sed de Dios inscrita en la naturaleza humana, busca formas muy diversas de ser saciada. El resurgimiento del esoterismo, el auge de ritualidades orientales, el aumento de las sectas son ejemplos de esta búsqueda y que pierde horizonte. La Piedad popular inscrita en el corazón del pueblo, no sólo orienta las búsquedas de Dios, sino que también las sacia al colocar a través de sus diversas expresiones en contacto y diálogo con la misma presencia del Dios de la vida.

En el gesto tan arraigado en nuestros pueblos de peregrinar hacia los santuarios, repetido anual y festivamente por miles de peregrinos, se descubre una relación de encuentro que nunca es “masas” sino que siempre es experiencia personal. La Piedad popular permite un encuentro real, verdadero y existencial con el Señor que marca la vida de las personas.

La peregrinación es signo que evidencia la condición itinerante de las personas. Por ello que el peregrino, no tiene sólo la conciencia de la peregrinación física y geográfica; sino que también la conciencia y necesidad de la peregrinación interior o espiritual que plenifica con sentido la exterior. De esta forma la peregrinación interior, es sustento que orienta y fortalece con el fin de enfrentar las dificultades de la exterior: situaciones de precariedad, condiciones geográficas y climáticas adversas. En realidad, la peregrinación no ocurre en un momento y finaliza en otro, nuestro pueblo se experimenta en lo profundo de su alma en un estado peregrino; y esta es una condición básica del discípulo que está en camino tras las huellas de Cristo.

La peregrinación permite entrar en el encuentro transformante de la vida: al contacto con Dios, a través de los signos e imágenes sagradas, se experimenta su acogida. Un abrazo que es absoluto. La experiencia de ser acogidos por Dios, por la presencia de la Virgen María y los santos es fundamental. Hay una certeza clara que así ocurre. Se hace la experiencia del encuentro de amor. Hay en las expresiones de la Piedad Popular auténticos momentos de encuentro en esta gratuidad. La conciencia del amor acogedor de Dios introduce en un misterio que sobrepasa todo entendimiento pero que hace comprender hondamente la verdad de su misericordia.

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

La Piedad Popular posee en la expresión misma de sus gestos y actitudes una disposición dialogal con la bondad de Dios. No tiene el reparo de la desconfianza creada por el racionalismo, sino que introduce en la actitud de un niño que se abraza simplemente a su padre porque confía en Él. Frente a las duras situaciones de la vida y las experiencias de dolor, injusticias y muerte, nuestro pueblo no condena a Dios, sino que levanta sus ojos al cielo, esperando y aclamando siempre su misericordia. No deja de confiar en su obrar redentora ante la grandeza cercana de Dios

La Piedad Popular contribuye a generar una conciencia que se descubre no desprovista del cuidado de Dios. Posee la bella característica de experimentarlo como “siempre presente” y fuente de misericordia, donde todos tienen clara conciencia que pueden acudir, incluso cuando las opciones de la vida pudieran ser opuestas al planteamiento del Evangelio. Posee el don de hacer a Dios presente en la realidad misma de la vida, como recuerda el documento de Aparecida. La presencia de Dios providente en la vida, generan una visión del mundo que es cósmica y no caótica. Esta intelección, guardada en lo profundo de la cosmovisión amerindia, descubre que Dios, el Trascendente, está totalmente presente en la marcha de los días y las estaciones, en el devenir de los momentos de la vida. Dios está allí, y esta es una verdad, que tiene su comprobación en la misma experiencia de existir. La Piedad popular genera en el corazón del creyente una actitud positiva ante la vida que nunca es vencida por la adversidad; más bien esta se mostrará como una oportunidad de mostrar el designio y la bondad de Dios.

c) Espacio que genera identidad

La Piedad Popular, está construida en el tiempo en base a los elementos fundantes de la memoria de un pueblo. Es un verdadero ethos cultural, que da significación intelectual y afectiva al encuentro con Dios, quedando grabada esta experiencia en la conciencia personal, familiar, de un pueblo e incluso de un Estado, como es el caso de muchos países en Latinoamérica. Podemos afirmar entonces que, la Piedad Popular es un lugar identitario, en cuanto constituye un arca que guarda hechos significativos para la construcción de la identidad; pero no al modo de una bodega de acumulación clasificada por el tiempo, sino que tiene una condición de “actualización” al estar presente en la realidad de una conciencia que hace consciente de sí.

La identidad del pueblo latinoamericano está marcada por la fe cristiana que tocó la puerta del corazón amerindio y mestizo, acogiendo al Dios de Jesucristo, y esto ocurrió mayoritariamente en el seno de la familia de la Iglesia católica. La identidad católica de este continente se fue fraguando en la experiencia de una síntesis que, por el auxilio mismo del Espíritu, fue uniendo en el pueblo sencillo la memoria de una fe recibida con la experiencia de una identidad cultural propia. El pueblo fue capaz de generar una verdadera síntesis que permitió expresar la verdad de la fe cristiana sin abandonar el patrimonio de su identidad cultural, en un culto festivo, siempre esperanzador e íntimamente personal y comunitario, con una clara identidad católica, y una catolicidad hispana, proceso que sigue ocurriendo hoy.

La cultura latinoamericana está marcada por este hecho, haciendo un elemento arquetípico para la identidad común. Un peligro sería comprender esta realidad como una cuestión ocurrida en un momento, pensando que se encierra en sí misma y que no puede experimentar

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

desarrollo como condición de identidad. Todas las culturas no son cerradas en sí, sino que se abren al aporte, no sólo externo, sino al propio proceso de maduración que van realizando sus miembros.

d) Lugar privilegiado de la encarnación del Evangelio en la cultura del pueblo

La síntesis producida en la América mestiza es producto de procesos de permanentes implicaciones. Esta dialéctica generó una nueva mirada, un nuevo horizonte, marcado por la vivencia y memoria de Dios revelado en Jesucristo, y su presencia modulada por la raíz propia de un pueblo que no perdió su condición fundamental y arquetípica de comprensión del cosmos. El cristianismo vino a plenificar lo que estaba presente como “semillas y presencias mismas de Dios” Así hoy, nosotros, somos hijos e hijas de una cultura que está marcada por la tradición católica popular, y que inyectó de valores cristianos muchos aspectos de la existencia: el respeto a la vida, el valor de lo sagrado, la conciencia solidaria, el respeto por los lazos de unión, el amor a la Patria y la familia, etc.

La identidad cultural de nuestros pueblos está marcada por la presencia y valor de lo sagrado. Dios está mucho más presente en la conciencia y en la vida, cuestión que se vuelve difícil de comprender y aceptar, frente a quienes formulan una sociedad que sea indiferente a lo religioso y distante de lo cristiano. Allí está por todas partes la presencia de los innumerables actos de Piedad popular: desde los multitudinarios en los santuarios a los más escondidos en la vida familiar y personal, marcando el modo de comprender el mundo. Y si bien, está unido a un patrón heredado, se vuelve a confirmar en la libertad de las nuevas generaciones, al hacer propias las tradiciones de los padres y de los abuelos. Expresiones como: “mis papás me llevaban al santuario desde pequeño, ahora yo llevo a mis hijos para que sigan la tradición”, son el testimonio por el cual se vuelve a renovar la identidad religiosa de muchos en las actuales generaciones de creyentes; y que se identifican con las manifestaciones vividas y fortalecidas en el tiempo.

La identidad religiosa se ha vivido hondamente unida a la experiencia de la realidad de las personas en el contexto histórico, político y social. Así, los procesos de emancipación en América latina, han quedado íntimamente unidos a declaraciones explícitas de fe y actos de Piedad popular, como los ex votos de tantos próceres y proclamaciones juradas de invocación a la Madre del Señor. En la construcción de la identidad del país, la presencia de la identidad cristiana, a través de las expresiones de la Piedad Popular son innumerables; marcando los momentos cruciales de la historia, tanto en los triunfos y derrotas; como en calamidades naturales y situaciones de tensión y drama social.

Las nuevas culturas emergentes, tan complejas de definir, presentan la cuestión religiosa como un elemento privado aún en el ámbito social. A esto se resiste la expresión de la Piedad Popular, porque esta implica siempre la presencia del otro, nunca se es solo. El individualismo no tiene espacios en el corazón de la Fe Popular. La conciencia de la presencia de Dios en la vida, permite establecer aquellos diálogos y encuentros fundamentales que nos otorgan una identidad religiosa y dialogante con Dios, consigo mismo, la comunidad y la naturaleza, sacándonos de la tentación del encierro egoísta del yo en su auto referencia.

e) Espacio creativo y recreativo del sentido litúrgico simbólico

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

En la Piedad Popular se encuentra un hondo sentido litúrgico, estético y simbólico; y esto es comprensible por la misma estructura que posee, cuyo lenguaje dialogal es holístico e integrador de todos los elementos de la expresión humana.

La liturgia también constituye una experiencia que recoge la totalidad de la persona humana para disponerla en diálogo celebrativo con el Dios creador y redentor en Jesucristo. Posee un sentido comunitario y festivo que implica la participación consciente y fructífera. A través del rito, el creyente hace la experiencia de la Gloria trascendente de Dios, y contempla su belleza. Todo lo anterior dispone para la percusión vital de las palabras del Maestro en el corazón del discípulo, que lo forman y alientan en la vivencia misionera y testimonial de lo que cree.

La Piedad Popular posee estas categorías, y en la vivencia de expresiones rituales que no son necesariamente las sacramentales establecidas oficialmente en la liturgia de la Iglesia, se abre al diálogo y la acogida de la expresión sacramental y litúrgica de la fe. No son dos mundos separados. La misma tradición litúrgica de la Iglesia tiene muchas expresiones cuyas raíces brotan de la tradición popular, y la historia de la liturgia muestra la experiencia de unidad en los primeros siglos.

La liturgia encuentra en el ritual simbólico un modo de rica expresión del misterio inefable. Son signos y gestos que hablan, traducen al consciente el contenido de la fe; pero cuya traducción no es absolutizada por la racionalidad, sino que vuela más allá: hacia la totalidad del ser humano. La Piedad Popular, como hemos expresado anteriormente responde a una misma percepción antropológica: el hombre es “capax Dei” pero no lo manipula y gobierna con sus ritos. Hay una conciencia de la santidad y omnipotencia de Dios, que queda guardada en la expresión ritual simbólica y en la presencia del silencio. Por ello que la liturgia y la Piedad Popular se descubren a sí mismas contemplativas y sostenidas en el misterio de salvación en Jesucristo. Hacen la experiencia de ser puerta del santuario de lo sagrado donde se vive el encuentro de Dios con el hombre y del hombre con Dios. Plenitud que se encuentra en el banquete del Mesías cuya “cena recrea y enamora” toda la vida del hombre.

En este núcleo contemplativo se encuentra y dialoga lo litúrgico sacramental y el fervor popular. Esto demanda un actuar pastoral que comprenda la profundidad de esta relación, y pueda animar el desarrollo de los nexos adecuados de encuentro. Se vislumbra la necesidad de seguir caminando en la liturgia por su inculturación, y en la Piedad Popular en la conciencia de su riqueza y misión.

Las diversas manifestaciones de la Piedad Popular se han ido construyendo desde la concepción de lo simbólico y ritual, generando de esta forma la tradición popular, que, en la estructura de una necesaria repetición rígida de algunos cánones, permite la transmisión generacional de un ritual que proporciona identidad religiosa y cultural patrimonial.

Haciendo una aproximación a los elementos de estructuras simbólicas rituales comunes, dadas por el arquetipo humano, se pueden percibir algunas manifestaciones muy propias de la Piedad Popular y que son compartidas por la totalidad de los pueblos latinoamericanos.

El Santuario, constituye la memoria viva y profética de Dios. Es el espacio sagrado donde el peregrino hace la experiencia del encuentro con el Dios que lo acoge y lo escucha. Es el lugar más propio para el desarrollo de la mística y contemplación popular. El guarda la experiencia

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

de la fe de un pueblo que no pierde la identidad personal ni comunitaria; constituyendo en cada momento, festivo o cotidiano, un arca que va guardando la memoria de un pueblo que se reconoce en la expresión de su fe, y que se vuelve en el santuario y en el templo patronal de su comarca, consiente de su memoria histórica. Así, el templo es ícono de la identidad de un pueblo creyente como la memoria viva de su fe, pero a la vez es memoria viva de la historia de los brazos alzados al cielo de un pueblo que los ha levantado en la angustia de una enfermedad, en la alegría de un nacimiento, en la tristeza por una muerte; y en tantos momentos de la diaria lucha por vivir con esperanza. El santuario es un grito profético de la presencia salvadora de Dios en las situaciones más adversas e injustas que hoy se viven

La peregrinación, como hemos expresado, es el signo del paso reverencial que convierte a la persona en peregrino, vuelve consciente la fe y la invita a expresarla. La permanencia del peregrino en el lugar sagrado lo hace permeable y disponible a la recepción del don de lo sagrado. Esta apertura a Dios lo lleva a experimentar momentos de profundo diálogo con él en el ejercicio de las diversas expresiones del santuario. Así, por ejemplo, en los santuarios donde se realizan danzas religiosas, el peregrino danzante a través de su baile religioso y vestimentas rituales “conversa” con el Señor, la Virgen y el Santo patrono, llegando a tomar decisiones que marcan la vida.

El rito festivo es el núcleo que permite la armonía de los ritos sagrados. La fiesta constituye un espacio y tiempo que rompe con lo ordinario para llevar a lo extraordinario. De hecho, en la fiesta religiosa el tiempo es marcado por el ritual sagrado, provocando un desarrollo de los días de manera distinta. Rompe la rutina, y produce el anhelo de “eternidad” deseando que nunca termine; pues allí se experimenta la “superabundancia” de la presencia del misterio de Dios y del gozo humano: La comida, los bienes, las ofrendas, el color, la música; incluso el comercio y el orden organizativo, expresan esta gran riqueza.

El canto, la vestimenta y la danza, también son manifestaciones muy propias de la Piedad Popular. En ellas se expresa el anhelo del vínculo y diálogo con Dios. Recoge el hondo sentimiento de la expresión de la fe, en la confianza y entrega.

La ofrenda es el modo más querido y buscado en la Piedad Popular. Posee formas muy variadas: una vela encendida, la peregrinación, la promesa de la danza y de ir a santuario, los bienes materiales propios, algunos actos ascéticos, etc. La ofrenda tiene un carácter sacrificial: se hace sagrado algo que podría haber sido común, permitiendo que actos, gestos, situaciones de vida, alcancen una nueva dimensión en lo extraordinario, implicando la santidad, pues se vincula a la misma presencia de Dios y en diálogo con él. Este muy profundo acto de Piedad Popular introduce a los sencillos en una auténtica espiritualidad de configuración con Cristo, y da un horizonte de sentido a la vida corriente, librándola de la rutina, al colocarla en contacto permanente con Dios.

Otra de las expresiones vividas en la Piedad Popular es la fraternidad, que en la medida que se hace la experiencia de encuentro con el Señor de la vida, el corazón se convierte y comprende con admirable sencillez y generosidad que el otro es hermano, que no puede ser un anónimo, especialmente si sufre necesidad. En la experiencia de la fiesta religiosa, la “superabundancia” deja tantas veces expresada la sobreabundancia de la Gracias y presencia de Dios en un sinnúmero de costumbres gratuitas y fraternas: el saludo y la cooperación entre todos, mayor capacidad de acogida y tolerancia, banquetes rituales comunes y masivos,

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

danzas colectivas, regalos de recuerdos de la fiesta, trabajos de servicios diversos a los peregrinos. Sobre todo, en la fiesta religiosa, surge una necesidad muy grande por vivir en la conciencia de compartir la fe y los bienes, pues así se afianza el sentido de la fraternidad al descubrirnos hijos de Dios; y hermanos en la maternidad eclesial de la Virgen María. La conciencia de la fraternidad en la Piedad Popular se abre a dimensiones sociales: barrios, pueblos, clubes, sindicatos, etc. En tales organizaciones, muchas veces se experimenta el compromiso común por causas solidarias. La misma experiencia de sufrimiento y precariedad, promueve gestos de auténtica fraternidad cristiana.

Ligado a lo anterior, la familiaridad es también una hermosa expresión que se ve fortalecida por la Piedad Popular. La peregrinación, la ofrenda, el ritual, etc. vivido en familia fortalece el vínculo y la conciencia de ser todos mutuamente responsables; y se invita con un gran deseo a que Dios sea presencia en la vida familiar. Se presentan y ofrendan a los niños, se pide la bendición para el matrimonio, para los más ancianos, los jóvenes, llegan buscando la bendición grupos familiares. En esto, la Virgen María, como madre reúne en su amor a los hijos, y los invita a la convivencia fraterna. Son muchas las familias que, dispersas por el ritmo de la ciudad, la migración y el trabajo, encuentran en los días de la fiesta religiosa, el espacio de encuentro entre ellos, como también con otras familias, fortaleciéndose el sentido de vínculos, pertenencia y corresponsabilidad.

4. La cuestión de la purificación y conversión de la Piedad Popular

Resulta necesario plantear la cuestión de la purificación de la Piedad Popular, pues pueden crearse dos posturas extremas: que ella no requiere ningún proceso de conversión, y por otra, el menosprecio de ella por sus defectos o por “supuesta ignorancia”.

La Piedad Popular, como espiritualidad de miles de discípulos misioneros del continente, se encuentra también en camino de conversión y fidelidad. Aparecida declara que “la fe que se encarnó en la cultura puede ser profundizada y penetrar cada vez mejor la forma de vivir de nuestros pueblos”; pero para que ello ocurra, debe existir una valoración positiva de ella, descubriendo la presencia y el obrar del Espíritu Santo.³⁴ Puebla describe algunos aspectos negativos. Dice: “Los aspectos negativos [de la Piedad Popular] son de diverso origen. De tipo ancestral; superstición, magia, fatalismo, idolatría del poder, fetichismo y ritualismo. Por deformación de la catequesis: arcaísmo estático, falta de información e ignorancia, reinterpretación sincretista, reduccionismo de la fe a un mero contrato en la relación con Dios. Amenazas: secularismo difundido por los medios de comunicación social; consumismo; sectas; religiones orientales y agnósticas; manipulaciones ideológicas, económicas, sociales y políticas; mesianismos políticos secularizados; desarraigo y proletarización urbana a consecuencia del cambio cultural. Podemos afirmar que muchos de estos fenómenos son verdaderos obstáculos para la Evangelización”.

La mirada de Puebla a la Piedad Popular fue positiva, pero no logró superar la distancia al interior de la misma comunidad eclesial producida por los diversos aspectos negativos de la Piedad Popular, que eran absolutizados, haciendo olvidar los aspectos positivos de ella, y que también fueron descritos. El documento de Aparecida, da una mirada desde la fe y en la categoría del encuentro, descubre una profunda riqueza. De aquí brota un juicio que no la sobredimensiona, como podría pensarse, o la valora ingenuamente. Aparecida, intentando mirar desde el Padre, nos invita a descubrir lo bueno y noble que existe en todo ser humano

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

y su cultura. Desde esta opción, sin duda que la mirada y juicio está dado por la contemplación del paso de Dios y su encuentro con el pueblo de cultura sencilla. Se admira, sobrecoge y valora la dignidad que a ello le otorga la misma presencia del Espíritu que se manifiesta.

Este es un aporte importante de Aparecida pues, aunque no desconoce las enumeraciones negativas de Puebla, recuerda que no existe proceso de conversión y de profundización del Evangelio sin una seria conciencia, valoración, respeto y acogida del paso de Dios por la cultura del pueblo. Esta es la actitud de Jesús que sale al encuentro de los que serán sus discípulos, acogiéndolos en la realidad que viven, y que tiene marcas de pecado, tal como reconoce Pedro junto a la barca en el mar de la Galilea.

La formación y la vivencia más racionalista de la fe, dada en muchos cristianos con mayor formación intelectual, ha permitido que muchos sucumban a la tentación de pensar que esta forma de catolicismo sería secundaria. Aquí está otro aporte desde la mirada y juicio de Aparecida: no es una forma secundaria, “es de otra manera”. Hay en estas palabras una gran delicadeza hacia el modo de expresar la Fe que tienen los sencillos. Pedro, no pertenece a la casta ritual del culto hebreo; y probablemente sería lejano al culto del templo; y sin embargo dialoga con Jesús en su realidad que Jesús acoge. Aparecida invita a observar y juzgar no desde la posición cultural que el observador pueda poseer; sino desde el intento de mirar con los ojos de Dios.

Haciendo eco al Directorio de Piedad Popular, Aparecida reconoce el hecho que ésta finalmente, constituye un valioso e imprescindible "punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más profunda" El mismo documento indica algunos peligros que pueden amenazarla: “presencia insuficiente de elementos esenciales de la fe cristiana, como el significado salvífico de la Resurrección de Cristo, el sentido de pertenencia a la Iglesia, la persona y la acción del Espíritu divino; la desproporción entre la estima por el culto a los Santos y la conciencia de la centralidad absoluta de Jesucristo y de su misterio; el escaso contacto directo con la Sagrada Escritura; el distanciamiento respecto a la vida sacramental de la Iglesia; la tendencia a separar el momento cultural de los compromisos de la vida cristiana; la concepción utilitarista de algunas formas de piedad; la utilización de "signos, gestos y fórmulas, que a veces adquieren excesiva importancia hasta el punto de buscar lo espectacular"; el riesgo, en casos extremos, de "favorecer la entrada de las sectas y de conducir a la superstición, la magia, el fatalismo o la angustia"

Sin duda que la Piedad Popular no es un “arcaísmo estático” que no puede experimentar ningún tipo de variaciones o profundización. Esto sería hacer de ella un museo de antigüedades. Pero el proceso evangelizador que será el modo de actuar, debe brotar de la mirada positiva. Al juzgar los defectos de la Piedad Popular, Aparecida invita a hacerlo renunciando a ese mirar y juzgar que da cuenta de una actitud indiferente, distante e incluso negativa por parte de pastores y laicos. Lo que surge de esto son: pastorales sin ardor, menosprecios y actitudes de rechazo; y estos modos, no son los del Buen Pastor que da la vida por los suyos.

Aparecida invita a revertir el juicio: pasar de la acentuación negativa a la positiva. Pero ¿cómo podríamos hacerlo? Aquí cobra importancia el valor de la experiencia a través del contacto y acompañamiento paciente basado en el modelo discipular, que fue la experiencia

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

de los pastores en Aparecida. Sólo en este contacto vivencial, que es la metodología pastoral de Jesús, se logra la valoración positiva de la Piedad Popular, desarrollándose una crítica sana, que busca fortalecer en la experiencia de la misma devoción popular el encuentro con Jesús que nos constituye en sus discípulos misioneros.

5. Desafíos de la Piedad Popular en el continente desde Aparecida

Desde la comprensión de Aparecida podemos vislumbrar algunos desafíos importantes para el desarrollo de la vida pastoral, la conversión de los pastores y agentes pastorales y los procesos de acompañamiento pastoral.

i. La Piedad popular en la comunidad eclesial

Aparecida implica nuevos métodos para una profunda renovación eclesial. Dichos criterios de mirada y juicio como lo hemos comentado, son una opción que descubren a la Piedad Popular como “una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia y una forma de ser misioneros donde se recogen las más hondas vibraciones de la América profunda”.

Las afirmaciones de Aparecida nos permiten reflexionar en primer lugar sobre la disposición básica para la pastoral. El gran aporte de reconocer en la Piedad Popular un modo legítimo de vivir la Fe, denuncia la ilegitimidad del esfuerzo por orientar a la Piedad Popular hacia los cauces de una vida eclesial “más tradicional” o de estructura más occidental haciéndola perder su identidad. Aquí, se nos invita a un nuevo punto de partida, el reconocimiento de una verdadera vida cristiana en los modos de su manifestación en la catolicidad popular. De esta forma, muchas de las estrategias pastorales que hemos usado buscando “convertirla”, y que dieron nada o escasos resultados, requieren recrearse, pero desde esta nueva mirada. Ello entonces implica un desafío de “conversión pastoral” de los ministros y agentes pastorales.

Esta es una tarea general para toda la vida de la Iglesia latinoamericana, y que se hace también importante en la evangelización de la Piedad Popular. Este modo nuevo y con renovado ardor, implica entrar en la pedagogía de Jesús y su acogida, con mayor conciencia que los modos particulares de expresión de la vida cristiana, no tiene por qué ser el estilo de todos. Esto nos lleva a una auténtica actitud de respeto, valoración y abrazo acogedor. Sólo de esta forma es posible entrar en el corazón de la Piedad Popular. No se trata de renunciar a la racionalidad de la fe cristiana, por el contrario, una verdadera profundización teológico pastoral nos llevará siempre a entrar en la belleza de las obras del Espíritu en medio de su pueblo, tal como lo han ido apreciando los diversos documentos magisteriales y del episcopado.

Aparecida nos abre a un modo de evangelización que, para ser profundo y permanente no puede desconocer la realidad cultural del pueblo sencillo; sino más bien, debe entrar en su comprensión y admiración. Esta comprensión tampoco debe ser sólo en el ámbito de lo meramente afectivo y empático; sino debe realizarse desde la reflexión teológico pastoral que descubre el valor que la Piedad Popular tiene en sí misma, alejando cualquier actitud utilitarista. Así, “la piedad popular no puede ser ignorada ni tratada con indiferencia o desprecio, pues es rica en valores y expresa de por sí la actitud religiosa ante Dios”. Todos los aspectos de la vida del hombre requieren siempre de una continua evangelización para que sus actos alcancen más madurez y autenticidad. La Piedad Popular no está exenta de ello,

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

sino más bien dispuesta a un camino de auténtica maduración en el Evangelio, sin menosprecios en el verdadero encuentro del Dios de la vida con la vida del pueblo creyente.

ii. La comunidad creyente evangelizada y evangelizadora de la piedad popular.

Siguiendo el espíritu del documento, al contemplar la Piedad Popular, podemos descubrir que el actuar pastoral implica una doble actitud eclesial. En primer lugar, tenemos el desafío en la vida pastoral y litúrgica de la Iglesia, tal como lo hemos dicho, de acoger la devoción popular con la actitud de “dejarse” tocar por el soplo de Dios que allí se expresa. Esto es un dejarse evangelizar por la honda experiencia de Dios que la Piedad Popular guarda, y que es transmitida en una actitud misionera desde una poderosa confesión de Dios. Las formas de vinculación, diálogo, acogida, encuentro que la Piedad Popular contiene con tanta riqueza y vigor, son anuncios de la experiencia del encuentro con Dios para el interior de la misma comunidad creyente.

Teniendo en cuenta este hecho primario, es posible realizar un verdadero acompañamiento evangelizador de nuestro pueblo, y contribuir a cuidar de los peligros a los que la Piedad Popular está expuesta y que requieren muchas veces de procesos de purificación. Pero sólo el que conoce y ama puede ser el mejor acompañante del camino de conversión al que son invitados todos los hijos e hijas de este continente mestizo.

iii. El desafío del encuentro entre Liturgia y Piedad Popular

La celebración litúrgica es la cumbre y la fuente de la vida y misión de la Iglesia. Y cuando Aparecida reconoce el legítimo valor de la Piedad Popular de vivir la fe, nos coloca inmediatamente en la urgencia de un desafío: el encuentro entre la liturgia y la Piedad Popular: ¿Es posible? La historia de la liturgia muestra el tronco común y el aporte de la devoción popular a las formas establecidas por la liturgia. Pero esto ¿es posible, o constituyen dos realidades que deberán continuar marchando siempre en paralelo? Desde el principio de distinguir para unir, acoger los gestos de la Piedad Popular no significa suplantarse la liturgia, pero “una pastoral litúrgica auténtica sabrá apoyarse en las riquezas de la piedad popular, purificarlas y orientarlas hacia la liturgia como contribución de los pueblos” Pero ¿por qué caminos se puede ir en busca de este encuentro? Podríamos enunciar tres posibles caminos de encuentro.

El encuentro en la espiritualidad: Tanto la liturgia como la Piedad Popular emanan de un proceso de configuración con Cristo. Son expresiones de ello, por tanto, en muchas vivencias los contenidos son los mismos, aunque con expresiones diversas. Ello nos lleva a una mayor profundización del carácter simbólico y ritual, y de la complementariedad que no niega ni suprime al otro; sino más bien pueden ser fuente de mayor mutua comprensión.

El encuentro en la inculturación litúrgica: Este es un modo no sin complejidad, pero absolutamente necesario para que la liturgia penetre y permanezca en el corazón del pueblo. La inculturación no es proceso superficial o estratégico para ser empáticos. Se requiere la profundización del conocimiento de la liturgia y de la cultura propia, pues en el corazón de ambas se puede producir la síntesis y la acogida tan necesaria de algunos elementos rituales de la Piedad Popular que, sin competir ni oscurecer la identidad del momento litúrgico, más bien lo potencian en la traducción de la identidad del pueblo sencillo, que hace entonces suya la misma identidad de la liturgia.

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

El encuentro en la universalidad y particularidad: Por otra parte, la misma inculturación litúrgica debe implicar un proceso reflexivo sobre la identidad de las partes que se abren a la otra. Esto implica la reflexión sobre las características de la necesaria identidad. Así, la liturgia de la Iglesia conlleva una universalidad que expresa y guarda la comunión de la Iglesia; mientras que la particularidad del fervor religioso de un pueblo guarda y expresa la particularidad de su identidad. El desafío de la inculturación litúrgica exige tener en cuenta todos estos elementos, pues la Piedad Popular en la legitimidad de su expresión es hondamente dialogante con la universalidad de toda la Iglesia, que venera y conserva el patrimonio común en la unidad.

iv. La búsqueda de caminos. Algunos criterios

Buscando animar los modos de para fomentar caminos de una renovada pastoral y un cercano acompañamiento a la Piedad Popular, a manera de un primer esbozo que estimule muchas iniciativas en el ardor misionero de Aparecida, me atrevo a comentar algunos criterios a tener como consideración para reflexionar y estructurar la pastoral.

- a) **Consideraciones para la Evangelización de la cultura:** Esto implica considerar algunos aspectos esenciales que le permiten a la evangelización acercarse a la cultura. La encarnación constituye la clave fundamental de toda la comprensión y actuación del discípulo misionero, pues Dios al encarnarse en Jesucristo toca todo lo humano, y no hay aspecto de él que no esté tocado por la presencia de Dios y su Evangelio de vida y de sentido. La evangelización entra en la totalidad del hombre, porque Dios ya entró en la totalidad de él. El Evangelio no tiene cultura propia, asume todas las culturas y es Buena Noticia para todas. La experiencia de la salvación, Cristo la realiza en la verdad de cada ser humano y en la realidad de su misma cultura. Es necesario siempre reconocer las Semillas del Verbo, contenidas en todas las culturas; y que son siempre expresiones de bondad, belleza y justicia. La evangelización las reconoce y acoge como el paso de Dios y que siempre es profundo y marcador. Es en la totalidad y en la misma realidad de la cultura donde la Evangelización anuncia testimonialmente la plenitud de Jesucristo; haciendo creíble el Evangelio; y se vive en el encuentro personal con él.
- b) **Caminos pastorales de acompañamiento:** La Evangelización de la Piedad Popular requiere una condición fundamental, la actitud acogedora del discípulo misionero, dispuesto a acompañar, consciente de que todo proceso evangelizador siempre es un proceso vivido en el tiempo de Dios y de los hombres, donde se conjuga la Gracia y la libertad. Toda maduración del Evangelio requiere como la buena cosecha de buen tiempo, buena tierra y buenos obreros. Son actitudes fundamentales la acogida, el respeto; como también la búsqueda de entrar en el corazón de la cultura popular; y desde allí, aportar con la reflexión teológica y la vivencia pastoral. Esta reflexión es necesaria para un serio acompañamiento pastoral: se requiere comprender para contribuir de mejor forma a un apoyo que estimule la permanente conciencia de Dios y el sentido de lo religioso, cuando los ambientes de las nuevas culturas emergentes tienden a excluir el sentido y la presencia de Dios de la cultura.

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

- c) **Catequesis trinitaria y eclesiológica:** El desarrollo formativo que ilumine la Piedad Popular debe animar un creciente sentido de Iglesia, donde el pueblo sencillo se descubre con su espiritualidad popular parte de la comunidad eclesial y no discriminado de ella. Por otra parte, es una gran tarea animar el proceso de mayor conciencia de la salvación redentora en Jesucristo, y ello en el camino de la peregrinación hacia la Casa del Padre por la fuerza del Espíritu Santo. Descubrirnos en la vocación universal a la santidad, un llamado que nos invita y nos acoge en una realidad propia y legítima.
- d) **El sello mariano:** Aparecida nos recuerda que un aspecto muy importante de la catolicidad de la Iglesia es la presencia de María, y en la Piedad Popular de Latinoamérica, ella tiene un rol fundamental. Es Madre, discípula y misionera. Modelo ejemplar del seguimiento de Cristo y esperanza para el éxito de nuestro propio seguimiento (DA, 266 ss) Ella es un profundo vínculo de comunión; y la permanencia en “la escuela de María” enseña a los discípulos misioneros un modo de vivir en los criterios de la Palabra de Dios. El texto tiene un rico contenido fundado en la renovación litúrgico bíblica del culto mariano. En la misma perspectiva, la honda devoción mariana de nuestros pueblos es una muy buena tierra para encontrarse, en el ejemplo de María, con las enseñanzas de Cristo. La devoción mariana constituye un modo muy seguro para caminar “Con María a Cristo”, siendo ella estrella del camino de la fe.
- e) **Los agentes pastorales, servidores de la mesa de la fiesta de Dios con su pueblo:** Una última referencia a los agentes pastorales como sirvientes. Hay en las fiestas religiosas de los santuarios y lugares de devoción, un llamado de Dios a su pueblo, que se hace en la profundidad de la comprensión de la fe. El pueblo acude con devoción, y no sin dificultades y situaciones por mejorar en la misma fiesta religiosa. Y es allí, donde la presencia de Dios y del pueblo que celebra con Él, requiere de la atención de sirvientes que ayuden a la profundidad de este encuentro, disponiéndolo todo de la mejor manera. El pastor se hace presente y asume la actitud de Jesús que no ha venido a ser servido, sino que a servir. La pastoral de la Piedad Popular generada en esta visión puede ser un aporte extraordinario en el camino de la evangelización y fortalecimiento de la fe católica de nuestros pueblos.
- f) **Procesos formativos de los agentes pastorales:** Los agentes pastorales requieren del proceso de conversión pastoral. Esto implica abrir el corazón discipular al soplo del Espíritu y disponerse a lo que el Señor está pidiendo. Para ello, el proceso formativo es fundamental. Se requiere el desarrollo del conocimiento del misterio de Dios y del hombre, que dispone a descubrir el don de Dios en medio de los acontecimientos vividos y de lo que el Señor está mostrando a nuestro pueblo. El agente pastoral requiere formar el corazón y la mente en un ambiente de conocimiento y de contemplación del misterio al cual está sirviendo.

Conclusiones

El documento de Aparecida es un gran impulso del Espíritu a constituirnos en discípulos misioneros a través de un itinerario formativo donde la experiencia del encuentro con Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, es generadora de la alegría, la pasión por transmitir el Evangelio y el sentido de la vida.

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

Aparecida muestra a la Piedad Popular como uno de estos lugares privilegiados para el encuentro con el Señor. En sus diversas expresiones que forman el “tesoro de la Iglesia católica” en el continente latinoamericano y caribeño, esta constituye una legítima expresión de espiritualidad cristiana. Se nos presenta como una verdadera posibilidad de realizar allí la experiencia de Dios, de la Iglesia y del encuentro personal y comunitario, al descubrirla como una expresión que guarda la identidad y el alma del ser cristiano.

La Piedad Popular a la luz de Aparecida se nos vuelve un gran desafío en cual, agentes evangelizadores y ministros, necesitamos abrirnos al soplo del Espíritu para reconocer por estas expresiones el paso admirable del Señor, acogiendo sus expresiones, buscando promoverlas, protegerlas y fortalecerlas en la comunidad creyente, a través de un acompañamiento humilde, esperanzado e inundado en el gozo y la pasión por el anuncio del Evangelio. La Piedad Popular es una puerta abierta para el diálogo evangelizador en medio de una sociedad que está siendo fuertemente marcada por la secularización. Es un tesoro que requiere del servicio de los pastores y laicos comprometidos, que contemplan a Dios que se encuentra con su pueblo, más allá de todas las comprensiones racionales. Encuentro dado en la experiencia del amor que es confianza y entrega, al modo de la experiencia de María y los santos, tal como lo enseñó el Señor Jesús. Aquí, los humildes y sencillos tienen una escuela de Fe y de vida. Aquí, toda la Iglesia tiene un camino de encuentro.

ENSEÑANZAS DEL SANTO PADRE FRANCISCO SOBRE LA LITURGIA Y LA PIEDAD POPULAR

Papa Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* (24 noviembre 2013)

Desafíos de la inculturación de la fe

69. Es imperiosa la necesidad de evangelizar las culturas para inculturar el Evangelio. En los países de tradición católica se tratará de acompañar, cuidar y fortalecer la riqueza que ya existe, y en los países de otras tradiciones religiosas o profundamente secularizados se tratará de procurar nuevos procesos de evangelización de la cultura, aunque supongan proyectos a muy largo plazo. No podemos, sin embargo, desconocer que siempre hay un llamado al crecimiento. Toda cultura y todo grupo social necesitan purificación y maduración. En el caso de las culturas populares de pueblos católicos, podemos reconocer algunas debilidades que todavía deben ser sanadas por el Evangelio: el machismo, el alcoholismo, la violencia doméstica, una escasa participación en la Eucaristía, creencias fatalistas o supersticiosas que hacen recurrir a la brujería, etc. Pero es precisamente la piedad popular el mejor punto de partida para sanarlas y liberarlas.

70. También es cierto que a veces el acento, más que en el impulso de la piedad cristiana, se coloca en formas exteriores de tradiciones de ciertos grupos, o en supuestas revelaciones privadas que se absolutizan. Hay cierto cristianismo de devociones, propio de una vivencia individual y sentimental de la fe, que en realidad no responde a una auténtica «piedad popular». Algunos promueven estas expresiones sin preocuparse por la promoción social y la formación de los fieles, y en ciertos casos lo hacen para obtener beneficios económicos o algún poder sobre los demás. Tampoco podemos ignorar que en las últimas décadas se ha producido una ruptura en la transmisión generacional de la fe cristiana en el pueblo católico. Es innegable que muchos se sienten desencantados y dejan de identificarse con la tradición

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

católica, que son más los padres que no bautizan a sus hijos y no les enseñan a rezar, y que hay un cierto éxodo hacia otras comunidades de fe. Algunas causas de esta ruptura son: la falta de espacios de diálogo familiar, la influencia de los medios de comunicación, el subjetivismo relativista, el consumismo desenfrenado que alienta el mercado, la falta de acompañamiento pastoral a los más pobres, la ausencia de una acogida cordial en nuestras instituciones, y nuestra dificultad para recrear la adhesión mística de la fe en un escenario religioso plural.

La fuerza evangelizadora de la piedad popular

122. Del mismo modo, podemos pensar que los distintos pueblos en los que ha sido inculturado el Evangelio son sujetos colectivos activos, agentes de la evangelización. Esto es así porque cada pueblo es el creador de su cultura y el protagonista de su historia. La cultura es algo dinámico, que un pueblo recrea permanentemente, y cada generación le transmite a la siguiente un sistema de actitudes ante las distintas situaciones existenciales, que ésta debe reformular frente a sus propios desafíos. El ser humano «es al mismo tiempo hijo y padre de la cultura a la que pertenece». Cuando en un pueblo se ha inculturado el Evangelio, en su proceso de transmisión cultural también transmite la fe de maneras siempre nuevas; de aquí la importancia de la evangelización entendida como inculturación. Cada porción del Pueblo de Dios, al traducir en su vida el don de Dios según su genio propio, da testimonio de la fe recibida y la enriquece con nuevas expresiones que son elocuentes. Puede decirse que «el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo». Aquí toma importancia la piedad popular, verdadera expresión de la acción misionera espontánea del Pueblo de Dios. Se trata de una realidad en permanente desarrollo, donde el Espíritu Santo es el agente principal.

123. En la piedad popular puede percibirse el modo en que la fe recibida se encarnó en una cultura y se sigue transmitiendo. En algún tiempo mirada con desconfianza, ha sido objeto de revalorización en las décadas posteriores al Concilio. Fue Pablo VI en su Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* quien dio un impulso decisivo en ese sentido. Allí explica que la piedad popular «refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer» y que «hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe». Más cerca de nuestros días, Benedicto XVI, en América Latina, señaló que se trata de un «precioso tesoro de la Iglesia católica» y que en ella «aparece el alma de los pueblos latinoamericanos».

124. En el Documento de Aparecida se describen las riquezas que el Espíritu Santo despliega en la piedad popular con su iniciativa gratuita. En ese amado continente, donde gran cantidad de cristianos expresan su fe a través de la piedad popular, los Obispos la llaman también «espiritualidad popular» o «mística popular». Se trata de una verdadera «espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos». No está vacía de contenidos, sino que los descubre y expresa más por la vía simbólica que por el uso de la razón instrumental, y en el acto de fe se acentúa más el *credere in Deum* que el *credere Deum*. Es «una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia, y una forma de ser misioneros»; conlleva la gracia de la misionariedad, del salir de sí y del peregrinar: «El caminar juntos hacia los santuarios y el participar en otras manifestaciones de la piedad popular, también llevando a los hijos o invitando a otros, es en sí mismo un gesto evangelizador». ¡No coartemos ni pretendamos controlar esa fuerza misionera!

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

125. Para entender esta realidad hace falta acercarse a ella con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar sino amar. Sólo desde la connaturalidad afectiva que da el amor podemos apreciar la vida teologal presente en la piedad de los pueblos cristianos, especialmente en sus pobres. Pienso en la fe firme de esas madres al pie del lecho del hijo enfermo que se aferran a un rosario, aunque no sepan hilvanar las proposiciones del Credo, o en tanta carga de esperanza derramada en una vela que se enciende en un humilde hogar para pedir ayuda a María, o en esas miradas de amor entrañable al Cristo crucificado. Quien ama al santo Pueblo fiel de Dios no puede ver estas acciones sólo como una búsqueda natural de la divinidad. Son la manifestación de una vida teologal animada por la acción del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones (cf. Rm 5,5).

126. En la piedad popular, por ser fruto del Evangelio inculturado, subyace una fuerza activamente evangelizadora que no podemos menospreciar: sería desconocer la obra del Espíritu Santo. Más bien estamos llamados a alentarla y fortalecerla para profundizar el proceso de inculturación que es una realidad nunca acabada. Las expresiones de la piedad popular tienen mucho que enseñarnos y, para quien sabe leerlas, son un lugar teológico al que debemos prestar atención, particularmente a la hora de pensar la nueva evangelización.

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

Qué se hace	Cómo se realiza	Signos importantes	Actitudes y valores	Vacíos	Guías	Inicio y evolución	Motivo de origen
PEREGRINACIÓN	A pie De rodillas Caballo, moto, bicicleta, etc.	Estandarte Coronas Cohetes Imágenes Danza, banda	Sentido de comunidad parroquial Penitencia, generosidad, devoción mariana	Alcohol y Drogas Malas intenciones Falta de acompañamiento eclesial Costumbre Superstición	Organizadores Mayordomos Comités Peregrinos eventualmente sacerdotes.	Fundador Tradicón familiar, por necesidad de agradecer un favor.	Milagro Reconocimiento Búsqueda de lo sagrado
RECONCILIACIÓN	Confesión Absolución Arrepentimiento	Presencia sacerdotal Estola y confesionario	Paciencia Humildad, fe, Escucha Conversión Cambio de vida Confianza en sigilo	Falta de sacerdotes No saber confesarse Falta de horarios Falta de disponibilidad para escuchar Sacerdote sin estola	Párroco Rectores Capillas de reconciliación.	Valoración del sacramento Subsidio para una buena confesión	Reconocerse pecador Buscar reconciliación Requisitos para recibir otros sacramentos.
JURAMENTO	Por escrito Firmado ante un ministro.	Estampa Formulario de juramento	Respeto a la palabra dada a Dios Arrepentimiento	Presión familiar Reincidencia Falta de	Familiares Sacerdotes Amigos	Por necesidad de un cambio	Quitar un vicio de su vida, buscar ayuda Estrago

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

			Propósito de enmienda Ofrenda, penitencia.	catequesis Compromiso.		Costumbre	familiar Enfermedades Daños a la sociedad.
VIACRUCIS	Personal comunitario Representado	Organización de laicos	Sacrificio Empatía con Cristo	Superficialidad	Sacerdote o ministro	Devoción Imitación costumbre	Ser partícipe de la pasión de Cristo.
LLEVAR IMAGEN	Cargada	Cruz, imagen	Penitencia, promesa	No lleva a los sacramentos	Peregrinaciones	Pueblo, por imitación.	Sentido de expiación.

Qué se hace	Cómo se realiza	Signos importantes	Actitudes y valores	Vacios	Guías	Inicio y evolución	Motivo de origen
EUCARISTÍA	Por solicitud	Presencia Participación activa	Escucha de la palabra Meditación y oración Compartir fraternal	Distracción Verla como evento social.	Sacerdotes Peregrinos Comunidad	Necesidad de participar en Cristo y comunidad	Agradecimiento a la providencia divina

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

OFRENDAS	Donando Entrega en especie Adornado En promesa	Flores, veladoras, milagritos, danza, banda, pirotecnia, alfombras.	Caridad, sacrificio, gratitud, alegría desprendimiento.	Simple cumplimiento Condicionando la fe, Ignorancia.	Los que han recibido el beneficio Por tradición	Manera de expresar gratitud	Por un favor divino Tradición familiar.
EXVOTO	Por medio de imágenes y palabra de agradecimiento.	Expresión plástica del favor recibido	Agradecimiento o Desprendimiento.	Falta de espacios para manifestarlo No lleva a compromiso	Mismas personas	Por tradición	Gratitud por el favor
DANZA	Bailando	Vestuario Penacho Propia música	Alabanza a Dios Alegría	No participación en la Eucaristía	Fundador	Por tradición	Por sentimientos religiosos
PROCESIÓN	Caminando Carros alegóricos Cantos, cohetes, música.	Luz, imagen Tocar el manto o la imagen	Testimonio público de fe, comunión y solidaridad	Momentáneo No conversión Sentimentalismo.	Consejo parroquial Mayordomos devotos	Por piedad manda o devoción	Agradecimiento

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

2. EL HACER DE LA PIEDAD POPULAR

La fuente de este segundo punto es *Evangelii Nuntiandi* en su breve, pero muy significativo número 48 que expresa de manera clara los límites de la piedad popular, pero también el mucho bien que ésta puede hacer por la Iglesia, siempre y cuando esté bien orientada y dándole su lugar correspondiente sin ensalzarla ni mucho menos despreciarla.

Así mismo el Directorio sobre la piedad popular y la liturgia desde el capítulo cuarto al octavo nos expone todo cuanto acontece dentro de la piedad popular: el año litúrgico, la veneración a la Santa Madre del Señor, la veneración a los Santos y Beatos, los sufragios por los difuntos y los santuarios y peregrinaciones. Podemos preguntarnos en cuál de todos estos acontecimientos no participa la piedad popular, podemos respondernos que en todos y efectivamente, está muy arraigada en cada una de nuestras actividades como Iglesia de ahí la importancia de que haya una verdadera formación sobre la piedad popular. Podemos situarla en una delgada línea que si se hace de una manera óptima nos lleva a vivir una verdadera liturgia, pero si se hace o se entiende de una manera errónea, será muy difícil que nos lleve a vivir el verdadero sentido de nuestra fe.

Finalmente, el último documento es *Evangelii Gaudium* subrayando la fuerza evangelizadora que tiene la piedad popular, se le considera como una verdadera expresión de la actividad misionera de la Iglesia. el Evangelio siempre ha de vivirse dentro de una cultura, una cultura dinámica y cambiante que tiene sus rasgos particulares, una cultura que adopta formas de vivir la fe, pero que también tiene la capacidad de crear formas de expresarla, vivirla y sobre todo anunciarla a los demás, en sí mediante los diferentes y distintos actos de piedad popular, los pueblos no solamente expresan su fe, sino también transmiten lo que verdaderamente son, lo que los identifica, es decir, su ser y quehacer.

Piedad popular

48. Con ello estamos tocando un aspecto de la evangelización que no puede dejarnos insensibles. Queremos referirnos ahora a esa realidad que suele ser designada en nuestros días con el término de religiosidad popular.

Tanto en las regiones donde la Iglesia está establecida desde hace siglos, como en aquellas donde se está implantando, se descubren en el pueblo expresiones particulares de búsqueda de Dios y de la fe. Consideradas durante largo tiempo como menos puras, y a veces despreciadas, estas expresiones constituyen hoy el objeto de un nuevo descubrimiento casi generalizado. Durante el Sínodo, los obispos estudiaron a fondo el significado de las mismas, con un realismo pastoral y un celo admirable.

La religiosidad popular, hay que confesarlo, tiene ciertamente sus límites. Está expuesta frecuentemente a muchas deformaciones de la religión, es decir, a las supersticiones. Se queda frecuentemente a un nivel de manifestaciones culturales, sin llegar a una verdadera adhesión de fe. Puede incluso conducir a la formación de sectas y poner en peligro la verdadera comunidad eclesial.

Pero cuando está bien orientada, sobre todo mediante una pedagogía de evangelización, contiene muchos valores. Refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer. Hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

de manifestar la fe. Comporta un hondo sentido de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante. Engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción. Teniendo en cuenta esos aspectos, la llamamos gustosamente "piedad popular", es decir, religión del pueblo, más bien que religiosidad.

La caridad pastoral debe dictar, a cuantos el Señor ha colocado como jefes de las comunidades eclesiales, las normas de conducta con respecto a esta realidad, a la vez tan rica y tan amenazada. Ante todo, hay que ser sensible a ella, saber percibir sus dimensiones interiores y sus valores innegables, estar dispuesto a ayudarla a superar sus riesgos de desviación. Bien orientada, esta religiosidad popular puede ser cada vez más, para nuestras masas populares, un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo.

AÑO LITÚRGICO Y PIEDAD POPULAR

94. El Año litúrgico es la estructura temporal en la que la Iglesia celebra todo el misterio de Cristo: "desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, al día de Pentecostés, y a la expectativa de la dichosa esperanza y venida del Señor".

En el Año litúrgico "la celebración del misterio pascual tiene la máxima importancia en el culto cristiano y se explicita a lo largo de los días, las semanas y en el curso de todo el año". De aquí se sigue que, en la relación entre Liturgia y piedad popular, la prioridad de la celebración del Año litúrgico sobre cualquier otra expresión y práctica de devoción es un elemento fundamental e imprescindible.

El Domingo

95. El "día del Señor", en cuanto "fiesta primordial" y "el fundamento y el núcleo de todo el año litúrgico", no se puede subordinar a las manifestaciones de la piedad popular. No es cuestión, por lo tanto, de insistir en aquellos ejercicios de piedad para cuya realización se elige el domingo como punto de referencia temporal.

Por el bien pastoral de los fieles es lícito que en los domingos del "tiempo ordinario" tengan lugar aquellas celebraciones del Señor, en honor de la Virgen María o de los Santos, que se celebran durante la semana y son especialmente valoradas por la piedad de los fieles, ya que en el elenco de precedencias tienen preeminencia sobre el mismo domingo.

Puesto que, a veces, las tradiciones populares y culturales corren el riesgo de invadir la celebración del domingo, adulterando su espíritu cristiano, "en estos casos conviene clarificarlo, con la catequesis y oportunas intervenciones pastorales, rechazando todo lo que es inconciliable con el Evangelio de Cristo. Sin embargo, es necesario recordar que a menudo estas tradiciones —y esto es válido análogamente para las nuevas propuestas culturales de la sociedad civil— tienen valores que se adecuan sin dificultad a las exigencias de la fe. Es deber de los Pastores actuar con discernimiento para salvar los valores presentes en la cultura de un determinado contexto social y sobre todo en la religiosidad popular, de modo que la celebración litúrgica, principalmente la de los domingos y fiestas, no sea perjudicada, sino que más bien sea potenciada".

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

En el tiempo de Adviento

96. El Adviento es tiempo de espera, de conversión, de esperanza:

- Espera-memoria de la primera y humilde venida del Salvador en nuestra carne mortal; espera-súplica de la última y gloriosa venida de Cristo, Señor de la historia y Juez universal.
- conversión, a la cual invita con frecuencia la Liturgia de este tiempo, mediante la voz de los profetas y sobre todo de Juan Bautista: "Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos" (Mt 3,2)
- Esperanza gozosa de que la salvación ya realizada por Cristo (cfr. Rom 8,24-25) y las realidades de la gracia ya presentes en el mundo lleguen a su madurez y plenitud, por lo que la promesa se convertirá en posesión, la fe en visión y "nosotros seremos semejantes a Él porque le veremos tal cual es" (1 Jn 3,2)

97. La piedad popular es sensible al tiempo de Adviento, sobre todo en cuanto memoria de la preparación a la venida del Mesías. Está sólidamente enraizada en el pueblo cristiano la conciencia de la larga espera que precedió a la venida del Salvador. Los fieles saben que Dios mantenía, mediante las profecías, la esperanza de Israel en la venida del Mesías.

A la piedad popular no se le escapa, es más, subraya llena de estupor, el acontecimiento extraordinario por el que el Dios de la gloria se ha hecho niño en el seno de una mujer virgen, pobre y humilde. Los fieles son especialmente sensibles a las dificultades que la Virgen María tuvo que afrontar durante su embarazo y se conmueven al pensar que en la posada no hubo un lugar para José ni para María, que estaba a punto de dar a luz al Niño (cfr. Lc 2,7).

Con referencia al Adviento han surgido diversas expresiones de piedad popular, que alientan la fe del pueblo cristiano y transmiten, de una generación a otra, la conciencia de algunos valores de este tiempo litúrgico.

La Corona de Adviento

98. La colocación de cuatro cirios sobre una corona de ramos verdes, que es costumbre sobre todo en los países germánicos y en América del Norte, se ha convertido en un símbolo del Adviento en los hogares cristianos.

La Corona de Adviento, cuyas cuatro luces se encienden progresivamente, domingo tras domingo hasta la solemnidad de Navidad, es memoria de las diversas etapas de la historia de la salvación antes de Cristo y símbolo de la luz profética que iba iluminando la noche de la espera, hasta el amanecer del Sol de justicia (cfr. Mal 3,20; Lc 1,78).

Las Procesiones de Adviento

99. En el tiempo de Adviento se celebran, en algunas regiones, diversas procesiones, que son un anuncio por las calles de la ciudad del próximo nacimiento del Salvador (la "clara estrella" en algunos lugares de Italia), o bien representaciones del camino de José y María hacia Belén,

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

y su búsqueda de un lugar acogedor para el nacimiento de Jesús (las "posadas" de la tradición española y latinoamericana).

Las "Témporas de invierno"

100. En el hemisferio norte, en el tiempo de Adviento se celebran las "téplicas de invierno". Indican el paso de una estación a otra y son un momento de descanso en algunos campos de la actividad humana. La piedad popular está muy atenta al desarrollo del ciclo vital de la naturaleza: mientras se celebran las "téplicas de invierno", las semillas se encuentran enterradas, en espera de que la luz y el calor del sol, que precisamente en el solsticio de invierno vuelve a comenzar su ciclo, las haga germinar.

Donde la piedad popular haya establecido expresiones celebrativas del cambio de estación, consérvense y valórense como tiempo de súplica al Señor y de meditación sobre el significado del trabajo humano, que es colaboración con la obra creadora de Dios, realización de la persona, servicio al bien común, actualización del plan de la Redención.

La Virgen María en el Adviento

101. Durante el tiempo de Adviento, la Liturgia celebra con frecuencia y de modo ejemplar a la Virgen María: recuerda algunas mujeres de la Antigua Alianza, que eran figura y profecía de su misión; exalta la actitud de fe y de humildad con que María de Nazaret se adhirió, total e inmediatamente, al proyecto salvífico de Dios; subraya su presencia en los acontecimientos de gracia que precedieron el nacimiento del Salvador. También la piedad popular dedica, en el tiempo de Adviento, una atención particular a Santa María; lo atestiguan de manera inequívoca diversos ejercicios de piedad, y sobre todo las novenas de la Inmaculada y de la Navidad.

Sin embargo, la valoración del Adviento "como tiempo particularmente apto para el culto de la Madre del Señor" no quiere decir que este tiempo se deba presentar como un "mes de María".

En los calendarios litúrgicos del Oriente cristiano, el periodo de preparación al misterio de la manifestación (Adviento) de la salvación divina (Teofanía) en los misterios de la Navidad-Epifanía del Hijo Unigénito de Dios Padre, tiene un carácter marcadamente mariano. Se centra la atención sobre la preparación a la venida del Señor en el misterio de la Deípara. Para el Oriente, todos los misterios marianos son misterios cristológicos, esto es, referidos al misterio de nuestra salvación en Cristo. Así, en el rito copto durante este periodo se cantan las Laudes de María en los Theotokia; en el Oriente sirio este tiempo es denominado Subbara, esto es, Anunciación, para subrayar de esta manera su fisonomía mariana. En el rito bizantino se nos prepara a la Navidad mediante una serie creciente de fiestas y cantos marianos.

102. La solemnidad de la Inmaculada (8 de diciembre), profundamente sentida por los fieles, da lugar a muchas manifestaciones de piedad popular, cuya expresión principal es la novena de la Inmaculada. No hay duda de que el contenido de la fiesta de la Concepción purísima y sin mancha de María, en cuanto preparación fontal al nacimiento de Jesús, se armoniza bien con algunos temas principales del Adviento: nos remite a la larga espera mesiánica y recuerda profecías y símbolos del Antiguo Testamento, empleados también en la Liturgia del Adviento.

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

Donde se celebre la Novena de la Inmaculada se deberían destacar los textos proféticos que partiendo del vaticinio de Génesis 3,15, desembocan en el saludo de Gabriel a la "llena de gracia" (Lc 1,28) y en el anuncio del nacimiento del Salvador (cfr. Lc 1,31-33).

Acompañada por múltiples manifestaciones populares, en el Continente Americano se celebra, al acercarse la Navidad, la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe (12 de diciembre), que acrecienta en buena medida la disposición para recibir al Salvador: María "unida íntimamente al nacimiento de la Iglesia en América, fue la Estrella radiante que iluminó el anuncio de Cristo Salvador a los hijos de estos pueblos".

La Novena de Navidad

103. La Novena de Navidad nació para comunicar a los fieles las riquezas de una Liturgia a la cual no tenían fácil acceso. La novena navideña ha desempeñado una función valiosa y la puede continuar desempeñando. Sin embargo, en nuestros días, en los que se ha facilitado la participación del pueblo en las celebraciones litúrgicas, sería deseable que en los días 17 al 23 de diciembre se solemnizara la celebración de las Vísperas con las "antífonas mayores" y se invitara a participar a los fieles. Esta celebración, antes o después de la cual podrían tener lugar algunos de los elementos especialmente queridos por la piedad popular, sería una excelente "novena de Navidad" plenamente litúrgica y atenta a las exigencias de la piedad popular. En la celebración de las Vísperas se pueden desarrollar algunos elementos, tal como está previsto (p. ej. homilía, uso del incienso, adaptación de las preces).

El Nacimiento

104. Como es bien sabido, además de las representaciones del pesebre de Belén, que existían desde la antigüedad en las iglesias, a partir del siglo XIII se difundió la costumbre de preparar pequeños nacimientos en las habitaciones de la casa, sin duda por influencia del "nacimiento" construido en Greccio por San Francisco de Asís, en el año 1223. La preparación de los mismos (en la cual participan especialmente los niños) se convierte en una ocasión para que los miembros de la familia entren en contacto con el misterio de la Navidad, y para que se recojan en un momento de oración o de lectura de las páginas bíblicas referidas al episodio del nacimiento de Jesús.

La piedad popular y el espíritu del Adviento

105. La piedad popular, a causa de su comprensión intuitiva del misterio cristiano, puede contribuir eficazmente a salvaguardar algunos de los valores del Adviento, amenazados por la costumbre de convertir la preparación a la Navidad en una "operación comercial", llena de propuestas vacías, procedentes de una sociedad consumista.

La piedad popular percibe que no se puede celebrar el Nacimiento de Señor si no es en un clima de sobriedad y de sencillez alegre, y con una actitud de solidaridad para con los pobres y marginados; la espera del nacimiento del Salvador la hace sensible al valor de la vida y al deber de respetarla y protegerla desde su concepción; intuye también que no se puede celebrar con coherencia el nacimiento del que "salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt 1,21) sin un esfuerzo para eliminar de sí el mal del pecado, viviendo en la vigilante espera del que volverá al final de los tiempos.

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

En el tiempo de Navidad

106. En el tiempo de Navidad, la Iglesia celebra el misterio de la manifestación del Señor: su humilde nacimiento en Belén, anunciado a los pastores, primicia de Israel que acoge al Salvador; la manifestación a los Magos, "venidos de Oriente" (Mt 2,1), primicia de los gentiles, que en Jesús recién nacido reconocen y adoran al Cristo Mesías; la teofanía en el río Jordán, donde Jesús fue proclamado por el Padre "hijo predilecto" (Mt 3,17) y comienza públicamente su ministerio mesiánico; el signo realizado en Caná, con el que Jesús "manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él" (Jn 2,11).

107. Durante el tiempo navideño, además de estas celebraciones, que muestran su sentido esencial, tienen lugar otras que están íntimamente relacionadas con el misterio de la manifestación del Señor: el martirio de los Santos Inocentes (28 de Diciembre), cuya sangre fue derramada a causa del odio a Jesús y del rechazo de su reino por parte de Herodes; la memoria del Nombre de Jesús, el 3 de Enero; la fiesta de la Sagrada Familia (domingo dentro de la octava), en la que se celebra el santo núcleo familiar en el que "Jesús crecía en sabiduría, edad y gracia ante Dios y antes los hombres" (Lc 2, 52); la solemnidad del 1 de Enero, memoria importante de la maternidad divina, virginal y salvífica de María; y, aunque fuera ya de los límites del tiempo navideño, la fiesta de la Presentación del Señor (2 de Febrero), celebración del encuentro del Mesías con su pueblo, representado en Simeón y Ana, y ocasión de la profecía mesiánica de Simeón.

108. Gran parte del rico y complejo misterio de la manifestación del Señor encuentra amplio eco y expresiones propias en la piedad popular. Esta muestra una atención particular a los acontecimientos de la infancia del Salvador, en los que se ha manifestado su amor por nosotros. La piedad popular capta de un modo intuitivo:

- ❖ El valor de la "espiritualidad del don", propia de la Navidad: "un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado" (Is 9,5), don que es expresión del amor infinito de Dios que "tanto amó al mundo que nos ha dado a su Hijo único" (Jn 3,16).
- ❖ El mensaje de solidaridad que conlleva el acontecimiento de Navidad: solidaridad con el hombre pecador, por el cual, en Jesús, Dios se ha hecho hombre "por nosotros los hombres y por nuestra salvación"; solidaridad con los pobres, porque el Hijo de Dios "siendo rico se ha hecho pobre" para enriquecernos "por medio de su pobreza" (2 Cor 8,9).
- ❖ El valor sagrado de la vida y el acontecimiento maravilloso que se realiza en el parto de toda mujer, porque mediante el parto de María, el Verbo de la vida ha venido a los hombres y se ha hecho visible (cfr. 1 Jn 1,2).
- ❖ El valor de la alegría y de la paz mesiánicas, aspiraciones profundas de los hombres de todos los tiempos: los Ángeles anuncian a los pastores que ha nacido el Salvador del mundo, el "Príncipe de la paz" (Is 9,5) y expresan el deseo de "paz en la tierra a los hombres que ama Dios" (Lc 2,14).
- ❖ El clima de sencillez, y de pobreza, de humildad y de confianza en Dios, que envuelve los acontecimientos del nacimiento del niño Jesús.

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

La piedad popular, precisamente porque intuye los valores que se esconden en el misterio de la Navidad, está llamada a cooperar para salvaguardar la memoria de la manifestación del Señor, de modo que la fuerte tradición religiosa vinculada a la Navidad no se convierta en terreno abonado para el consumismo ni para la infiltración del neopaganismo.

La Noche de Navidad

109. En el tiempo que discurre entre las primeras Vísperas de Navidad y la celebración eucarística de media noche, junto con la tradición de los villancicos, que son instrumentos muy poderosos para transmitir el mensaje de alegría y paz de Navidad, la piedad popular propone algunas de sus expresiones de oración, distintas según los países, que es oportuno valorar y, si es preciso, armonizar con las celebraciones de la Liturgia. Se pueden presentar, por ejemplo:

- Los "nacimientos vivos", la inauguración del nacimiento doméstico, que puede dar lugar a una ocasión de oración de toda la familia: oración que incluya la lectura de la narración del nacimiento de Jesús según San Lucas, en la cual resuenen los cantos típicos de la Navidad y se eleven las súplicas y las alabanzas, sobre todo las de los niños, protagonistas de este encuentro familiar.
- La inauguración del árbol de Navidad. También se presta a un acto de oración familiar semejante al anterior. Independientemente de su origen histórico, el árbol de Navidad es hoy un signo fuertemente evocador, bastante extendido en los ambientes cristianos; evoca tanto el árbol de la vida, plantado en el jardín del Edén (cfr. Gn 2,9), como el árbol de la cruz, y adquiere así un significado cristológico: Cristo es el verdadero árbol de la vida, nacido de nuestro linaje, de la tierra virgen Santa María, árbol siempre verde, fecundo en frutos. El adorno cristiano del árbol, según los evangelizadores de los países nórdicos, consta de manzanas y dulces que cuelgan de sus ramos. Se pueden añadir otros "dones"; sin embargo, entre los regalos colocados bajo el árbol de Navidad no deberían faltar los regalos para los pobres: ellos forman parte de toda familia cristiana.
- La cena de Navidad. La familia cristiana que todos los días, según la tradición, bendice la mesa y da gracias al Señor por el don de los alimentos, realizará este gesto con mayor intensidad y atención en la cena de Navidad, en la que se manifiestan con toda su fuerza la firmeza y la alegría de los vínculos familiares.

110. La Iglesia desea que todos los fieles participen en la noche del 24 de diciembre, a ser posible, en el Oficio de Lecturas, como preparación inmediata a la celebración de la Eucaristía de media noche. Donde esto no se haga, puede ser oportuno preparar una vigilia con cantos, lecturas y elementos de la piedad popular, inspirándose en dicho oficio.

111. En la Misa de media noche, que tiene un gran sentido litúrgico y goza del aprecio popular, se podrán destacar:

- Al comienzo de la Misa, el canto del anuncio del nacimiento del Señor, con la fórmula del Martirologio Romano.

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

- La oración de los fieles deberá asumir un carácter verdaderamente universal, incluso, donde sea oportuno, con el empleo de varios idiomas como un signo; y en la presentación de los dones para el ofertorio siempre habrá un recuerdo concreto de los pobres.
- Al final de la celebración podrá tener lugar el beso de la imagen del Niño Jesús por parte de los fieles, y la colocación de la misma en el nacimiento que se haya puesto en la iglesia o en algún lugar cercano.

La fiesta de la Sagrada Familia

112. La fiesta de la Sagrada Familia, Jesús, María y José (Domingo en la octava de Navidad) ofrece un ámbito celebrativo apropiado para el desarrollo de algunos ritos o momentos de oración, propios de la familia cristiana.

El recuerdo de José, de María y del niño Jesús, que se dirigen a Jerusalén, como toda familia hebrea observante, para realizar los ritos de la Pascua (cfr. Lc 2,41-42), animará a que toda la familia acepte la invitación a participar unida, ese día, en la Eucaristía. Y resultaría muy significativo que la familia se encomendase nuevamente al patrocinio de la Sagrada Familia de Nazaret, la bendición de los hijos, prevista en el Ritual, y donde sea oportuno, la renovación de las promesas matrimoniales asumidas por los esposos, convertidos ya en padres, en el día de su matrimonio, así como las promesas de los desposorios con las que los novios formalizan su proyecto de fundar en el futuro una nueva familia.

Pero más allá del día de la fiesta, a los fieles les agrada recurrir a la Sagrada Familia de Nazaret en muchas circunstancias de la vida: se inscriben con gusto en las Asociaciones de la Sagrada Familia, para configurar su propio núcleo familiar según el modelo de la Familia de Nazaret, y dirigen a las mismas jaculatorias frecuentes, mediante las que se encomiendan a su patrocinio y piden la asistencia para el momento de la muerte.

La fiesta de los Santos Inocentes

113. Desde el final del siglo VI, la Iglesia celebra el 28 de diciembre la memoria de los niños a los que mató el ciego furor de Herodes por causa de Jesús (cfr. Mt 2,16-17). La tradición litúrgica los llama "Santos Inocentes" y los considera mártires. A lo largo de los siglos, en el arte, en la poesía y en la piedad popular, los sentimientos de ternura y de simpatía han rodeado la memoria de este "pequeño rebaño de corderos inmolados"; a estos sentimientos se ha unido siempre la indignación por la violencia con que fueron arrancados de las manos de sus madres y entregados a la muerte.

En nuestros días los niños padecen todavía innumerables formas de violencia, que atentan contra su vida, dignidad, moralidad y derecho a la educación. Hay que tener presente en este día la innumerable multitud de niños no nacidos y asesinados al amparo de las leyes que permiten el aborto, un crimen abominable. La piedad popular, atenta a los problemas concretos, en no pocos lugares ha dado vida a manifestaciones de culto y a formas de caridad como la asistencia a las madres embarazadas, la adopción de los niños e impulsar su educación.

El 31 de diciembre

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

114. De la piedad popular provienen algunos ejercicios de piedad característicos del 31 de diciembre. Este día se celebra, en la mayor parte de los países de Occidente, el final del año civil. La ocasión invita a los fieles a reflexionar sobre el "misterio del tiempo", que corre veloz e inexorable. Esto suscita en su espíritu un doble sentimiento: arrepentimiento y pesar por las culpas cometidas y por las ocasiones de gracia pérdidas durante el año que llega a su fin; agradecimiento por los beneficios recibidos de Dios.

Esta doble actitud ha dado origen, respectivamente, a dos ejercicios de piedad: la exposición prolongada del Santísimo Sacramento, que ofrece una ocasión a las comunidades religiosas y a los fieles, para un tiempo de oración, preferentemente en silencio; al canto del *Te Deum*, como expresión comunitaria de alabanza y agradecimiento por los beneficios obtenidos de Dios en el curso del año que está a punto de terminar.

En algunos lugares, sobre todo en comunidades monásticas y en asociaciones laicales marcadamente eucarísticas, la noche del 31 de diciembre tiene lugar una vigilia de oración que se suele concluir con la celebración de la Eucaristía. Se debe alentar esta vigilia, y su celebración tiene que estar en armonía con los contenidos litúrgicos de la Octava de la Navidad, vivida no sólo como una reacción justificada ante la despreocupación y disipación con la que la sociedad vive el paso de un año a otro, sino como ofrenda vigilante al Señor, de las primicias del nuevo año.

La solemnidad de santa María, Madre de Dios

115. El 1 de enero, Octava de la Navidad, la Iglesia celebra la solemnidad de Santa María, Madre de Dios. La maternidad divina y virginal de María constituye un acontecimiento salvífico singular: para la Virgen fue presupuesto y causa de su gloria extraordinaria; para nosotros es fuente de gracia y de salvación, porque "por medio de ella hemos recibido al Autor de la vida".

La solemnidad del 1 de enero, eminentemente mariana, ofrece un espacio particularmente apto para el encuentro entre la piedad litúrgica y la piedad popular: la primera celebra este acontecimiento con las formas que le son propias; la segunda, si está formada de manera adecuada, no dejará de dar vida a expresiones de alabanza y felicitación a la Virgen por el nacimiento de su Hijo divino, y de profundizar en el contenido de tantas fórmulas de oración, comenzando por la que resulta tan entrañable a los fieles: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores".

116. En Occidente el 1 de enero es un día para felicitarse: es el inicio del año civil. Los fieles están envueltos en el clima festivo del comienzo del año y se intercambian, con todos, los deseos de "Feliz año". Sin embargo, deben saber dar a esta costumbre un sentido cristiano, y hacer de ella casi una expresión de piedad. Los fieles saben que "el año nuevo" está bajo el señorío de Cristo y por eso, al intercambiarse las felicitaciones y deseos, lo ponen, implícita o explícitamente, bajo el dominio de Cristo, a quien pertenecen los días y los siglos eternos (cfr. Ap 1,8; 22,13).

Con esta conciencia se relaciona la costumbre, bastante extendida, de cantar el 1 de enero el himno *Veni, creator Spiritus*, para que el Espíritu del Señor dirija los pensamientos y las acciones de todos y cada uno de los fieles y de las comunidades cristianas durante todo el año.

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

117. Entre los buenos deseos, con los que hombres y mujeres se saludan el 1 de enero, destaca el de la paz. El "deseo de paz" tiene profundas raíces bíblicas, cristológicas y navideñas; los hombres de todos los tiempos invocan el "bien de la paz", aunque atentan contra el frecuentemente, y en el modo más violento y destructor: con la guerra.

La Sede Apostólica, partícipe de las aspiraciones profundas de los pueblos, desde el 1967, ha señalado para el 1 de enero la celebración de la "Jornada mundial de la paz".

La piedad popular no ha permanecido insensible ante esta iniciativa de la Sede Apostólica y, a la luz del Príncipe de la paz recién nacido, convierte este día en un momento importante de oración por la paz, de educación en la paz y en los valores que están indisolublemente unidos a la misma, como la libertad, la solidaridad y la fraternidad, la dignidad de la persona humana, el respeto de la naturaleza, el derecho al trabajo y el carácter sagrado de la vida, y de denuncia de situaciones injustas, que turban las conciencias y amenazan la paz.

La solemnidad de la Epifanía del Señor

118. En torno a la solemnidad de la Epifanía, que tiene un origen muy antiguo y un contenido muy rico, han nacido y se han desarrollado muchas tradiciones y expresiones genuinas de piedad popular. Entre estas se pueden recordar:

- El solemne anuncio de la Pascua y de las fiestas principales del año; la recuperación de este anuncio, que se está realizando en diversos lugares, se debe favorecer, pues ayuda a los fieles a descubrir la relación entre la Epifanía y la Pascua, y la orientación de todas las fiestas hacia la mayor de las solemnidades cristianas.
- El intercambio de "regalos de Reyes"; esta costumbre tiene sus raíces en el episodio evangélico de los dones ofrecidos por los Magos al niño Jesús (cfr. Mt 2,11), y en un sentido más radical, en el don que Dios Padre ha concedido a la humanidad con el nacimiento entre nosotros del Emmanuel (cfr. Is 7,14; 9,6; Mt 1,23). Es deseable que el intercambio de regalos con ocasión de la Epifanía mantenga un carácter religioso, muestre que su motivación última se encuentra en la narración evangélica: esto ayudará a convertir el regalo en una expresión de piedad cristiana y a sacarlo de los condicionamientos de lujo, ostentación y despilfarro, que son ajenos a sus orígenes.
- La bendición de las casas, sobre cuyas puertas se traza la cruz del Señor, el número del año comenzado, las letras iniciales de los nombres tradicionales de los santos Magos (C+M+B) [en algunas lenguas], explicadas también como siglas de "Christus mansinem benedicat", escritas con una tiza bendecida; estos gestos, realizados por grupos de niños acompañados de adultos, expresan la invocación de la bendición de Cristo por intercesión de los santos Magos y a la vez son una ocasión para recoger ofrendas que se dedican a fines misioneros y de caridad.
- Las iniciativas de solidaridad a favor de hombres y mujeres que, como los Magos, vienen de regiones lejanas; respecto a ellos, sean o no cristianos, la piedad popular adopta una actitud de comprensión acogedora y de solidaridad efectiva.
- La ayuda a la evangelización de los pueblos; el fuerte carácter misionero de la Epifanía ha sido percibido por la piedad popular, por lo cual, en este día tienen lugar

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

iniciativas a favor de las misiones, especialmente las vinculadas a la "Obra misionera de la Santa Infancia", instituida por la Sede Apostólica.

- La designación de Santos Patronos; en no pocas comunidades religiosas y cofradías existe la costumbre de asignar a cada uno de los miembros un Santo bajo cuyo patrocinio se pone el año recién comenzado

La fiesta del Bautismo del Señor

119. Los misterios del Bautismo del Señor y de su manifestación en las bodas de Caná están estrechamente ligados con el acontecimiento salvífico de la Epifanía.

La fiesta del Bautismo del Señor concluye el Tiempo de navidad. Esta fiesta, revalorizada en nuestros días, no ha dado origen a especiales manifestaciones de la piedad popular. Sin embargo, para que los fieles sean sensibles a lo referente al Bautismo y a la memoria de su nacimiento como hijos de Dios, esta fiesta puede constituir un momento oportuno para iniciativas eficaces, como: el uso del Rito de la aspersion dominical con el agua bendita en todas las misas que se celebran con asistencia del pueblo; centrar la homilía y la catequesis en los temas y símbolos bautismales.

La fiesta de la Presentación del Señor

120. Hasta el 1969 la antigua fiesta del 2 de febrero, de origen oriental, recibía en Occidente el título de "Purificación de Santa María Virgen", y concluía, cuarenta días después de Navidad, el ciclo de navidad.

Esta fiesta siempre ha tenido un marcado carácter popular. Los fieles, de hecho:

- Asisten con gusto a la procesión conmemorativa de la entrada de Jesús en el Templo y de su encuentro, ante todo con Dios Padre, en cuya morada entra por primera vez, después con Simeón y Ana. Esta procesión, que en Occidente había sustituido a los cortejos paganos licenciosos y que era de tipo penitencial, posteriormente se caracterizó por la bendición de las candelas, que se llevaban encendidas durante la procesión, en honor de Cristo "luz para alumbrar a las naciones" (Lc 2,32).
- Son sensibles al gesto realizado por la Virgen María, que presenta a su Hijo en el Templo y se somete, según el rito de la Ley de Moisés (cfr. Lv 12,1-8), al rito de la purificación; en la piedad popular el episodio de la purificación se ha visto como una muestra de la humildad de la Virgen, por lo cual, la fiesta del 2 de febrero es considerada con frecuencia la fiesta de los que realizan los servicios más humildes en la Iglesia.

121. La piedad popular es sensible al acontecimiento, providencial y misterioso, de la concepción y del nacimiento de una vida nueva. En particular las madres cristianas advierten la relación que existe, a pesar de las notables diferencias – la concepción y el parto de María son hechos únicos – entre la maternidad de la Virgen, la purísima, madre de la Cabeza del Cuerpo Místico, y su maternidad: ellas también son madres según el plan de Dios, pues han generado los futuros miembros del mismo Cuerpo Místico. En esta intuición, y como imitando el rito realizado por María (cfr. Lc 2,22-24), tenía origen el rito de la purificación

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

de la que había dado a luz, algunos de cuyos elementos reflejaban una visión negativa de lo relacionado con el parto

En el actual *Rituale Romanum* está prevista una bendición para la madre, tanto antes del parto como después del parto, esta última sólo en el caso de que la madre no haya podido participar en el bautismo del hijo.

Sin embargo, es muy oportuno que la madre y sus parientes, al pedir esta bendición, se adapten a las características de la oración de la Iglesia: comunión de fe y de caridad en la oración, para que llegue a su feliz cumplimiento el tiempo de espera (bendición antes del parto) y para dar gracias a Dios por el don recibido (bendición después del parto).

122. En algunas Iglesias locales se valoran de modo especial algunos elementos del relato evangélico de la fiesta de la Presentación del Señor (Lc 2,22-40), como la obediencia de José y María a la Ley del Señor, la pobreza de los santos esposos, la condición virginal de la Madre de Jesús, lo que ha aconsejado convertir, también, el 2 de febrero en la fiesta de los que se dedican al servicio del Señor y de los hermanos, en las diversas formas de vida consagrada.

123. La fiesta del 2 de febrero conserva un carácter popular. Sin embargo, es necesario que responda verdaderamente al sentido auténtico de la fiesta. No resultaría adecuado que la piedad popular, al celebrar la Presentación del Señor, se olvidase el contenido cristológico, que es el fundamental, para quedarse casi exclusivamente en los aspectos mariológicos; el hecho de que deba "ser considerada ...como memoria simultánea del Hijo y de la Madre" no autoriza semejante cambio de la perspectiva; las velas, conservadas en los hogares, deben ser para los fieles un signo de Cristo "luz del mundo" y, por lo tanto, un motivo para expresar la fe.

En el tiempo de Cuaresma

124. La Cuaresma es el tiempo que precede y dispone a la celebración de la Pascua. Tiempo de escucha de la Palabra de Dios y de conversión, de preparación y de memoria del Bautismo, de reconciliación con Dios y con los hermanos, de recurso más frecuente a las "armas de la penitencia cristiana": la oración, el ayuno y la limosna (cfr. Mt 6,1-6.16-18).

En el ámbito de la piedad popular no se percibe fácilmente el sentido misterioso de la Cuaresma y no se han asimilado algunos de los grandes valores y temas, como la relación entre el "sacramento de los cuarenta días" y los sacramentos de la iniciación cristiana, o el misterio del "éxodo", presente a lo largo de todo el itinerario cuaresmal. Según una constante de la piedad popular, que tiende a centrarse en los misterios de la humanidad de Cristo, en la Cuaresma los fieles concentran su atención en la Pasión y Muerte del Señor.

125. El comienzo de los cuarenta días de penitencia, en el Rito romano, se caracteriza por el austero símbolo de las Cenizas, que distingue la Liturgia del Miércoles de Ceniza. Propio de los antiguos ritos con los que los pecadores convertidos se sometían a la penitencia canónica, el gesto de cubrirse con ceniza tiene el sentido de reconocer la propia fragilidad y mortalidad, que necesita ser redimida por la misericordia de Dios. Lejos de ser un gesto puramente exterior, la Iglesia lo ha conservado como signo de la actitud del corazón penitente que cada bautizado está llamado a asumir en el itinerario cuaresmal. Se debe ayudar a los fieles, que

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

acuden en gran número a recibir la Ceniza, a que capten el significado interior que tiene este gesto, que abre a la conversión y al esfuerzo de la renovación pascual.

A pesar de la secularización de la sociedad contemporánea, el pueblo cristiano advierte claramente que durante la Cuaresma hay que dirigir el espíritu hacia las realidades que son verdaderamente importantes; que hace falta un esfuerzo evangélico y una coherencia de vida, traducida en buenas obras, en forma de renuncia a lo superfluo y suntuoso, en expresiones de solidaridad con los que sufren y con los necesitados.

También los fieles que frecuentan poco los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía saben, por una larga tradición eclesial, que el tiempo de Cuaresma-Pascua está en relación con el precepto de la Iglesia de confesar los propios pecados graves, al menos una vez al año, preferentemente en el tiempo pascual.

126. La divergencia existente entre la concepción litúrgica y la visión popular de la Cuaresma, no impide que el tiempo de los "Cuarenta días" sea un espacio propicio para una interacción fecunda entre Liturgia y piedad popular.

Un ejemplo de esta interacción lo tenemos en el hecho de que la piedad popular favorece algunos días, algunos ejercicios de piedad y algunas actividades apostólicas y caritativas, que la misma Liturgia cuaresmal prevé y recomienda. La práctica del ayuno, tan característica desde la antigüedad en este tiempo litúrgico, es un "ejercicio" que libera voluntariamente de las necesidades de la vida terrena para redescubrir la necesidad de la vida que viene del cielo: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mt 4,4; cfr. Dt 8,3; Lc 4,4; antífona de comunión del I Domingo de Cuaresma)

La veneración de Cristo crucificado

127. El camino cuaresmal termina con el comienzo del Triduo pascual, es decir, con la celebración de la Misa In Cena Domini. En el Triduo pascual, el Viernes Santo, dedicado a celebrar la Pasión del Señor, es el día por excelencia para la "Adoración de la santa Cruz".

Sin embargo, la piedad popular desea anticipar la veneración cultural de la Cruz. De hecho, a lo largo de todo el tiempo cuaresmal, el viernes, que por una antiquísima tradición cristiana es el día conmemorativo de la Pasión de Cristo, los fieles dirigen con gusto su piedad hacia el misterio de la Cruz.

Contemplando al Salvador crucificado captan más fácilmente el significado del dolor inmenso e injusto que Jesús, el Santo, el Inocente, padeció por la salvación del hombre, y comprenden también el valor de su amor solidario y la eficacia de su sacrificio redentor.

128. Las expresiones de devoción a Cristo crucificado, numerosas y variadas, adquieren un particular relieve en las iglesias dedicadas al misterio de la Cruz o en las que se veneran reliquias, consideradas auténticas, del lignum Crucis. La "invención de la Cruz", acaecida según la tradición durante la primera mitad del siglo IV, con la consiguiente difusión por todo el mundo de fragmentos de la misma, objeto de grandísima veneración, determinó un aumento notable del culto a la Cruz.

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

En las manifestaciones de devoción a Cristo crucificado, los elementos acostumbrados de la piedad popular como cantos y oraciones, gestos como la ostensión y el beso de la cruz, la procesión y la bendición con la cruz, se combinan de diversas maneras, dando lugar a ejercicios de piedad que a veces resultan preciosos por su contenido y por su forma.

No obstante, la piedad respecto a la Cruz, con frecuencia, tiene necesidad de ser iluminada. Se debe mostrar a los fieles la referencia esencial de la Cruz al acontecimiento de la Resurrección: la Cruz y el sepulcro vacío, la Muerte y la Resurrección de Cristo, son inseparables en la narración evangélica y en el designio salvífico de Dios. En la fe cristiana, la Cruz es expresión del triunfo sobre el poder de las tinieblas, y por esto se la presenta adornada con gemas y convertida en signo de bendición, tanto cuando se traza sobre uno mismo, como cuando se traza sobre otras personas y objetos.

129. El texto evangélico, particularmente detallado en la narración de los diversos episodios de la Pasión, y la tendencia a especificar y a diferenciar, propia de la piedad popular, ha hecho que los fieles dirijan su atención, también, a aspectos particulares de la Pasión de Cristo y hayan hecho de ellos objeto de diferentes devociones: el "Ecce homo", el Cristo vilipendiado, "con la corona de espinas y el manto de púrpura" (Jn 19,5), que Pilato muestra al pueblo; las llagas del Señor, sobre todo la herida del costado y la sangre vivificadora que brota de allí (cfr. Jn 19,34); los instrumentos de la Pasión, como la columna de la flagelación, la escalera del pretorio, la corona de espinas, los clavos, la lanza de la transfixión; la sábana santa o lienzo de la deposición.

Estas expresiones de piedad, promovidas en ocasiones por personas de santidad eminente, son legítimas. Sin embargo, para evitar una división excesiva en la contemplación del misterio de la Cruz, será conveniente subrayar la consideración de conjunto de todo el acontecimiento de la Pasión, conforme a la tradición bíblica y patrística.

La lectura de la Pasión del Señor

130. La Iglesia exhorta a los fieles a la lectura frecuente, de manera individual o comunitaria, de la Palabra de Dios. Ahora bien, no hay duda de que, entre las páginas de la Biblia, la narración de la Pasión del Señor tiene un valor pastoral especial, por lo que, por ejemplo, el *Ordo unctionis infirmorum eorumque pastoralis curae* sugiere la lectura, en el momento de la agonía del cristiano, de la narración de la Pasión del Señor o de algún paso de la misma.

Durante el tiempo de Cuaresma, el amor a Cristo crucificado deberá llevar a la comunidad cristiana a preferir el miércoles y el viernes, sobre todo, para la lectura de la Pasión del Señor.

Esta lectura, de gran sentido doctrinal, atrae la atención de los fieles tanto por el contenido como por la estructura narrativa, y suscita en ellos sentimientos de auténtica piedad: arrepentimiento de las culpas cometidas, porque los fieles perciben que la Muerte de Cristo ha sucedido para remisión de los pecados de todo el género humano y también de los propios; compasión y solidaridad con el Inocente injustamente perseguido; gratitud por el amor infinito que Jesús, el Hermano primogénito, ha demostrado en su Pasión para con todos los hombres, sus hermanos; decisión de seguir los ejemplos de mansedumbre, paciencia, misericordia, perdón de las ofensas y abandono confiado en las manos del Padre, que Jesús dio de modo abundante y eficaz durante su Pasión.

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

Fuera de la celebración litúrgica, la lectura de la Pasión se puede "dramatizar" si es oportuno, confiando a lectores distintos los textos correspondientes a los diversos personajes; asimismo, se pueden intercalar cantos o momentos de silencio meditativo.

El "Vía Crucis"

131. Entre los ejercicios de piedad con los que los fieles veneran la Pasión del Señor, hay pocos que sean tan estimados como el Vía Crucis. A través de este ejercicio de piedad los fieles recorren, participando con su afecto, el último tramo del camino recorrido por Jesús durante su vida terrena: del Monte de los Olivos, donde en el "huerto llamado Getsemaní" (Mc 14,32) el Señor fue "presa de la angustia" (Lc 22,44), hasta el Monte Calvario, donde fue crucificado entre dos malhechores (cfr. Lc 23,33), al jardín donde fue sepultado en un sepulcro nuevo, excavado en la roca (cfr. Jn 19,40-42).

Un testimonio del amor del pueblo cristiano por este ejercicio de piedad son los innumerables Vía Crucis erigidos en las iglesias, en los santuarios, en los claustros e incluso al aire libre, en el campo, o en la subida a una colina, a la cual las diversas estaciones le confieren una fisonomía sugestiva.

132. El Vía Crucis es la síntesis de varias devociones surgidas desde la alta Edad Media: la peregrinación a Tierra Santa, durante la cual los fieles visitan devotamente los lugares de la Pasión del Señor; la devoción a las "caídas de Cristo" bajo el peso de la Cruz; la devoción a los "caminos dolorosos de Cristo", que consiste en ir en procesión de una iglesia a otra en memoria de los recorridos de Cristo durante su Pasión; la devoción a las "estaciones de Cristo", esto es, a los momentos en los que Jesús se detiene durante su camino al Calvario, o porque le obligan sus verdugos o porque está agotado por la fatiga, o porque, movido por el amor, trata de entablar un diálogo con los hombres y mujeres que asisten a su Pasión.

En su forma actual, que está ya atestiguada en la primera mitad del siglo XVII, el Vía Crucis, difundido sobre todo por San Leonardo de Porto Mauricio (+1751), ha sido aprobado por la Sede Apostólica, dotado de indulgencias y consta de catorce estaciones.

133. El Vía Crucis es un camino trazado por el Espíritu Santo, fuego divino que ardía en el pecho de Cristo (cfr. Lc 12,49-50) y lo impulsó hasta el Calvario; es un camino amado por la Iglesia, que ha conservado la memoria viva de las palabras y de los acontecimientos de los últimos días de su Esposo y Señor.

En el ejercicio de piedad del Vía Crucis confluyen también diversas expresiones características de la espiritualidad cristiana: la comprensión de la vida como camino o peregrinación; como paso, a través del misterio de la Cruz, del exilio terreno a la patria celeste; el deseo de conformarse profundamente con la Pasión de Cristo; las exigencias de la sequela Christi, según la cual el discípulo debe caminar detrás del Maestro, llevando cada día su propia cruz (cfr. Lc 9,23)

Por todo esto el Vía Crucis es un ejercicio de piedad especialmente adecuado al tiempo de Cuaresma.

134. Para realizar con fruto el Vía Crucis pueden ser útiles las siguientes indicaciones:

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

- La forma tradicional, con sus catorce estaciones, se debe considerar como la forma típica de este ejercicio de piedad; sin embargo, en algunas ocasiones, no se debe excluir la sustitución de una u otra "estación" por otras que reflejen episodios evangélicos del camino doloroso de Cristo, y que no se consideran en la forma tradicional.
- En todo caso, existen formas alternativas del Vía Crucis aprobadas por la Sede Apostólica o usadas públicamente por el Romano Pontífice: estas se deben considerar formas auténticas del mismo, que se pueden emplear según sea oportuno.
- El Vía Crucis es un ejercicio de piedad que se refiere a la Pasión de Cristo; sin embargo, es oportuno que concluya de manera que los fieles se abran a la expectativa, llena de fe y de esperanza, de la Resurrección; tomando como modelo la estación de la Anastasis al final del Vía Crucis de Jerusalén, se puede concluir el ejercicio de piedad con la memoria de la Resurrección del Señor.

135. Los textos para el Vía Crucis son innumerables. Han sido compuestos por pastores movidos por una sincera estima a este ejercicio de piedad y convencidos de su eficacia espiritual; otras veces tienen por autores a fieles laicos, eminentes por la santidad de vida, doctrina o talento literario.

La selección del texto, teniendo presente las eventuales indicaciones del Obispo, se deberá hacer considerando sobre todo las características de los que participan en el ejercicio de piedad y el principio pastoral de combinar sabiamente la continuidad y la innovación. En todo caso, serán preferibles los textos en los que resuenen, correctamente aplicadas, las palabras de la Biblia, y que estén escritos con un estilo digno y sencillo.

Un desarrollo inteligente del Vía Crucis, en el que se alternan de manera equilibrada: palabra, silencio, canto, movimiento procesional y parada meditativa, contribuye a que se obtengan los frutos espirituales de este ejercicio de piedad.

El "Vía Matris"

136. Así como en el plan salvífico de Dios (cfr. Lc 2,34-35) están asociados Cristo crucificado y la Virgen dolorosa, también los están en la Liturgia y en la piedad popular.

Como Cristo es el "hombre de dolores" (Is 53,3), por medio del cual se ha complacido Dios en "reconciliar consigo todos los seres: los del cielo y los de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz" (Col 1,20), así María es la "mujer del dolor", que Dios ha querido asociar a su Hijo, como madre y participe de su Pasión (socia Passionis).

Desde los días de la infancia de Cristo, toda la vida de la Virgen, participando del rechazo de que era objeto su Hijo, transcurrió bajo el signo de la espada (cfr. Lc 2,35). Sin embargo, la piedad del pueblo cristiano ha señalado siete episodios principales en la vida dolorosa de la Madre y los ha considerado como los "siete dolores" de Santa María Virgen.

Así, según el modelo del Vía Crucis, ha nacido el ejercicio de piedad del Vía Matris dolorosae, o simplemente Vía Matris, aprobado también por la Sede Apostólica. Desde el siglo XVI hay ya formas incipientes del Vía Matris, pero en su forma actual no es anterior al siglo XIX. La intuición fundamental es considerar toda la vida de la Virgen, desde el anuncio

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

profético de Simeón (cfr. Lc 2,34-35) hasta la muerte y sepultura del Hijo, como un camino de fe y de dolor: camino articulado en siete "estaciones", que corresponden a los "siete dolores" de la Madre del Señor.

137. El ejercicio de piedad del Vía Matris se armoniza bien con algunos temas propios del itinerario cuaresmal. Como el dolor de la Virgen tiene su causa en el rechazo que Cristo ha sufrido por parte de los hombres, el Vía Matris remite constante y necesariamente al misterio de Cristo, siervo sufriente del Señor (cfr. Is 52,13-53,12), rechazado por su propio pueblo (cfr. Jn 1,11; Lc 2,1-7; 2,34-35; 4,28-29; Mt 26,47-56; Hech 12,1-5). Y remite también al misterio de la Iglesia: las estaciones del Vía Matris son etapas del camino de fe y dolor en el que la Virgen ha precedido a la Iglesia y que esta deberá recorrer hasta el final de los tiempos.

El Vía Matris tiene como máxima expresión la "Piedad", tema inagotable del arte cristiano desde la Edad Media.

La Semana Santa

138. "Durante la Semana Santa la Iglesia celebra los misterios de la salvación actuados por Cristo en los últimos días de su vida, comenzando por su entrada mesiánica en Jerusalén".

Es muy intensa la participación del pueblo en los ritos de la Semana Santa. Algunos muestran todavía señales de su origen en el ámbito de la piedad popular. Sin embargo, ha sucedido que, a lo largo de los siglos, se ha producido en los ritos de la Semana Santa una especie de paralelismo celebrativo, por lo cual se dan prácticamente dos ciclos con planteamiento diverso: uno rigurosamente litúrgico, otro caracterizado por ejercicios de piedad específicos, sobre todo las procesiones.

Esta diferencia se debería reconducir a una correcta armonización entre las celebraciones litúrgicas y los ejercicios de piedad. En relación con la Semana Santa, el amor y el cuidado de las manifestaciones de piedad tradicionalmente estimadas por el pueblo debe llevar necesariamente a valorar las acciones litúrgicas, sostenidas ciertamente por los actos de piedad popular.

Domingo de Ramos

Las palmas y los ramos de olivo o de otros árboles

139. "La Semana Santa comienza con el Domingo de Ramos "de la Pasión del Señor", que comprende a la vez el triunfo real de Cristo y el anuncio de la Pasión".

La procesión que conmemora la entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén tiene un carácter festivo y popular. A los fieles les gusta conservar en sus hogares, y a veces en el lugar de trabajo, los ramos de olivo o de otros árboles, que han sido bendecidos y llevados en la procesión.

Sin embargo, es preciso instruir a los fieles sobre el significado de la celebración, para que entiendan su sentido. Será oportuno, por ejemplo, insistir en que lo verdaderamente importante es participar en la procesión y no simplemente procurarse una palma o ramo de olivo; que estos no se conserven como si fueran amuletos, con un fin curativo o para mantener

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

alejados a los malos espíritus y evitar así, en las casas y los campos, los daños que causan, lo cual podría ser una forma de superstición.

La palma y el ramo de olivo se conservan, ante todo, como un testimonio de la fe en Cristo, rey mesiánico, y en su victoria pascual.

Triduo pascual

140. Todos los años en el "sacratísimo triduo del crucificado, del sepultado y del resucitado" o Triduo pascual, que se celebra desde la Misa vespertina del jueves en la cena del Señor hasta las Vísperas del Domingo de Resurrección, la Iglesia celebra, "en íntima comunión con Cristo su Esposo", los grandes misterios de la redención humana.

Jueves Santo

La visita al lugar de la reserva

141. La piedad popular es especialmente sensible a la adoración del santísimo Sacramento, que sigue a la celebración de la Misa en la cena del Señor. A causa de un proceso histórico, que todavía no está del todo claro en algunas de sus fases, el lugar de la reserva se ha considerado como "santo sepulcro"; los fieles acudían para venerar a Jesús que después del descendimiento de la Cruz fue sepultado en la tumba, donde permaneció unas Cuarenta horas.

Es preciso iluminar a los fieles sobre el sentido de la reserva: realizada con austera solemnidad y ordenada esencialmente a la conservación del Cuerpo del Señor, para la comunión de los fieles en la Celebración litúrgica del Viernes Santo y para el Viático de los enfermos, es una invitación a la adoración, silenciosa y prolongada, del Sacramento admirable, instituido en este día.

Por lo tanto, para el lugar de la reserva hay que evitar el término "sepulcro" ("monumento"), y en su disposición no se le debe dar la forma de una sepultura; el sagrario no puede tener la forma de un sepulcro o urna funeraria: el Sacramento hay que conservarlo en un sagrario cerrado, sin hacer la exposición con la custodia.

Después de la media noche del Jueves Santo, la adoración se realiza sin solemnidad, pues ya ha comenzado el día de la Pasión del Señor.

Viernes Santo

La procesión del Viernes Santo

142. El Viernes Santo la Iglesia celebra la Muerte salvadora de Cristo. En el Acto litúrgico de la tarde, medita en la Pasión de su Señor, intercede por la salvación del mundo, adora la Cruz y conmemora su propio nacimiento del costado abierto del Salvador (Cfr. Jn 19,34).

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

Entre las manifestaciones de piedad popular del Viernes Santo, además del Vía Crucis, destaca la procesión del "Cristo muerto". Esta destaca, según las formas expresivas de la piedad popular, el pequeño grupo de amigos y discípulos que, después de haber bajado de la Cruz el Cuerpo de Jesús, lo llevaron al lugar en el cual había una "tumba excavada en la roca, en la cual todavía no se había dado sepultura a nadie" (Lc 23,53).

La procesión del "Cristo muerto" se desarrolla, por lo general, en un clima de austeridad, de silencio y de oración, con la participación de numerosos fieles, que perciben no pocos sentidos del misterio de la sepultura de Jesús.

143. Sin embargo, es necesario que estas manifestaciones de la piedad popular nunca aparezcan ante los fieles, ni por la hora ni por el modo de convocatoria, como sucedáneo de las celebraciones litúrgicas del Viernes Santo.

Por lo tanto, al planificar pastoralmente el Viernes Santo se deberá conceder el primer lugar y el máximo relieve a la Celebración litúrgica, y se deberá explicar a los fieles que ningún ejercicio de piedad debe sustituir a esta celebración, en su valor objetivo.

Finalmente, hay que evitar introducir la procesión de "Cristo muerto" en el ámbito de la solemne Celebración litúrgica del Viernes Santo, porque esto constituiría una mezcla híbrida de celebraciones.

Representación de la Pasión de Cristo

144. En muchas regiones, durante la Semana Santa, sobre todo el viernes, tienen lugar representaciones de la Pasión de Cristo. Se trata, frecuentemente, de verdaderas "representaciones sagradas", que con razón se pueden considerar un ejercicio de piedad. Las representaciones sagradas hunden sus raíces en la Liturgia. Algunas de ellas, nacidas casi en el coro de los monjes, mediante un proceso de dramatización progresiva, han pasado al atrio de la iglesia.

En muchos lugares, la preparación y ejecución de la representación de la Pasión de Cristo está encomendada a cofradías, cuyos miembros han asumido determinados compromisos de vida cristiana. En estas representaciones, actores y espectadores son introducidos en un movimiento de fe y de auténtica piedad. Es muy deseable que las representaciones sagradas de la Pasión del Señor no se alejen de este estilo de expresión sincera y gratuita de piedad, para convertirse en manifestaciones folclóricas, que atraen no tanto el espíritu religioso cuanto el interés de los turistas.

Respecto a las representaciones sagradas hay que explicar a los fieles la profunda diferencia que hay entre una "representación" que es mimesis, y la "acción litúrgica", que es anámnesis, presencia misteriosa del acontecimiento salvífico de la Pasión.

Hay que rechazar las prácticas penitenciales que consisten en hacerse crucificar con clavos.

El recuerdo de la Virgen de los Dolores

145. Dada su importancia doctrinal y pastoral, se recomienda no descuidar el "recuerdo de los dolores de la Santísima Virgen María". La piedad popular, siguiendo el relato evangélico,

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

ha destacado la asociación de la Madre a la Pasión salvadora del Hijo (cfr. Jn 19,25-27; Lc 2,34ss) y ha dado lugar a diversos ejercicios de piedad entre los que se deben recordar:

- El Planctus Mariae, expresión intensa de dolor, que con frecuencia contiene elementos de gran valor literario y musical, en el que la Virgen llora no sólo la muerte del Hijo, inocente y santo, su bien sumo, sino también la pérdida de su pueblo y el pecado de la humanidad.
- La "Hora de la Dolorosa", en la que los fieles, con expresiones de conmovedora devoción, "hacen compañía" a la Madre del Señor, que se ha quedado sola y sumergida en un profundo dolor, después de la muerte de su único Hijo; al contemplar a la Virgen con el Hijo entre sus brazos – la Piedad– comprenden que en María se concentra el dolor del universo por la muerte de Cristo; en ella ven la personificación de todas las madres que, a lo largo de la historia, han llorado la muerte de un hijo. Este ejercicio de piedad, que en algunos lugares de América Latina se denomina "El pésame", no se debe limitar a expresar el sentimiento humano ante una madre desolada, sino que, desde la fe en la Resurrección, debe ayudar a comprender la grandeza del amor redentor de Cristo y la participación en el mismo de su Madre.

Sábado Santo

146. "Durante el Sábado Santo la Iglesia permanece junto al sepulcro del Señor, meditando su Pasión y Muerte, su descenso a los infiernos y esperando en la oración y el ayuno su Resurrección".

La piedad popular no puede permanecer ajena al carácter particular del Sábado Santo; así pues, las costumbres y las tradiciones festivas vinculadas a este día, en el que durante una época se anticipaba la celebración pascual, se deben reservar para la noche y el día de Pascua.

La "Hora de la Madre"

147. En María, conforme a la enseñanza de la tradición, está como concentrado todo el cuerpo de la Iglesia: ella es la "credentium collectio universa". Por esto la Virgen María, que permanece junto al sepulcro de su Hijo, tal como la representa la tradición eclesial, es imagen de la Iglesia Virgen que vela junto a la tumba de su Esposo, en espera de celebrar su Resurrección.

En esta intuición de la relación entre María y la Iglesia se inspira el ejercicio de piedad de la Hora de la Madre: mientras el cuerpo del Hijo reposa en el sepulcro y su alma desciende a los infiernos para anunciar a sus antepasados la inminente liberación de la región de las tinieblas, la Virgen, anticipando y representando a la Iglesia, espera llena de fe la victoria del Hijo sobre la muerte.

Domingo de Pascua

148. También en el Domingo de Pascua, máxima solemnidad del año litúrgico, tienen lugar no pocas manifestaciones de la piedad popular: son, todas, expresiones culturales que exaltan la nueva condición y la gloria de Cristo resucitado, así como su poder divino que brota de su victoria sobre el pecado y sobre la muerte.

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

El encuentro del Resucitado con la Madre

149. La piedad popular ha intuido que la asociación del Hijo con la Madre es permanente: en la hora del dolor y de la muerte, en la hora de la alegría y de la Resurrección.

La afirmación litúrgica de que Dios ha colmado de alegría a la Virgen en la Resurrección del Hijo, ha sido, por decirlo de algún modo, traducida y representada por la piedad popular en el Encuentro de la Madre con el Hijo resucitado: la mañana de Pascua dos procesiones, una con la imagen de la Madre dolorosa, otra con la de Cristo resucitado, se encuentran para significar que la Virgen fue la primera que participó, y plenamente, del misterio de la Resurrección del Hijo.

Para este ejercicio de piedad es válida la observación que se hizo respecto a la procesión del "Cristo muerto": su realización no debe dar a entender que sea más importante que las celebraciones litúrgicas del domingo de Pascua, ni dar lugar a mezclas rituales inadecuadas.

Bendición de la mesa familiar

150. Toda la Liturgia pascual está penetrada de un sentido de novedad: es nueva la naturaleza, porque en el hemisferio norte la pascua coincide con el despertar primaveral; son nuevos el fuego y el agua; son nuevos los corazones de los cristianos, renovados por el sacramento de la Penitencia y, a ser posible, por los mismos sacramentos de la Iniciación cristiana; es nueva, por decirlo de alguna manera, la Eucaristía: son signos y realidades-signo de la nueva condición de vida inaugurada por Cristo con su Resurrección.

Entre los ejercicios de piedad que se relacionan con la Pascua se cuentan las tradicionales bendiciones de huevos, símbolos de vida, y la bendición de la mesa familiar; esta última, que es además una costumbre diaria de las familias cristianas, que se debe alentar, adquiere un significado particular en el día de Pascua: con el agua bendecida en la Vigilia Pascual, que los fieles llevan a sus hogares, según una loable costumbre, el cabeza de familia u otro miembro de la comunidad doméstica bendice la mesa pascual.

El saludo pascual a la Madre del Resucitado

151. En algunos lugares, al final de la Vigilia pascual o después de las II Vísperas del Domingo de Pascua, se realiza un breve ejercicio de piedad: se bendicen flores, que se distribuyen a los fieles como signo de la alegría pascual, y se rinde homenaje a la imagen de la Dolorosa, que a veces se corona, mientras se canta el Regina Caeli. Los fieles, que se habían asociado al dolor de la Virgen por la Pasión del Hijo, quieren así alegrarse con ella por el acontecimiento de la Resurrección.

Este ejercicio de piedad, que no se debe mezclar con el acto litúrgico, es conforme a los contenidos del Misterio pascual y constituye una prueba ulterior de cómo la piedad popular percibe la asociación de la Madre a la obra salvadora del Hijo.

En el Tiempo Pascual

La bendición anual de las familias en sus casas

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

152. Durante el tiempo pascual – o en otros periodos del año – tiene lugar la bendición anual de las familias, visitadas en sus casas. Esta costumbre, tan apreciada por los fieles y encomendada a la atención pastoral de los párrocos y de sus colaboradores, es una ocasión preciosa para hacer resonar en las familias cristianas el recuerdo de la presencia continua de Dios, llena de bendiciones, la invitación a vivir conforme al Evangelio, la exhortación a los padres e hijos a que conserven y promuevan el misterio de ser "iglesia doméstica".

El "Vía lucis"

153. Recientemente, en diversos lugares, se está difundiendo un ejercicio de piedad denominado Vía lucis. En él, como sucede en el Vía Crucis, los fieles, recorriendo un camino, consideran las diversas apariciones en las que Jesús – desde la Resurrección a la Ascensión, con la perspectiva de la Parusía – manifestó su gloria a los discípulos, en espera del Espíritu prometido (cfr. Jn 14,26; 16,13-15; Lc 24,49), confortó su fe, culminó las enseñanzas sobre el Reino y determinó aún más la estructura sacramental y jerárquica de la Iglesia.

Mediante el ejercicio del Vía lucis los fieles recuerdan el acontecimiento central de la fe – la Resurrección de Cristo – y su condición de discípulos que, en el Bautismo, sacramento pascual, han pasado de las tinieblas del pecado a la luz de la gracia (cfr. Col 1,13; Ef 5,8).

Durante siglos, el Vía Crucis ha mediado la participación de los fieles en el primer momento del evento pascual – la Pasión – y ha contribuido a fijar sus contenidos en la conciencia del pueblo. De modo análogo, en nuestros días, el Vía lucis, siempre que se realice con fidelidad al texto evangélico, puede ser un medio para que los fieles comprendan vitalmente el segundo momento de la Pascua del Señor: la Resurrección.

El Vía lucis, además, puede convertirse en una óptima pedagogía de la fe, porque, como se suele decir, "per crucem ad lucem". Con la metáfora del camino, el Vía lucis lleva desde la constatación de la realidad del dolor, que en plan de Dios no constituye el fin de la vida, a la esperanza de alcanzar la verdadera meta del hombre: la liberación, la alegría, la paz, que son valores esencialmente pascales.

El Vía lucis, finalmente, en una sociedad que con frecuencia está marcada por la "cultura de la muerte", con sus expresiones de angustia y apatía, es un estímulo para establecer una "cultura de la vida", una cultura abierta a las expectativas de la esperanza y a las certezas de la fe.

La devoción a la divina misericordia

154. En relación con la octava de Pascua, en nuestros días y a raíz de los mensajes de la religiosa Faustina Kowalska, canonizada el 30 de abril del 2000, se ha difundido progresivamente una devoción particular a la misericordia divina comunicada por Cristo muerto y resucitado, fuente del Espíritu que perdona los pecados y devuelve la alegría de la salvación. Puesto que la Liturgia del "II Domingo de Pascua o de la divina misericordia" – como se denomina en la actualidad – constituye el espacio natural en el que se expresa la acogida de la misericordia del Redentor del hombre, debe educarse a los fieles para comprender esta devoción a la luz de las celebraciones litúrgicas de estos días de Pascua. En efecto, "El Cristo pascual es la encarnación definitiva de la misericordia, su signo

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

viviente: histórico-salvífico y a la vez escatológico. En el mismo espíritu, la Liturgia del tiempo pascual pone en nuestros labios las palabras del salmo: "Cantaré eternamente las misericordias del Señor" (Sal 89 (88),2)".

La novena de Pentecostés

155. La Escritura da testimonio de que, en los nueve días entre la Ascensión y Pentecostés, los Apóstoles "permanecían unidos y eran asiduos en la oración, junto con algunas mujeres y con María, la Madre de Jesús, y con sus hermanos" (Hech 1,14), en espera de ser "revestidos con el poder de lo alto" (Lc 24,49). De la reflexión orante sobre este acontecimiento salvífico ha nacido el ejercicio de piedad de la novena de Pentecostés, muy difundido en el pueblo cristiano.

En realidad, en el Misal y en la Liturgia de las Horas, sobre todo en las Vísperas, esta "novena" ya está presente: los textos bíblicos y eucológicos se refieren, de diversos modos, a la espera del Paráclito. Por lo tanto, en la medida de lo posible, la novena de Pentecostés debería consistir en la celebración solemne de las Vísperas. Donde esto no sea posible, dispóngase la novena de Pentecostés de tal modo que refleje los temas litúrgicos de los días que van de la Ascensión a la Vigilia de Pentecostés.

En algunos lugares se celebra durante estos días la semana de oración por la unidad de los cristianos.

Pentecostés

El domingo de Pentecostés

156. El tiempo pascual concluye en el quincuagésimo día, con el domingo de Pentecostés, conmemorativo de la efusión del Espíritu Santo sobre los Apóstoles (cfr. Hech 2,1-4), de los comienzos de la Iglesia y del inicio de su misión a toda lengua, pueblo y nación. Es significativa la importancia que ha adquirido, especialmente en la catedral, pero también en las parroquias, la celebración prolongada de la Misa de la Vigilia, que tiene el carácter de una oración intensa y perseverante de toda la comunidad cristiana, según el ejemplo de los Apóstoles reunidos en oración unánime con la Madre del Señor.

Exhortando a la oración y a la participación en la misión, el misterio de Pentecostés ilumina la piedad popular: también está "es una demostración continua de la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia. Éste enciende en los corazones la fe, la esperanza y el amor, virtudes excelentes que dan valor a la piedad cristiana. El mismo Espíritu ennoblece las numerosas y variadas formas de transmitir el mensaje cristiano según la cultura y las costumbres de cualquier lugar, en cualquier momento histórico".

Con fórmulas conocidas que vienen de la celebración de Pentecostés (Veni, creator Spiritus; Veni, Sancte Spiritus) o con breves súplicas (Emitte Spiritum tuum et creabuntur...), los fieles suelen invocar al Espíritu, sobre todo al comenzar una actividad o un trabajo, o en situaciones especiales de angustia. También el rosario, en el tercer misterio glorioso, invita a meditar en la efusión del Espíritu Santo. Los fieles, además, saben que han recibido, especialmente en la Confirmación, el Espíritu de sabiduría y de consejo que les guía en su existencia, el Espíritu de fortaleza y de luz que les ayuda a tomar las decisiones importantes y a afrontar las pruebas

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

de la vida. Saben que su cuerpo, desde el día del Bautismo, es templo del Espíritu Santo, y que debe ser respetado y honrado, también en la muerte, y que en el último día la potencia del Espíritu lo hará resucitar.

Al tiempo que nos abre a la comunión con Dios en la oración, el Espíritu Santo nos mueve hacia el prójimo con sentimientos de encuentro, reconciliación, testimonio, deseos de justicia y de paz, renovación de la mente, verdadero progreso social e impulso misionero. Con este espíritu, la solemnidad de Pentecostés se celebra en algunas comunidades como "jornada de sacrificio por las misiones".

En el Tiempo ordinario

La solemnidad de la santísima Trinidad

157. El domingo siguiente a Pentecostés la Iglesia celebra la solemnidad de la santísima Trinidad. En la baja Edad Media, la devoción creciente de los fieles al misterio de Dios Uno y Trino, que desde la época carolingia tenía un lugar importante en la piedad privada y había dado origen a expresiones de piedad litúrgica, indujo a Juan XXII a extender en 1334 la fiesta de la Trinidad a toda la Iglesia latina. Este acontecimiento tuvo, a su vez, un influjo determinante en la aparición y desarrollo de algunos ejercicios de piedad.

Respecto a la piedad popular a la Santísima Trinidad, "el misterio central de la fe y de la vida cristiana", no es cuestión tanto de recordar tal o cual ejercicio de piedad, sino de subrayar que toda forma auténtica de piedad cristiana debe hacer referencia al verdadero y solo Dios Uno y Trino, "el Padre omnipotente y su Hijo unigénito y el Espíritu Santo". Tal es el misterio de Dios, el que se nos ha revelado en Cristo y por medio de Él. Tal es su manifestación en la historia de la salvación. Esta no es otra cosa que "la historia del camino y los medios por los cuales el Dios verdadero y único, Padre, Hijo y Espíritu Santo, se revela, reconcilia consigo a los hombres, apartados por el pecado, y se une con ellos".

En efecto, son numerosos los ejercicios de piedad que tienen una impronta y una dimensión trinitaria. La mayor parte de ellos comienza con el signo de la cruz y "en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo", la misma fórmula con la que son bautizados los discípulos de Jesús (cfr. Mt 28,19) y comienzan una vida de intimidad con Dios, como hijos del Padre, hermanos del Hijo encarnado, templos del Espíritu. Otros ejercicios de piedad emplean fórmulas similares a la actual Liturgia de las Horas, y comienzan dando "Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo". Otros concluyen con la bendición impartida en el nombre de las tres Personas divinas. Y no son pocos los ejercicios de piedad cuyas oraciones, siguiendo el esquema característico de la oración litúrgica, se dirigen "al Padre por Cristo en el Espíritu" y presentan formulas doxológicas inspiradas en los textos litúrgicos.

158. Como ya se ha dicho en la Primera Parte del presente Directorio, la vida cultural es un diálogo de Dios con el hombre, por Cristo, en el Espíritu Santo. Por esto, es necesario que el aspecto trinitario sea un elemento constante, también en la piedad popular. Tiene que quedar claro a los fieles que los ejercicios de piedad en honor de la Santísima Virgen, de los Ángeles y de los Santos, tienen como término al Padre, del que todo procede y al que todo conduce; al Hijo, encarnado, muerto, resucitado, único mediador (cfr. 1 Tim 2,5) sin el cual es imposible tener acceso al Padre (Jn 14,6); al Espíritu, única fuente de gracia y de

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

santificación. Es importante evitar el peligro de alimentar la idea de una "divinidad" que prescinda de las Personas Divinas.

159. Entre los ejercicios de piedad dedicados directamente a Dios Trino y Uno hay que recordar, junto con la pequeña doxología (Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo...) y la gran doxología (Gloria a Dios en el cielo...), el Trisagio bíblico (Santo, Santo, Santo) y litúrgico (Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten piedad de nosotros), muy difundido en Oriente y también en algunos países, órdenes y congregaciones de Occidente.

El Trisagio litúrgico, que se inspira en otros cantos litúrgicos basados en el Trisagio bíblico — como el Santo en la celebración de la Eucaristía, el himno Te Deum, los improperios del rito de la adoración de la Cruz, el Viernes Santo, derivados a su vez de Isaías 6,3 y de Apocalipsis 4,8 — es un ejercicio de piedad en el que los que oran, en comunión con los ángeles, glorifican repetidamente a Dios Santo, Fuerte e Inmortal, con expresiones de alabanza tomadas de la Sagrada Escritura y de la Liturgia.

La solemnidad del Cuerpo y la Sangre del Señor

160. El jueves siguiente a la solemnidad de la santísima Trinidad, la Iglesia celebra la solemnidad del santísimo Cuerpo y Sangre del Señor. La fiesta, extendida en 1269 por el Papa Urbano IV a toda la Iglesia latina, por una parte, constituyó una respuesta de fe y de culto a doctrinas heréticas acerca del misterio de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, por otra parte, fue la culminación de un movimiento de ardiente devoción hacia el augustísimo Sacramento del altar.

La piedad popular favoreció el proceso que instituyó la fiesta del Corpus Christi; a su vez, esta fue causa y motivo de la aparición de nuevas formas de piedad eucarística en el pueblo de Dios.

Durante siglos, la celebración del Corpus Christi fue el principal punto de confluencia de la piedad popular a la Eucaristía. En los siglos XVI-XVII, la fe, reavivada por la necesidad de responder a las negaciones del movimiento protestante, y la cultura — arte, literatura, folclore — han contribuido a dar vida a muchas y significativas expresiones de la piedad popular para con el misterio de la Eucaristía.

161. La devoción eucarística, tan arraigada en el pueblo cristiano, debe ser educada para que capte dos realidades de fondo:

- Que el punto de referencia supremo de la piedad eucarística es la Pascua del Señor; la Pascua, según la visión de los Padres, es la fiesta de la Eucaristía, como, por otra parte, la Eucaristía es ante todo celebración de la Pascua, es decir, de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús.
- Que toda forma de devoción eucarística tiene una relación esencial con el Sacrificio eucarístico, ya porque dispone a su celebración, ya porque prolonga las actitudes culturales y existenciales suscitadas por ella.

A causa precisamente de esto, el *Rituale Romanum* advierte: "Los fieles, cuando veneran a Cristo, presente en el Sacramento, recuerden que esta presencia deriva del Sacrificio y tiende a la comunión, sacramental y espiritual".

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

162. La procesión de la solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo es, por así decir, la "forma tipo" de las procesiones eucarísticas. Prolonga la celebración de la Eucaristía: inmediatamente después de la Misa, la Hostia que ha sido consagrada en dicha Misa se conduce fuera de la iglesia para que el pueblo cristiano "dé un testimonio público de fe y de veneración al Santísimo Sacramento".

Los fieles comprenden y aman los valores que contiene la procesión del Corpus Christi: se sienten "Pueblo de Dios" que camina con su Señor, proclamando la fe en Él, que se ha hecho verdaderamente el "Dios con nosotros".

Con todo, es necesario que en las procesiones eucarísticas se observen las normas que regulan su desarrollo, en particular las que garantizan la dignidad y la reverencia debidas al santísimo Sacramento; y también es necesario que los elementos típicos de la piedad popular, como el adorno de las calles y de las ventanas, la ofrenda de flores, los altares donde se colocará el Santísimo en las estaciones del recorrido, los cantos y las oraciones "muevan a todos a manifestar su fe en Cristo, atendiendo únicamente a la alabanza del Señor", y ajenos a toda forma de emulación.

163. Las procesiones eucarísticas concluyen, normalmente, con la bendición del santísimo Sacramento. En el caso concreto de la procesión del Corpus Christi, la bendición constituye la conclusión solemne de toda la celebración: en lugar de la bendición sacerdotal acostumbrada, se imparte la bendición con el santísimo Sacramento.

Es importante que los fieles comprendan que la bendición con el santísimo Sacramento no es una forma de piedad eucarística aislada, sino el momento conclusivo de un encuentro cultural suficientemente amplio. Por eso, la normativa litúrgica prohíbe "la exposición realizada únicamente para impartir la bendición".

La adoración eucarística

164. La adoración del santísimo Sacramento es una expresión particularmente extendida del culto a la Eucaristía, al cual la Iglesia exhorta a los Pastores y fieles.

Su forma primigenia se puede remontar a la adoración que el Jueves Santo sigue a la celebración de la Misa en la cena del Señor y a la reserva de las sagradas Especies. Esta resulta muy significativa del vínculo que existe entre la celebración del memorial del sacrificio del Señor y su presencia permanente en las Especies consagradas. La reserva de las Especies sagradas, motivada sobre todo por la necesidad de poder disponer de las mismas en cualquier momento, para administrar el Viático a los enfermos, hizo nacer en los fieles la loable costumbre de recogerse en oración ante el sagrario, para adorar a Cristo presente en el Sacramento.

De hecho, "la fe en la presencia real del Señor conduce de un modo natural a la manifestación externa y pública de esta misma fe (...) La piedad que mueve a los fieles a postrarse ante la santa Eucaristía, les atrae para participar de una manera más profunda en el misterio pascual y a responder con gratitud al don de aquel que mediante su humanidad infunde incesantemente la vida divina en los miembros de su Cuerpo. Al detenerse junto a Cristo Señor, disfrutan su íntima familiaridad, y ante Él abren su corazón rogando por ellos y por sus seres queridos y rezan por la paz y la salvación del mundo. Al ofrecer toda su vida con

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

Cristo al Padre en el Espíritu Santo, alcanzan de este maravilloso intercambio un aumento de fe, de esperanza y de caridad. De esta manera cultivan las disposiciones adecuadas para celebrar, con la devoción que es conveniente, el memorial del Señor y recibir frecuentemente el Pan que nos ha dado el Padre".

165. La adoración del santísimo Sacramento, en la que confluyen formas litúrgicas y expresiones de piedad popular entre las que no es fácil establecer claramente los límites, puede realizarse de diversas maneras:

- La simple visita al santísimo Sacramento reservado en el sagrario: breve encuentro con Cristo, motivado por la fe en su presencia y caracterizado por la oración silenciosa.
- Adoración ante el santísimo Sacramento expuesto, según las normas litúrgicas, en la custodia o en la píxide, de forma prolongada o breve.
- La denominada Adoración perpetua o la de las Cuarenta Horas, que comprometen a toda una comunidad religiosa, a una asociación eucarística o a una comunidad parroquial, y dan ocasión a numerosas expresiones de piedad eucarística.

En estos momentos de adoración se debe ayudar a los fieles para que empleen la Sagrada Escritura como incomparable libro de oración, para que empleen cantos y oraciones adecuadas, para que se familiaricen con algunos modelos sencillos de la Liturgia de las Horas, para que sigan el ritmo del Año litúrgico, para que permanezcan en oración silenciosa. De este modo comprenderán progresivamente que durante la adoración del santísimo Sacramento no se deben realizar otras prácticas devocionales en honor de la Virgen María y de los Santos. Sin embargo, dado el estrecho vínculo que une a María con Cristo, el rezo del Rosario podría ayudar a dar a la oración una profunda orientación cristológica, meditando en él los misterios de la Encarnación y de la Redención.

El sagrado Corazón de Jesús

166. El viernes siguiente al segundo domingo después de Pentecostés, la Iglesia celebra la solemnidad del sagrado Corazón de Jesús. Además de la celebración litúrgica, otras muchas expresiones de piedad tienen por objeto el Corazón de Cristo. No hay duda de que la devoción al Corazón del Salvador ha sido, y sigue siendo, una de las expresiones más difundidas y amadas de la piedad eclesial.

Entendida a la luz de la sagrada Escritura, la expresión "Corazón de Cristo" designa el misterio mismo de Cristo, la totalidad de su ser, su persona considerada en el núcleo más íntimo y esencial: Hijo de Dios, sabiduría increada, caridad infinita, principio de salvación y de santificación para toda la humanidad. El "Corazón de Cristo" es Cristo, Verbo encarnado y salvador, intrínsecamente ofrecido, en el Espíritu, con amor infinito divino-humano hacia el Padre y hacia los hombres sus hermanos.

167. Como han recordado frecuentemente los Romanos Pontífices, la devoción al Corazón de Cristo tiene un sólido fundamento en la Escritura.

Jesús, que es uno con el Padre (cfr. Jn 10,30), invita a sus discípulos a vivir en íntima comunión con Él, a asumir su persona y su palabra como norma de conducta, y se presenta a

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

sí mismo como maestro "manso y humilde de corazón" (Mt 11,29). Se puede decir, en un cierto sentido, que la devoción al Corazón de Cristo es la traducción en términos culturales de la mirada que, según las palabras proféticas y evangélicas, todas las generaciones cristianas dirigirán al que ha sido atravesado (cfr. Jn 19,37; Zc 12,10), esto es, al costado de Cristo atravesado por la lanza, del cual brotó sangre y agua (cfr. Jn 19,34), símbolo del "sacramento admirable de toda la Iglesia".

El texto de san Juan que narra la ostensión de las manos y del costado de Cristo a los discípulos (cfr. Jn 20,20) y la invitación dirigida por Cristo a Tomás, para que extendiera su mano y la metiera en su costado (cfr. Jn 20,27), han tenido también un influjo notable en el origen y en el desarrollo de la piedad eclesial al sagrado Corazón.

168. Estos textos, y otros que presentan a Cristo como Cordero pascual, victorioso, aunque también inmolado (cfr. Ap 5,6), fueron objeto de asidua meditación por parte de los Santos Padres, que desvelaron las riquezas doctrinales y con frecuencia invitaron a los fieles a penetrar en el misterio de Cristo por la puerta abierta de su costado. Así san Agustín: "La entrada es accesible: Cristo es la puerta. También se abrió para ti cuando su costado fue abierto por la lanza. Recuerda qué salió de allí; así mira por dónde puedes entrar. Del costado del Señor que colgaba y moría en la Cruz salió sangre y agua, cuando fue abierto por la lanza. En el agua está tu purificación, en la sangre tu redención".

169. La Edad Media fue una época especialmente fecunda para el desarrollo de la devoción al Corazón del Salvador. Hombres insignes por su doctrina y santidad, como san Bernardo (+1153), san Buenaventura (+1274), y místicos como santa Lutgarda (+1246), santa Matilde de Magdeburgo (+1282), las santas hermanas Matilde (+1299) y Gertrudis (+1302) del monasterio de Helfta, Ludolfo de Sajonia (+1378), santa Catalina de Siena (+1380), profundizaron en el misterio del Corazón de Cristo, en el que veían el "refugio" donde acogerse, la sede de la misericordia, el lugar del encuentro con Él, la fuente del amor infinito del Señor, la fuente de la cual brota el agua del Espíritu, la verdadera tierra prometida y el verdadero paraíso.

170. En la época moderna, el culto del Corazón de Salvador tuvo un nuevo desarrollo. En un momento en el que el jansenismo proclamaba los rigores de la justicia divina, la devoción al Corazón de Cristo fue un antídoto eficaz para suscitar en los fieles el amor al Señor y la confianza en su infinita misericordia, de la cual el Corazón es prenda y símbolo. San Francisco de Sales (+1622), que adoptó como norma de vida y apostolado la actitud fundamental del Corazón de Cristo, esto es, la humildad, la mansedumbre (cfr. Mt 11,29), el amor tierno y misericordioso; santa Margarita María de Alacoque (+1690), a quien el Señor mostró repetidas veces las riquezas de su Corazón; San Juan Eudes (+1680), promotor del culto litúrgico al sagrado Corazón; san Claudio de la Colombiere (+1682), San Juan Bosco (+1888) y otros santos, han sido insignes apóstoles de la devoción al sagrado Corazón.

171. Las formas de devoción al Corazón del Salvador son muy numerosas; algunas han sido explícitamente aprobadas y recomendadas con frecuencia por la Sede Apostólica. Entre éstas hay que recordar:

- La consagración personal, que, según Pío XI, "entre todas las prácticas del culto al sagrado Corazón es sin duda la principal".

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

- La consagración de la familia, mediante la que el núcleo familiar, participe ya por el sacramento del matrimonio del misterio de unidad y de amor entre Cristo y la Iglesia, se entrega al Señor para que reine en el corazón de cada uno de sus miembros.
- Las Letanías del Corazón de Jesús, aprobadas en 1891 para toda la Iglesia, de contenido marcadamente bíblico y a las que se han concedido indulgencias.
- El acto de reparación, fórmula de oración con la que el fiel, consciente de la infinita bondad de Cristo, quiere implorar misericordia y reparar las ofensas cometidas de tantas maneras contra su Corazón.
- La práctica de los nueve primeros viernes de mes, que tiene su origen en la "gran promesa" hecha por Jesús a santa Margarita María de Alacoque. En una época en la que la comunión sacramental era muy rara entre los fieles, la práctica de los nueve primeros viernes de mes contribuyó significativamente a restablecer la frecuencia de los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. En nuestros días, la devoción de los primeros viernes de mes, si se practica de un modo correcto, puede dar todavía indudable fruto espiritual. Es preciso, sin embargo, que se instruya de manera conveniente a los fieles: sobre el hecho de que no se debe poner en esta práctica una confianza que se convierta en una vana credulidad que, en orden a la salvación, anula las exigencias absolutamente necesarias de la fe operante y del propósito de llevar una vida conforme al Evangelio; sobre el valor absolutamente principal del domingo, la "fiesta primordial", que se debe caracterizar por la plena participación de los fieles en la celebración eucarística.

172. La devoción al sagrado Corazón constituye una gran expresión histórica de la piedad de la Iglesia hacia Jesucristo, su esposo y señor; requiere una actitud de fondo, constituida por la conversión y la reparación, por el amor y la gratitud, por el empeño apostólico y la consagración a Cristo y a su obra de salvación. Por esto, la Sede Apostólica y los Obispos la recomiendan, y promueven su renovación: en las expresiones del lenguaje y en las imágenes, en la toma de conciencia de sus raíces bíblicas y su vinculación con las verdades principales de la fe, en la afirmación de la primacía del amor a Dios y al prójimo, como contenido esencial de la misma devoción.

173. La piedad popular tiende a identificar una devoción con su representación iconográfica. Esto es algo normal, que sin duda tiene elementos positivos, pero puede también dar lugar a ciertos inconvenientes: un tipo de imágenes que no responda ya al gusto de los fieles, puede ocasionar un menor aprecio del objeto de la devoción, independientemente de su fundamento teológico y de contenido histórico salvífico.

Así ha sucedido con la devoción al sagrado Corazón: ciertas láminas con imágenes a veces dulzanas, inadecuadas para expresar el robusto contenido teológico, no favorecen el acercamiento de los fieles al misterio del Corazón del Salvador.

En nuestro tiempo se ha visto con agrado la tendencia a representar el sagrado Corazón remitiéndose al momento de la Crucifixión, en la que se manifiesta en grado máximo el amor de Cristo. El sagrado Corazón es Cristo crucificado, con el costado abierto por la lanza, del que brotan sangre y agua (cfr. Jn 19,34).

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

El Corazón inmaculado de María

174. Al día siguiente de la solemnidad del sagrado Corazón de Jesús, la Iglesia celebra la memoria del Corazón inmaculado de María. La contigüidad de las dos celebraciones es ya, en sí misma, un signo litúrgico de su estrecha relación: el *mysterium* del Corazón del Salvador se proyecta y refleja en el Corazón de la Madre que es también compañera y discípula. Así como la solemnidad del sagrado Corazón celebra los misterios salvíficos de Cristo de una manera sintética y refiriéndolos a su fuente — precisamente el Corazón —, la memoria del Corazón inmaculado de María es celebración resumida de la asociación "cordial" de la Madre a la obra salvadora del Hijo: de la Encarnación a la Muerte y Resurrección, y al don del Espíritu.

La devoción al Corazón inmaculado de María se ha difundido mucho, después de las apariciones de la Virgen en Fátima, en el 1917. A los veinticinco años de las mismas, en el 1942, Pío XII consagraba la Iglesia y el género humano al Corazón inmaculado de María, y en el 1944 la fiesta del Corazón inmaculado de María se extendió a toda la Iglesia.

Las expresiones de la piedad popular hacia el Corazón de María imitan, aunque salvando la infranqueable distancia entre el Hijo, verdadero Dios, y la Madre, sólo criatura, las del Corazón de Cristo: la consagración de cada uno de los fieles, de las familias, de las comunidades religiosas, de las naciones; la reparación, realizada sobre todo mediante la oración, la mortificación y las obras de misericordia; la práctica de los cinco primeros sábados de mes.

Por lo que refiere a la devoción de la comunión sacramental durante cinco primeros sábados consecutivos, valen las observaciones hechas a propósito de los nueve primeros viernes: eliminada toda valoración excesiva del signo temporal y situada correctamente la comunión en el contexto celebrativo de la Eucaristía, la práctica de piedad debe ser aprovechada como ocasión propicia para vivir intensamente, con una actitud inspirada en la Virgen, el Misterio pascual que se celebra en la Eucaristía.

La preciosísima Sangre de Cristo

175. En la revelación bíblica, tanto en la fase de figura, propia del Antiguo Testamento, como en la de cumplimiento y perfección, propia del Nuevo, la sangre aparece íntimamente relacionado con la vida, y como antítesis con la muerte, con el éxodo y la pascua, con el sacerdocio y los sacrificios culturales, con la redención y la alianza.

Las figuras del Antiguo Testamento referidas a la sangre y a su valor salvífico se han realizado de modo perfecto en Cristo, sobre todo en su Pascua de Muerte y Resurrección. Por esto el misterio de la Sangre de Cristo ocupa un puesto central en la fe y en la salvación.

Con el misterio de la Sangre salvadora se relacionan o remiten al mismo:

- El acontecimiento de la Encarnación del Verbo (cfr. Jn 1,14) y el rito de incorporación del recién nacido Jesús al pueblo de la Antigua Alianza, mediante la circuncisión (cfr. Lc 2,21).

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

- La figura bíblica del Cordero, con una multitud de aspectos e implicaciones: "Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Jn 1,29.36); en la que confluye la imagen del "Siervo sufriente" de Isaías 53, que carga sobre sí los sufrimientos y el pecado de la humanidad (cfr. Is 53,4-5); "Cordero pascual" (cfr. Ex 12,1; Jn 12,36), símbolo de la redención de Israel (cfr. Hech 8,31-35; 1 Cor 5,7; 1 Pe 1,18-20).
- El "cáliz de la pasión", del que habla Jesús, aludiendo a su inminente muerte redentora, cuando pregunta a los hijos de Zebedeo: "¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber?" (Mt 20,22; cfr. Mc 10,38) y el cáliz de la agonía del huerto de los olivos (cfr. Lc 22,42-43), acompañado del sudor de sangre (cfr. Lc 22,44).
- El cáliz eucarístico, que en el signo del vino contiene la Sangre de la Alianza nueva y eterna, derramada por la remisión de los pecados, y es memorial de la Pascua del Señor (cfr. 1 Cor 11,25) y bebida de salvación, conforme a las palabras del Maestro: "el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día" (Jn 6,54).
- El acontecimiento de la muerte, porque mediante la sangre derramada en la Cruz, Cristo puso en paz el cielo y la tierra (cfr. Col 1,20).
- El golpe de la lanza que atravesó al Cordero inmolado, de cuyo costado abierto brotaron sangre y agua (cfr. Jn 19,34), testimonio de la redención realizada, signo de la vida sacramental de la Iglesia — agua y sangre, Bautismo y Eucaristía —, símbolo de la Iglesia nacida de Cristo dormido en la Cruz.

176. Con el misterio de la sangre se relacionan, de modo particular, los títulos cristológicos de Redentor: Cristo con su sangre inocente y preciosa nos ha rescatado de la antigua esclavitud (cfr. 1 Pe 1,19) y nos "limpia de todo pecado" (1 Jn 1,7); de sumo Sacerdote de los "bienes futuros", porque Cristo "no con sangre de machos cabríos y becerros, sino con su propia sangre entró una vez para siempre en el santuario, obteniéndonos la redención eterna" (Heb 9,11-12); de Testigo fiel (cfr. Ap 1,5) que hace justicia a la sangre de los mártires (cfr. Ap 6,10), que "fueron inmolados por la Palabra de Dios y por el testimonio que dieron de la misma" (Ap 6,9); de Rey, el cual, Dios, "reina desde el madero", adornado con la púrpura de su propia sangre; de Esposo y Cordero de Dios, en cuya sangre han lavado sus vestiduras los miembros de la comunidad eclesial — la Esposa — (cfr. Ap 7,14; Ef 5,25-27).

177. La extraordinaria importancia de la Sangre salvadora ha hecho que su memoria tenga un lugar central y esencial en la celebración del misterio del culto: ante todo en el centro mismo de la asamblea eucarística, en la que la Iglesia eleva a Dios Padre, en acción de gracias, el "cáliz de la bendición" (1 Cor 10,16) y lo ofrece a los fieles como sacramento de verdadera y real "comunión con la sangre de Cristo" (1 Cor 10,16), y también en el curso del Año Litúrgico. La Iglesia conmemora el misterio de la Sangre, no sólo en la solemnidad del Cuerpo y Sangre de Señor (jueves siguiente a la solemnidad de la Santísima Trinidad), sino también en otras muchas celebraciones, de manera que la memoria cultual de la Sangre que nos ha rescatado (cfr. 1 Pe 1,18) está presente durante todo el Año. Por ejemplo, en el Tiempo de Navidad, en las Vísperas, la Iglesia, dirigiéndose a Cristo canta: "Nos quoque, qui sancto tuo/ redempti sumus sanguine, / ob diem natalis tui/ hymnum novum concinimus". Pero sobre todo en el Triduo pascual, el valor y la eficacia redentora de la Sangre de Cristo son objeto de memoria y adoración constante. El Viernes Santo, durante la adoración de la Cruz, resuena

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

el canto: "¡Mite corpus perforatur, sanguis unde profluit;/ terra, pontus, astra, mundus quo lavantur flumine!"; y en mismo día de Pascua: "Cuius corpus sanctissimum/ in ara crucis torridum, / sed et cruorem roseum/ gustando, Deo vivimus"

En algunos lugares y Calendarios particulares, la fiesta de la preciosísima Sangre de Cristo se celebra todavía el 1 de Julio: en ella se recuerdan los títulos del Redentor.

178. La veneración de la Sangre de Cristo ha pasado del culto litúrgico a la piedad popular, en la que tiene un amplio espacio y numerosas expresiones. Entre éstas hay que recordar:

- la Corona de la preciosa Sangre de Cristo, en la que con lecturas bíblicas y oraciones son objeto de meditación piadosa "siete efusiones de sangre" de Cristo, explícita o implícitamente recordadas en los Evangelios: la sangre derramada en la circuncisión, en el huerto de los olivos, en la flagelación, en la coronación de espinas, en la subida al Monte Calvario, en la crucifixión, en el golpe de la lanza.
- Las Letanías de la Sangre de Cristo: el formulario actual, aprobado por el Papa Juan XXIII el 24 de febrero de 1960, se despliega desde un argumento en el que la línea histórico-salvífica es claramente visible y las referencias a pasajes bíblicos son numerosas.
- La Hora de adoración a la preciosa Sangre de Cristo, que adquiere una gran variedad de formas, pero con un único objetivo: la alabanza y la adoración de la Sangre de Cristo presente en la Eucaristía, el agradecimiento por los dones de la redención, la intercesión para alcanzar misericordia y perdón, la ofrenda de la Sangre preciosa por el bien de la Iglesia.
- El Vía Sanguinis: un ejercicio de piedad reciente que, por motivos antropológicos y culturales, ha tenido su origen en África, donde hoy está particularmente extendido entre las comunidades cristianas. En el Vía los fieles, avanzando de un lugar a otro como en el Vía Crucis, reviven los diversos momentos en los que el Señor Jesús derramó su sangre por nuestra salvación.

179. La veneración de la Sangre del Señor, derramada para nuestra salvación, y la conciencia de su inmenso valor han favorecido la difusión de representaciones iconográficas aceptadas por la Iglesia. Hay dos tipos fundamentales: la que hace referencia al cáliz eucarístico, que contiene la Sangre de la nueva y eterna Alianza, y la que sitúa en el centro de la imagen a Jesús crucificado, de cuyas manos, pies y costado brota la Sangre salvadora. A veces la Sangre inunda la tierra abundantemente, como un torrente de gracia que purifica los pecados; a veces junto a la cruz se representan cinco Ángeles, que recogen cada uno en un cáliz la Sangre que mana de las cinco heridas; esta acción a veces la realiza una figura femenina, que representa a la Iglesia, Esposa del Cordero.

La Asunción de Santa María Virgen

180. En el transcurso del Tiempo ordinario destaca, por sus múltiples significados teológicos, la solemnidad de la Asunción de Santa María Virgen (15 de agosto). Es una memoria antigua de la Madre del Señor, compendio y síntesis de muchas verdades de la fe. La Virgen asunta al cielo:

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

- Aparece como "el fruto más excelso de la redención", testimonio supremo de la amplitud y la eficacia de la obra salvífica de Cristo (significado soteriológico).
- Constituye la prenda de la participación futura de todos los miembros del Cuerpo místico en la gloria pascual del Resucitado (aspecto cristológico).
- Es para todos los hombres "la imagen y la consoladora prenda del cumplimiento de la esperanza final; pues dicha glorificación plena es el destino de aquellos que Cristo ha hecho hermanos, teniendo "en común con ellos la carne y la sangre" (Heb 2, 14; cfr. Gal 4, 4)" (aspecto antropológico).
- Es la imagen escatológica de lo que la Iglesia "toda, desea y espera llegar a ser" (aspecto eclesiológico).
- Es la garantía de la fidelidad del Señor a su promesa: reserva una recompensa espléndida a su humilde Sierva por su adhesión fiel al plan divino, esto es, un destino de plenitud y bienaventuranza, de glorificación del alma inmaculada y del cuerpo virginal, de perfecta configuración con el Hijo resucitado (aspecto mariológico).

181. La fiesta del 15 de agosto es muy apreciada en la piedad popular. En muchos lugares se considera que es la fiesta de la Virgen, por antonomasia: el "día de Santa María", como lo es la Inmaculada para España y para América Latina.

En los países del área germánica se ha difundido la costumbre de bendecir plantas aromáticas el 15 de agosto. Esta bendición, que durante algún tiempo figuró en el *Rituale Romanum*, constituye un claro ejemplo de auténtica evangelización de ritos y creencias pre-cristianas: a Dios, por cuya palabra "la tierra produce sus brotes, hierbas que producen semillas...y árboles que dan cada uno fruto con semillas, según sus especies" (Gn 1,12), es a quien hacía falta dirigirse para obtener lo que los paganos trataban de conseguir mediante sus ritos mágicos: evitar los daños que producían las hierbas venenosas, aumentar la eficacia de las curativas.

De esta visión viene, en parte, el uso antiguo de aplicar a la Virgen Santísima, haciendo referencia a la Escritura, símbolos y apelativos tomados del mundo vegetal, como viña, espiga, cedro, lirio, y ver en ella una flor de suave olor por sus virtudes, e incluso describirla como el "retoño germinado de la raíz de Jesé" (Is 11,1) que engendraría el fruto bendito, Jesús.

Semana de oración por la unidad de los cristianos

182. Teniendo siempre presente la oración de Jesús: "como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que ellos sean una sola cosa en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado" (Jn 17,21), la Iglesia invoca en cada Eucaristía el don de la unidad y de la paz. El mismo Misal Romano – entre las Misas por diversas necesidades – contiene tres formularios de Misa "por la unidad de los cristianos". Esta intención aparece también en las preces de Liturgia de las Horas.

Dada la diversa sensibilidad de los "hermanos separados", también las expresiones de la piedad popular deben tener presente el criterio ecuménico. De hecho "la conversión del corazón y santidad de vida, juntamente con las oraciones privadas y públicas por la unidad de los cristianos, han de considerarse como el alma de todo el movimiento ecuménico, y con

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

razón puede llamarse ecumenismo espiritual". Un especial punto de encuentro entre los católicos y los cristianos pertenecientes a otras Iglesias y Comunidades eclesiales es la oración en común, para impetrar la gracia de la unidad y para presentar a Dios las necesidades o preocupaciones comunes, y para darle gracias e implorar su ayuda. "La oración común se recomienda especialmente durante la "Semana de oración por la unidad de los cristianos", o en el tiempo entre la Ascensión y Pentecostés". Se han concedido indulgencias a la oración por la unidad de los cristianos.

Algunos ejercicios de piedad recomendados por el Magisterio

192. No es cuestión de hacer aquí un elenco de todos los ejercicios de piedad recomendados por el Magisterio. Sin embargo, se recuerdan algunos que merecen especial atención, para ofrecer algunas indicaciones sobre su desarrollo y sugerir, si fuera preciso, alguna corrección.

Escucha orante de la Palabra de Dios

193. La indicación conciliar de promover la "sagrada celebración de la palabra de Dios" en algunos momentos significativos del Año litúrgico puede encontrar, también, una aplicación válida en las manifestaciones de culto en honor de la Madre del Verbo encarnado. Esto se corresponde perfectamente con la tendencia general de la piedad cristiana, y refleja la convicción de que actuar como ella ante la Palabra de Dios es ya un obsequio excelente a la Virgen (cfr. Lc 2,19.51). Del mismo modo que en las celebraciones litúrgicas, también en los ejercicios de piedad los fieles deben escuchar con fe la Palabra, debe acogerla con amor y conservarla en el corazón; meditarla en su espíritu y proclamarla con sus labios; ponerla en práctica fielmente y conformar con ella toda su vida.

194. "Las celebraciones de la Palabra, por las posibilidades temáticas y estructurales que permiten, ofrecen múltiples elementos para encuentros de culto que sean a la vez expresiones de auténtica piedad y momento adecuado para desarrollar una catequesis sistemática sobre la Virgen. Sin embargo, la experiencia nos enseña que las celebraciones de la Palabra no pueden tener un carácter predominantemente intelectual o exclusivamente didáctico; por el contrario, deben dar lugar — en los cantos, en los textos de oración, en el modo de participar de los fieles — a formas de expresión sencillas y familiares, de la piedad popular, que hablan de modo inmediato al corazón del hombre".

El "Ángelus Domini"

195. El Ángelus Domini es la oración tradicional con que los fieles, tres veces al día, esto es, al alba, a mediodía y a la puesta del sol, conmemoran el anuncio del ángel Gabriel a María. El Ángelus es, pues, un recuerdo del acontecimiento salvífico por el que, según el designio del Padre, el Verbo, por obra del Espíritu Santo, se hizo hombre en las entrañas de la Virgen María.

La recitación del Ángelus está profundamente arraigada en la piedad del pueblo cristiano y es alentada por el ejemplo de los Romanos Pontífices. En algunos ambientes, las nuevas condiciones de nuestros días no favorecen la recitación del Ángelus, pero en otros muchos las dificultades son menores, por lo cual se debe procurar por todos los medios que se mantenga viva y se difunda esta devota costumbre, sugiriendo al menos la recitación de tres avemarías. La oración del Ángelus, por "su sencilla estructura, su carácter bíblico, su ritmo

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

casi litúrgico, que santifica diversos momentos de la jornada, su apertura al misterio pascual, a través de los siglos conserva intacto su valor y su frescura".

"Incluso es deseable que, en algunas ocasiones, sobre todo en las comunidades religiosas, en los santuarios dedicados a la Virgen, durante la celebración de algunos encuentros, el Ángelus Domini... sea solemnizado, por ejemplo, mediante el canto del Avemaría, la proclamación del Evangelio de la Anunciación" y el toque de campanas.

El "Regina Caeli"

196. Durante el tiempo pascual, por disposición del Papa Benedicto XIV (20 de abril de 1742), en lugar del Ángelus Domini se recita la célebre antífona Regina Caeli. Esta antífona, que se remonta probablemente al siglo X-XI, asocia de una manera feliz el misterio de la encarnación del Verbo (el Señor, a quien has merecido llevar) con el acontecimiento pascual (resucitó, según su palabra), mientras que la "invitación a la alegría" (Alégrate) que la comunidad eclesial dirige a la Madre por la resurrección del Hijo, remite y depende de la "invitación a la alegría" ("Alégrate, llena de gracia": Lc 1,28) que Gabriel dirigió a la humilde Sierva del Señor, llamada a ser la madre del Mesías salvador.

Como se ha sugerido para el Ángelus, será conveniente a veces solemnizar el Regina Caeli, además de con el canto de la antífona, mediante la proclamación del evangelio de la Resurrección.

El Rosario

197. El Rosario o Salterio de la Virgen es una de las oraciones más excelsas a la Madre del Señor. Por eso, "los Sumos Pontífices han exhortado repetidamente a los fieles a la recitación frecuente del santo Rosario, oración de impronta bíblica, centrada en la contemplación de los acontecimientos salvíficos de la vida de Cristo, a quien estuvo asociada estrechamente la Virgen Madre. Son numerosos los testimonios de los Pastores y de hombres de vida santa sobre el valor y eficacia de esta oración".

El Rosario es una oración esencialmente contemplativa, cuya recitación "exige un ritmo tranquilo y un reflexivo remanso, que favorezcan, en quien ora, la meditación de los misterios de la vida del Señor". Está expresamente recomendado en la formación y en la vida espiritual de los clérigos y de los religiosos.

198. La Iglesia muestra su estima por la oración del santo Rosario al proponer un rito para la Bendición de los rosarios. Este rito subraya el carácter comunitario de la oración del rosario; la bendición de los rosarios se acompaña de la bendición a los que meditan los misterios de la vida, muerte y resurrección del Señor, para que "puedan establecer una armonía perfecta entre la oración y la vida".

Por otra parte, sería recomendable realizar la bendición de los rosarios, tal como sugiere el Bendicional, "con la participación del pueblo", durante las peregrinaciones a santuarios marianos, en las fiestas de la Virgen María, en especial la del Rosario, o al final del mes de octubre.

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

199. A continuación se presentan algunas sugerencias que, conservando la naturaleza propia del Rosario, pueden hacer que su recitación sea más provechosa.

En algunas ocasiones la recitación de Rosario podría adquirir un tono celebrativo: "mediante la proclamación de lecturas bíblicas referidas a cada misterio, con el canto de algunas partes, mediante una distribución prudente de las diferentes funciones, con la solemnización de los momentos de inicio y conclusión de la oración".

200. Para los que recitan una tercera parte del Rosario, la costumbre distribuye los misterios según los días de la semana: gozosos (lunes y jueves), dolorosos (martes y viernes), gloriosos (miércoles, sábado y domingo).

Esta distribución, si se mantiene con demasiada rigidez, puede dar lugar a una oposición entre el contenido de los misterios y el contenido litúrgico del día: se pueden pensar, por ejemplo, en la recitación de los misterios dolorosos en el día de Navidad, cuando sea viernes. En estos casos se puede mantener que "la característica litúrgica de un determinado día debe prevalecer sobre su situación en la semana; pues no resulta ajeno a la naturaleza del Rosario realizar, según los días del Año litúrgico, oportunas sustituciones de los misterios, que permitan armonizar ulteriormente el ejercicio de piedad con el tiempo litúrgico". Así, por ejemplo, actúan correctamente los fieles que el 6 de enero, solemnidad de la Epifanía, recitan los misterios gozosos y como "quinto misterio" contemplan la adoración de los Magos, en lugar del episodio de Jesús perdido y hallado en el templo de Jerusalén. Obviamente, este tipo de sustituciones se debe realizar con ponderación, fidelidad a la Escritura y corrección litúrgica

201. Para favorecer la contemplación y para que la mente concuerde con la voz, los Pastores y los estudiosos han sugerido en muchas ocasiones restaurar el uso de la cláusula, una antigua estructura del Rosario que sin embargo nunca desapareció del todo.

La cláusula, que se adapta bien a la naturaleza repetitiva y meditativa del Rosario, consiste en una oración de relativo que sigue al nombre de Jesús y que recuerda el misterio enunciado. Una cláusula correcta, fija para cada decena, breve en su enunciado, fiel a la Escritura y a la Liturgia, puede resultar una valiosa ayuda para la recitación meditativa del santo Rosario.

202. "Al ilustrar a los fieles sobre el valor y belleza del Rosario se deben evitar expresiones que rebajen otras formas de piedad también excelentes o no tengan en cuenta la existencia de otras coronas marianas, también aprobadas por la Iglesia", o que puedan crear un sentimiento de culpa en quien no lo recita habitualmente: "el Rosario es una oración excelente, pero el fiel debe sentirse libre, atraído a rezarlo, en serena tranquilidad, por la intrínseca belleza del mismo".

Las Letanías de la Virgen

203. Entre las formas de oración a la Virgen, recomendadas por el Magisterio, están las Letanías. Consisten en una prolongada serie de invocaciones dirigidas a la Virgen, que, al sucederse una a otra de manera uniforme, crean un flujo de oración caracterizado por una insistente alabanza-súplica. Las invocaciones, generalmente muy breves, constan de dos partes: la primera de alabanza ("Virgo Clemens"), la segunda de súplica ("ora pro nobis").

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

En los libros litúrgicos del Rito Romano hay dos formularios de letanías: Las Letanías lauretanas, por las que los Romanos Pontífices han mostrado siempre su estima; las Letanías para el rito de coronación de una imagen de la Virgen María, que en algunas ocasiones pueden constituir una alternativa válida al formulario lauretano.

No sería útil, desde el punto de vista pastoral, una proliferación de formularios de letanías; por otra parte, una limitación excesiva no tendría suficientemente en cuenta las riquezas de algunas Iglesias locales o familias religiosas. Por ello, la Congregación para el Culto Divino ha exhortado a "tomar en consideración otros formularios antiguos o nuevos en uso en las Iglesias locales o Institutos religiosos, que resulten notables por su solidez estructural y la belleza de sus invocaciones". Esta exhortación se refiere, evidentemente, a ámbitos locales o comunitarios bien precisos.

Como consecuencia de la prescripción del Papa León XIII de concluir, durante el mes de octubre, la recitación del Rosario con el canto de las Letanías lauretanas, se creó en muchos fieles la convicción errónea de que las Letanías eran como una especie de apéndice del Rosario. En realidad, las Letanías son un acto de culto por sí mismas: pueden ser el elemento fundamental de un homenaje a la Virgen, pueden ser un canto procesional, formar parte de una celebración de la Palabra de Dios o de otras estructuras culturales.

La consagración-entrega a María

204. A lo largo de la historia de la piedad aparecen diversas experiencias, personales y colectivas, de "consagración-entrega-dedicación a la Virgen" (oblato, servitus, commendatio, dedicatio). Estas fórmulas aparecen en los devocionarios y en los estatutos de asociaciones marianas, en los cuales encontramos fórmulas de "consagración" y oraciones para la misma o en recuerdo de ella.

Respecto a la práctica piadosa de la "consagración a María" no son infrecuentes las expresiones de aprecio de los Romanos Pontífices y son conocidas las fórmulas que ellos han recitado públicamente.

Un conocido maestro de la espiritualidad que presenta dicha práctica es san Luis María Grignion de Montfort, "el cual proponía a los cristianos la consagración a Cristo por manos de María, como medio eficaz para vivir fielmente el compromiso del bautismo".

A la luz del testamento de Cristo (cfr. Jn 19,25-27), el acto de "consagración" es el reconocimiento consciente del puesto singular que ocupa María de Nazaret en el Misterio de Cristo y de la Iglesia, del valor ejemplar y universal de su testimonio evangélico, de la confianza en su intercesión y la eficacia de su patrocinio, de la multiforme función materna que desempeña, como verdadera madre en el orden de la gracia, a favor de todos y de cada uno de sus hijos.

Hay que notar, sin embargo, que el término "consagración" se usa con cierta amplitud e impropiedad: "se dice, por ejemplo "consagrar los niños a la Virgen", cuando en realidad sólo se pretende poner a los pequeños bajo la protección de la Virgen y pedir para ellos su bendición maternal". Se entiende así la sugerencia de bastantes, de sustituir el término "consagración" por otros, como "entrega", "donación". De hecho, en nuestros días, los avances de la teología litúrgica y la exigencia consiguiente de un uso riguroso de los

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

términos, sugieren que se reserve el término consagración a la ofrenda de uno mismo que tiene como término a Dios, como características la totalidad y la perpetuidad, como garantía la intervención de la Iglesia, como fundamento los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación.

En cualquier caso, con respecto a esta práctica es necesario instruir a los fieles sobre su naturaleza. Aunque tenga las características de una ofrenda total y perenne: es sólo analógica respecto a la "consagración a Dios"; debe ser fruto no de una emoción pasajera, sino una decisión personal, libre, madurada en el ámbito de una visión precisa del dinamismo de la gracia; se debe expresar de modo correcto, en una línea, por así decir, litúrgica: al Padre por Cristo en el Espíritu Santo, implorando la intercesión gloriosa de María, a la cual se confía totalmente, para guardar con fidelidad los compromisos bautismales y vivir en una actitud filial con respecto a ella; se debe realizar fuera del Sacrificio eucarístico, pues se trata de un acto de devoción que no se puede asimilar a la Liturgia: la entrega a María se distingue sustancialmente de otras formas de consagración litúrgica.

El escapulario del Carmen y otros escapularios

205. En la historia de la piedad mariana aparece la "devoción" a diversos escapularios, entre los que destaca el de la Virgen del Carmen. Su difusión es verdaderamente universal y sin duda se le aplican las palabras conciliares sobre las prácticas y ejercicios de piedad "recomendados a lo largo de los siglos por el Magisterio".

El escapulario del Carmen es una forma reducida del hábito religioso de la Orden de Hermanos de la bienaventurada Virgen del Monte Carmelo: se ha convertido en una devoción muy extendida e incluso más allá de la vinculación a la vida y espiritualidad de la familia carmelitana, el escapulario conserva una especie de sintonía con la misma.

El escapulario es un signo exterior de la relación especial, filial y confiada, que se establece entre la Virgen, Reina y Madre del Carmelo, y los devotos que se confían a ella con total entrega y recurren con toda confianza a su intercesión maternal; recuerda la primacía de la vida espiritual y la necesidad de la oración.

El escapulario se impone con un rito particular de la Iglesia, en el que se declara que "recuerda el propósito bautismal de revestirse de Cristo, con la ayuda de la Virgen Madre, solícita de nuestra conformación con el Verbo hecho hombre, para alabanza de la Trinidad, para que, llevando el vestido nupcial, lleguemos a la patria del cielo".

La imposición del escapulario del Carmen, como la de otros escapularios, "se debe reconducir a la seriedad de sus orígenes: no debe ser un acto más o menos improvisado, sino el momento final de una cuidadosa preparación, en la que el fiel se hace consciente de la naturaleza y de los objetivos de la asociación a la que se adhiere y de los compromisos de vida que asume".

Las medallas marianas

206. A los fieles les gusta llevar colgadas del cuello, casi siempre, medallas con la imagen de la Virgen María. Son testimonio de fe, signo de veneración a la Santa Madre del Señor, expresiones de confianza en su protección maternal.

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

La Iglesia bendice estos objetos de piedad mariana, recordando que "sirven para recordar el amor de Dios y para aumentar la confianza en la Virgen María", pero les advierte que no deben olvidar que la devoción a la Madre de Jesús exige sobre todo "un testimonio coherente de vida".

Entre las medallas marianas destaca, por su extraordinaria difusión, la denominada "medalla milagrosa". Tuvo su origen en las apariciones de la Virgen María, en 1830, a una humilde novicia de las Hijas de la Caridad, la futura santa Catalina Labouré. La medalla, acuñada conforme a las indicaciones de la Virgen a la Santa, ha sido llamada "microcosmos mariano" a causa de su rico simbolismo: recuerda el misterio de la Redención, el amor del Corazón de Cristo y del Corazón doloroso de María, la función mediadora de la Virgen, el misterio de la Iglesia, la relación entre la tierra y el cielo, entre la vida temporal y la vida eterna.

Un nuevo impulso para la difusión de la "medalla milagrosa" vino de san Maximiliano María Kolbe (+1941) y de los movimientos que inició o que se inspiraron en él. En 1917 adoptó la "medalla milagrosa" como distintivo de la Pía Unión de la Milicia de la Inmaculada, fundada por él en Roma, cuando era un joven religioso de los Hermanos Menores Conventuales.

La "medalla milagrosa", como el resto de las medallas de la Virgen y otros objetos de culto, no es un talismán ni debe conducir a una vana credulidad. La promesa de la Virgen, según la cual "los que la lleven recibirán grandes gracias", exige de los fieles una adhesión humilde y tenaz al mensaje cristiano, una oración perseverante y confiada, una conducta coherente.

El himno "Akathistos"

207. El venerable himno a la Madre de Dios, denominado Akathistos – esto es, cantado de pie –, representa una de las más altas y célebres expresiones de piedad mariana en la tradición bizantina. Obra de arte de la literatura y de la teología, contiene en forma orante todo cuanto la Iglesia de los primeros siglos ha creído sobre María, con el consenso universal. Las fuentes que inspiran este himno son la sagrada Escritura, la doctrina definida en los Concilios ecuménicos de Nicea (325), de Éfeso (431) y de Calcedonia (451), y la reflexión de los Padres orientales de los siglos IV y V. Se celebra solemnemente en el Año litúrgico oriental, el quinto sábado de Cuaresma; el himno Akathistos se canta también en otras muchas ocasiones, y se recomienda a la piedad del clero, de los monjes y de los fieles.

En los últimos años este himno se ha difundido mucho, también en las comunidades de fieles de rito latino. Especialmente han contribuido a su conocimiento algunas solemnes celebraciones marianas que tuvieron lugar en Roma, con la asistencia del Santo Padre y con amplia resonancia eclesial. Este himno antiquísimo, que constituye el fruto maduro de la más antigua tradición de la Iglesia indivisa en honor de María, es una llamada e invocación a la unidad de los cristianos bajo la guía de la Madre del Señor: "Tanta riqueza de alabanzas, acumulada por las diversas manifestaciones de la gran tradición de la Iglesia, podría ayudarnos a que ésta vuelva a respirar plenamente con sus "dos pulmones", Oriente y Occidente".

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

FIESTA PATRONAL

El día de la fiesta

230. El día de la fiesta del Santo tiene una gran importancia, tanto desde el punto de vista de la Liturgia como de la piedad popular. En un breve e idéntico espacio de tiempo, concurren numerosas expresiones culturales, tanto litúrgicas como populares, no sin riesgo de conflicto, para configurar el "día del Santo".

Los eventuales conflictos se deben resolver a la luz de las normas del Misal Romano y del Calendario Romano General, en lo referente al grado de la celebración del Santo o del Beato, establecido según su relación con la comunidad cristiana (Patrono principal del lugar, Título de la iglesia, Fundador de una familia religiosa o su Patrono principal); también sobre las condiciones que se han de respetar, en el caso de un eventual traslado de la fiesta al domingo, y sobre la celebración de las fiestas de los Santos en tiempos determinados del Año litúrgico.

Estas normas se deben observar no sólo como una forma de respeto a la autoridad litúrgica de la Sede Apostólica, sino sobre todo como expresión de respeto al misterio de Cristo y de coherencia con el espíritu de la Liturgia.

En particular es necesario evitar que las razones que han determinado el traslado de las fechas de algunas fiestas de Santos y Beatos — por ejemplo, de la Cuaresma al Tiempo ordinario —, se relativicen en la praxis pastoral: celebrar en el ámbito litúrgico la fiesta de un Santo según la nueva fecha y continuar celebrándola según la fecha anterior en el ámbito de la piedad popular, no sólo atenta contra la armonía entre Liturgia y piedad popular, sino que da lugar a una duplicidad que produce confusión y desorientación.

231. Es necesario que la fiesta del Santo se prepare y se celebre con atención y cuidado, desde el punto de vista litúrgico y pastoral.

Esto conlleva, ante todo, una presentación correcta de la finalidad pastoral del culto a los Santos, es decir, la glorificación de Dios, "admirable en sus Santos", y el compromiso de llevar una vida conforme a la enseñanza y ejemplo de Cristo, de cuyo cuerpo místico los Santos son miembros eminentes.

Es preciso, también, que se presente correctamente la figura del Santo. Según la tendencia de nuestra época, esta presentación no se detendrá tanto en los elementos legendarios, que quizá envuelven la vida del Santo, ni en su poder taumatúrgico, cuanto en el valor de su personalidad cristiana, en la grandeza de su santidad, en la eficacia de su testimonio evangélico, en el carisma personal con el que enriqueció la vida de la Iglesia.

232. El "día del Santo" tiene un gran valor antropológico: es día de fiesta. Y la fiesta, como es sabido, responde a una necesidad vital del hombre, hunde sus raíces en la aspiración a la trascendencia. A través de las manifestaciones de alegría y de júbilo, la fiesta es una afirmación del valor de la vida y de la creación. En cuanto interrumpe la monotonía de lo cotidiano, de las formas convencionales, del sometimiento a la necesidad de ganancia, la fiesta es expresión de libertad integral, de tensión hacia la felicidad plena, de exaltación de

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

la pura gratuidad. En cuanto testimonio cultural, destaca el genio peculiar de un pueblo, sus valores característicos, las expresiones más auténticas de su folclore. En cuanto momento de socialización, la fiesta es una ocasión de acrecentar las relaciones familiares y de abrirse a nuevas relaciones comunitarias.

233. Sin embargo, no son pocos los elementos que amenazan la autenticidad de la "fiesta del Santo" tanto desde el punto de vista religioso como antropológico.

Desde el punto de vista religioso, la "fiesta del Santo" o "fiesta patronal" de una parroquia, donde se ha vaciado del contenido específicamente cristiano que tenía en su origen - el honor dado a Cristo en uno de sus miembros - se convierte en una manifestación meramente social o folclórica y, en el mejor de los casos, en una ocasión propicia de encuentro y diálogo entre los miembros de una misma comunidad.

Desde un punto de vista antropológico hay que notar que no raras veces sucede que individuos o grupos, creyendo que "hacen fiesta", en realidad, por los comportamientos que adoptan se alejan de su auténtico significado. La fiesta, ante todo, es la participación del hombre en el dominio de Dios sobre la creación y sobre su activo "reposo", no ocio estéril; es manifestación de una alegría sencilla y comunicativa, no sed desmesurada de placer egoísta; es expresión de verdadera libertad, no búsqueda de formas de diversión ambiguas, que dan lugar a nuevas y sutiles formas de esclavitud. Se puede afirmar con seguridad: la trasgresión de la norma ética no solo contradice la ley del Señor, sino que daña la base antropológica de la fiesta.

En la celebración de la Eucaristía

234. El día de la fiesta de un Santo o de un Beato no es la única forma en la que este se hace presente en la Liturgia. La celebración de la Eucaristía constituye el momento singular de comunión con los Santos del cielo.

En la Liturgia de la Palabra, las lecturas del Antiguo Testamento nos presentan con frecuencia la figura de los grandes patriarcas, de los profetas y de otras personas insignes por sus virtudes y por el amor a la ley del Señor. Las lecturas del Nuevo Testamento, a menudo, tienen por protagonistas a los Apóstoles y a otros Santos y Santas que gozaron de la familiaridad y amistad del Señor. Además, la vida de algunos Santos refleja hasta tal punto determinadas páginas del Evangelio, que su simple proclamación nos recuerda ya su figura.

La relación constante entre Sagrada Escritura y hagiografía cristiana ha dado lugar, en el ámbito mismo de la celebración eucarística, a la formación de un conjunto de Comunes, en los que se proponen de manera orgánica las páginas bíblicas que iluminan la vida de los Santos. Se ha notado respecto a esta estrecha relación, que la Sagrada Escritura orienta y marca el camino de los Santos a la plenitud de la caridad y éstos, a su vez, son exégesis viva de la Palabra.

En la Liturgia eucarística, los Santos son mencionados en diversos momentos. En la ofrenda del sacrificio se recuerdan "los dones del justo Abel, el sacrificio de Abraham, nuestro padre en la fe, y la oblación pura de tu Sumo Sacerdote Melquisedec". Y la misma plegaria eucarística se convierte en el momento y el espacio para expresar nuestra comunión con los Santos, para venerar su memoria y para pedir su intercesión, por lo que: "en comunión con

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

toda la Iglesia, veneramos ante todo la memoria de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor, la de su esposo, San José, la de los santos Apóstoles y Mártires: Pedro y Pablo, Andrés...y de todos los Santos; por sus méritos y oraciones concédenos en todo tu protección".

El Santuario

Algunos principios

262. Según la revelación cristiana, el santuario supremo y definitivo es Cristo resucitado (cfr. Jn 2,18-21; Ap 21,22), en torno al cual se congrega y organiza la comunidad de los discípulos, que a su vez es la nueva casa del Señor (cfr. 1 Pe 2,5; Ef 2,19-22).

Desde un punto de vista teológico, el santuario, que no pocas veces ha surgido de un movimiento de piedad popular, es un signo de la presencia activa, salvífica, del Señor en la historia y un refugio donde el pueblo de Dios, peregrino por los caminos del mundo hacia la Ciudad futura (cfr. Heb 13,14), restaura sus fuerzas para continuar la marcha.

263. El santuario, como las iglesias, tiene un gran valor simbólico: es imagen de la "morada de Dios con los hombres" (Ap 21,3) y remite al "misterio del Templo" que se ha realizado en el cuerpo de Cristo (Cfr. Jn 1,14; 2,21), en la comunidad eclesial (cfr. 1 Pe 2,5) y en cada uno de los fieles (cfr. 1 Cor 3,16-17; 6,19; 2 Cor 6,16).

A los ojos de los fieles los santuarios son:

- Por su origen, quizá, recuerdo de un acontecimiento considerado milagroso, que ha determinado la aparición de manifestaciones de devoción duradera, o de testimonio de la piedad y el agradecimiento de un pueblo por los beneficios recibidos.
- Por los frecuentes signos de misericordia que suceden en ellos, lugares privilegiados de la asistencia divina y de la intercesión de la Virgen María, de los Santos o de los Beatos.
- Por la situación, con frecuencia aislada y elevada, y por la belleza, ya sea austera, ya exuberante de los lugares en los que se encuentran, signo de la armonía del cosmos y reflejo de la belleza divina.
- Por la predicación que allí resuena, llamada eficaz a la conversión, invitación a vivir en la caridad y aumentar las obras de misericordia, exhortación a llevar una vida caracterizada por el seguimiento de Cristo.
- Por la vida sacramental que allí se desarrolla, lugar de fortalecimiento de la fe, crecimiento de gracia, refugio y esperanza en la aflicción.
- Por el aspecto del mensaje evangélico que expresan, una interpretación especial y casi una prolongación de la Palabra.
- Por su orientación escatológica, una invitación a cultivar el sentido de la trascendencia y a dirigir los pasos, a través de los caminos de la vida temporal, hacia el santuario del cielo (cfr. Heb 9,11; Ap 21,3).

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

"Siempre y en todo lugar, los santuarios cristianos han sido, o han querido ser, signos de Dios, de su irrupción en la historia. Cada uno de ellos es un memorial del misterio de la Encarnación y de la Redención".

PEREGRINACIÓN

La peregrinación cristiana

281. Desde que Jesús ha dado cumplimiento en sí mismo al misterio del Templo (cfr. Jn 2,22-23) y ha pasado de este mundo al Padre (cfr. Jn 13,1), realizando en su persona el éxodo definitivo, para sus discípulos ya no existe ninguna peregrinación obligatoria: toda su vida es un camino hacia el santuario celeste y la misma Iglesia dice de sí que es "peregrina en este mundo".

Sin embargo, la Iglesia, dada la conformidad que existe entre la doctrina de Cristo y los valores espirituales de la peregrinación, no sólo ha considerado legítima esta forma de piedad, sino que la ha alentado a lo largo de la historia.

282. En los tres primeros siglos la peregrinación, salvo alguna excepción, no forma parte de las expresiones culturales del cristianismo: la Iglesia temía la contaminación de prácticas religiosas del judaísmo y del paganismo, en los cuales la práctica de la peregrinación estaba muy arraigada.

No obstante, en estos siglos se ponen los cimientos para una recuperación, con características cristianas, de la práctica de la peregrinación: el culto a los mártires, en las tumbas, a las que acuden los fieles para venerar los restos mortales de estos testigos insignes de Cristo, determinará, progresiva y consecuentemente, el paso de la "visita devota" a la "peregrinación votiva".

283. Después de la paz constantiniana, tras la identificación de los lugares y el hallazgo de las reliquias de la Pasión del Señor, la peregrinación cristiana vive un momento de esplendor: es sobre todo la visita a Palestina, que, por sus "lugares santos", se convierte, comenzando por Jerusalén, en la Tierra santa. De esto dan testimonio las narraciones de peregrinos famosos, como el *Itinerarium Burdigalense* y el *Itinerarium Egeriae*, ambos del siglo IV.

Se construyen basílicas sobre los "lugares santos", como la Anástasis, edificada sobre el Santo Sepulcro, y el Martyrium sobre el Monte Calvario, que ejercen una gran atracción sobre los peregrinos. También los lugares de la infancia del Salvador y de su vida pública se convierten en meta de peregrinaciones, que se extienden también a los lugares sagrados del Antiguo Testamento, como el Monte Sinaí.

284. La Edad Media es la época dorada de las peregrinaciones; además de su función fundamentalmente religiosa, han tenido una función extraordinaria en la formación de la cristiandad occidental, en la unión de los diversos pueblos, en el intercambio de valores entre las diversas culturas europeas.

Los centros de peregrinación son numerosos. Ante todo, Jerusalén, que, a pesar de la ocupación islámica, continúa siendo un punto importante de atracción espiritual, así como el

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

origen del fenómeno de las cruzadas, cuyo motivo fue precisamente permitir a los fieles visitar el sepulcro de Cristo. Así mismo las reliquias de la pasión del Señor, como la túnica, el rostro santo, la escala santa, la sábana santa atraen a innumerables fieles y peregrinos. A Roma acuden los "romeros" para venerar las memorias de los apóstoles Pedro y Pablo (ad limina Apostolorum), para visitar las catacumbas y las basílicas, y como reconocimiento del ministerio del Sucesor de Pedro a favor de la Iglesia universal (ad Petri sedem). Fue también muy frecuentado durante los siglos IX a XVI, y todavía hoy lo es, Santiago de Compostela, hacia donde convergen desde diversos países varios "caminos", formados como consecuencia de un planteamiento religioso, social y caritativo de la peregrinación. Entre otros lugares se puede mencionar Tours, donde está la tumba de san Martín, venerado fundador de dicha Iglesia; Canterbury, donde santo Tomás Becket consumó su martirio, que tuvo gran resonancia en toda Europa; el Monte Gargano en Puglia, S. Michele della Chiusa en el Piamonte, el Mont Saint-Michel en Normandía, dedicados al arcángel san Miguel; Walsingham, Rocamadour y Loreto, sedes de célebres santuarios marianos.

285. En la época moderna, debido al cambio del ambiente cultural, a las vicisitudes originadas por el movimiento protestante y el influjo de la ilustración, las peregrinaciones disminuyeron: el "viaje a un país lejano" se convierte en "peregrinación espiritual", "camino interior" o "procesión simbólica", que consistía en un breve recorrido, como en el Vía Crucis.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX se recuperan las peregrinaciones, pero cambia en parte su fisonomía: tienen como meta santuarios que son particulares expresiones de la identidad de la fe y de la cultura de una nación; este es el caso, por ejemplo de los santuarios de Altötting, Antipolo, Aparecida, Asís, Caacupé, Chartres, Coromoto, Czestochowa, Ernakulam-Angamaly, Fátima, Guadalupe, Kevalaer, Knock, La Vang, Loreto, Lourdes, Marizell, Marienberg, Montevergine, Montserrat, Nagasaki, Namugongo, Padua, Pompei, San Giovanni Rotondo, Washington, Yamoussoukro, etc.

Espiritualidad de la peregrinación

286. A pesar de todos los cambios sufridos a lo largo de los siglos, la peregrinación conserva en nuestro tiempo los elementos esenciales que determinan su espiritualidad:

Dimensión escatológica. Es una característica esencial y originaria: la peregrinación, "camino hacia el santuario", es momento y parábola del camino hacia el Reino; la peregrinación ayuda a tomar conciencia de la perspectiva escatológica en la que se mueve el cristiano, homo viator: entre la oscuridad de la fe y la sed de la visión, entre el tiempo angosto y la aspiración a la vida sin fin, entre la fatiga del camino y la esperanza del reposo, entre el llanto del destierro y el anhelo del gozo de la patria, entre el afán de la actividad y el deseo de la contemplación serena.

El acontecimiento del éxodo, camino de Israel hacia la tierra prometida, se refleja también en la espiritualidad de la peregrinación: el peregrino sabe que "aquí abajo no tenemos una ciudad estable" (Heb 13,14), por lo cual, más allá de la meta inmediata del santuario, avanza a través del desierto de la vida, hacia el Cielo, hacia la Tierra prometida.

Dimensión penitencial. La peregrinación se configura como un "camino de conversión": al caminar hacia el santuario, el peregrino realiza un recorrido que va desde la toma de

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

conciencia de su propio pecado y de los lazos que le atan a las cosas pasajeras e inútiles, hasta la consecución de la libertad interior y la comprensión del sentido profundo de la vida.

Como ya se ha dicho, para muchos fieles la visita a un santuario constituye una ocasión propicia, con frecuencia buscada, para acercarse al sacramento de la Penitencia, y la peregrinación misma se ha entendido y propuesto en el pasado – y también en nuestros días – como una obra de penitencia.

Además, cuando la peregrinación se realiza de modo auténtico, el fiel vuelve del santuario con el propósito de "cambiar de vida", de orientarla hacia Dios más decididamente, de darle una dimensión más trascendente.

Dimensión festiva. En la peregrinación la dimensión penitencial coexiste con la dimensión festiva: también esta se encuentra en el centro de la peregrinación, en la que aparecen no pocos de los motivos antropológicos de la fiesta.

El gozo de la peregrinación cristiana es prolongación de la alegría del peregrino piadoso de Israel: "Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor" (Sal 122,1); es alivio por la ruptura de la monotonía diaria, desde la perspectiva de algo diverso; es aligeramiento del peso de la vida que para muchos, sobre todo para los pobres, es un fardo pesado; es ocasión para expresar la fraternidad cristiana, para dar lugar a momentos de convivencia y de amistad, para mostrar la espontaneidad, que con frecuencia está reprimida.

Dimensión cultural. La peregrinación es esencialmente un acto de culto: el peregrino camina hacia el santuario para ir al encuentro con Dios, para estar en su presencia tributándole el culto de su adoración y para abrirle su corazón.

En el santuario, el peregrino realiza numerosos actos de culto, tanto de orden litúrgico como de piedad popular. Su oración adquiere formas diversas: de alabanza y adoración al Señor por su bondad y santidad; de acción de gracias por los dones recibidos; de cumplimiento de un voto, al que se había obligado el peregrino ante el Señor; de imploración de las gracias necesarias para la vida; de petición de perdón por los pecados cometidos.

Con mucha frecuencia la oración del peregrino se dirige a la Virgen María, a los Ángeles y a los Santos, a quienes reconoce como intercesores válidos ante el Altísimo. Por lo demás, las imágenes veneradas en el santuario son signos de la presencia de la Madre y de los Santos, junto al Señor glorioso, "siempre vivo para interceder" (Heb 7,25) en favor de los hombres y siempre presente en la comunidad que se reúne en su nombre (cfr. Mt 18,20; 28,20). La imagen sagrada del santuario, sea de Cristo, de la Virgen, de los Ángeles o de los Santos, es un signo santo de la presencia divina y del amor providente de Dios; es testigo de la oración, que de generación en generación se ha elevado ante ella como voz suplicante del necesitado, gemido del afligido, júbilo agradecido de quien ha obtenido gracia y misericordia.

Dimensión apostólica. La situación itinerante del peregrino presenta de nuevo, en cierto sentido, la de Jesús y sus discípulos, que recorrían los caminos de Palestina para anunciar el Evangelio de la salvación. Desde este punto de vista, la peregrinación es un anuncio de fe y los peregrinos se convierten en "heraldos itinerantes de Cristo".

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

Dimensión de comunión. El peregrino que acude al santuario está en comunión de fe y de caridad, no sólo con los compañeros con quienes realiza el "santo viaje" (cfr. Sal 84,6), sino con el mismo Señor, que camina con él, como caminó al lado de los discípulos de Emaús (cfr. Lc 24,13-35); con su comunidad de origen, y a través de ella, con la Iglesia que habita en el cielo y peregrina en la tierra; con los fieles que, a lo largo de los siglos, han rezado en el santuario; con la naturaleza que rodea el santuario, cuya belleza admira y que siente movido a respetar; con la humanidad, cuyo sufrimiento y esperanza aparecen en el santuario de diversas maneras, y cuyo ingenio y arte han dejado en él numerosas huellas.

Desarrollo de la peregrinación

287. Puesto que el santuario es un lugar de oración, así la peregrinación es un camino de oración. En cada una de las etapas, la oración deberá alentar la peregrinación y la Palabra de Dios deberá ser luz y guía, alimento y apoyo.

El resultado feliz de una peregrinación, en cuanto manifestación cultural, y los mismos frutos espirituales que se esperan de ella, se aseguran disponiendo de manera ordenada las celebraciones y destacando adecuadamente las diversas fases.

La partida de la peregrinación se debe caracterizar por un momento de oración, realizado en la iglesia parroquial o en otra que resulte más adecuada, y consiste en la celebración de la Eucaristía o de alguna parte de la Liturgia de las Horas, o en una bendición especial para los peregrinos.

La última etapa del camino se debe caracterizar por una oración más intensa; es aconsejable que cuando ya se divise el santuario, el recorrido se haga a pie, procesionalmente, rezando, cantando y deteniéndose en las estaciones que pueda haber en ese trayecto.

La acogida de los peregrinos podrá dar lugar a una especie de "liturgia de entrada", que sitúe el encuentro entre los peregrinos y los encargados del santuario en el plano de la fe; donde sea posible, estos últimos saldrán al encuentro de los peregrinos, para acompañarles en el trayecto final del camino.

La permanencia en el santuario, obviamente, deberá constituir el momento más intenso de la peregrinación y se deberá caracterizar por el compromiso de conversión, convenientemente ratificado en el sacramento de la reconciliación; por expresiones particulares de oración, como el agradecimiento, la súplica, la petición de intercesiones, según las características del santuario y los objetivos de la peregrinación; por la celebración de la Eucaristía, culminación de la peregrinación.

La conclusión de la peregrinación se caracterizará por un momento de oración, en el mismo santuario o en la iglesia de la que han partido; los fieles darán gracias a Dios por el don de la peregrinación y pedirán al Señor la ayuda necesaria para vivir con un compromiso más generoso la vocación cristiana, una vez que hayan vuelto a sus hogares.

Desde la antigüedad, el peregrino ha querido llevarse algún "recuerdo" del santuario visitado. Se debe procurar que los objetos, imágenes, libros, transmitan el auténtico espíritu del lugar santo. Se debe conseguir que los lugares de venta no estén en el área sagrada del santuario, ni tengan el aspecto de un mercado.

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

EVANGELI GAUDIUM

La fuerza evangelizadora de la piedad popular

En el hacer de la piedad popular el sujeto mismo de la ella son los distintos pueblos en los cuales el Evangelio se ve inculturado en la realidad de su pueblo, creador de su cultura protagonista de Cuando en un pueblo se ha inculturado el Evangelio, en su proceso de transmisión cultural también transmite la fe de maneras siempre nuevas; de aquí la importancia de la evangelización entendida como inculturación. Aquí toma importancia la piedad popular, verdadera expresión de la acción misionera espontánea del Pueblo de Dios. Se trata de una realidad en permanente desarrollo, donde el Espíritu Santo es el agente principal

122. Del mismo modo, podemos pensar que los distintos pueblos en los que ha sido inculturado el Evangelio son sujetos colectivos activos, agentes de la evangelización. Esto es así porque cada pueblo es el creador de su cultura y el protagonista de su historia. La cultura es algo dinámico, que un pueblo recrea permanentemente, y cada generación le transmite a la siguiente un sistema de actitudes ante las distintas situaciones existenciales, que ésta debe reformular frente a sus propios desafíos. El ser humano «es al mismo tiempo hijo y padre de la cultura a la que pertenece» [97]. Cuando en un pueblo se ha inculturado el Evangelio, en su proceso de transmisión cultural también transmite la fe de maneras siempre nuevas; de aquí la importancia de la evangelización entendida como inculturación. Cada porción del Pueblo de Dios, al traducir en su vida el don de Dios según su genio propio, da testimonio de la fe recibida y la enriquece con nuevas expresiones que son elocuentes. Puede decirse que «el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo» [98]. Aquí toma importancia la piedad popular, verdadera expresión de la acción misionera espontánea del Pueblo de Dios. Se trata de una realidad en permanente desarrollo, donde el Espíritu Santo es el agente principal [99].

123. En la piedad popular puede percibirse el modo en que la fe recibida se encarnó en una cultura y se sigue transmitiendo. En algún tiempo mirada con desconfianza, ha sido objeto de revalorización en las décadas posteriores al Concilio. Fue Pablo VI en su Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* quien dio un impulso decisivo en ese sentido. Allí explica que la piedad popular «refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer» [100] y que «hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe» [101]. Más cerca de nuestros días, Benedicto XVI, en América Latina, señaló que se trata de un «precioso tesoro de la Iglesia católica» y que en ella «aparece el alma de los pueblos latinoamericanos» [102].

124. En el Documento de Aparecida se describen las riquezas que el Espíritu Santo despliega en la piedad popular con su iniciativa gratuita. En ese amado continente, donde gran cantidad de cristianos expresan su fe a través de la piedad popular, los Obispos la llaman también «espiritualidad popular» o «mística popular» [103]. Se trata de una verdadera «espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos» [104]. No está vacía de contenidos, sino que los descubre y expresa más por la vía simbólica que por el uso de la razón instrumental, y en el acto de fe se acentúa más el *credere in Deum* que el *credere Deum* [105]. Es «una manera

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia, y una forma de ser misioneros» [106]; conlleva la gracia de la misionariedad, del salir de sí y del peregrinar: «El caminar juntos hacia los santuarios y el participar en otras manifestaciones de la piedad popular, también llevando a los hijos o invitando a otros, es en sí mismo un gesto evangelizador» [107]. ¡No coartemos ni pretendamos controlar esa fuerza misionera!

125. Para entender esta realidad hace falta acercarse a ella con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar sino amar. Sólo desde la connaturalidad afectiva que da el amor podemos apreciar la vida teologal presente en la piedad de los pueblos cristianos, especialmente en sus pobres. Pienso en la fe firme de esas madres al pie del lecho del hijo enfermo que se aferran a un rosario, aunque no sepan hilvanar las proposiciones del Credo, o en tanta carga de esperanza derramada en una vela que se enciende en un humilde hogar para pedir ayuda a María, o en esas miradas de amor entrañable al Cristo crucificado. Quien ama al santo Pueblo fiel de Dios no puede ver estas acciones sólo como una búsqueda natural de la divinidad. Son la manifestación de una vida teologal animada por la acción del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones (cf. Rm 5,5).

126. En la piedad popular, por ser fruto del Evangelio inculturado, subyace una fuerza activamente evangelizadora que no podemos menospreciar: sería desconocer la obra del Espíritu Santo. Más bien estamos llamados a alentarla y fortalecerla para profundizar el proceso de inculturación que es una realidad nunca acabada. Las expresiones de la piedad popular tienen mucho que enseñarnos y, para quien sabe leerlas, son un lugar teológico al que debemos prestar atención, particularmente a la hora de pensar la nueva evangelización.

EL CÓMO HACER LA PIEDAD POPULAR

La riqueza de la Piedad Popular como hemos visto hasta al momento es muy grande e influye en todas las culturas de los diferentes rincones de la Iglesia. La Piedad Popular ha hecho de la Iglesia una expresión viva de los diferentes rostros que desean tener un encuentro con Nuestro Señor. Cada actividad, cada manifestación popular sensibiliza e impulsa a los bautizados a la vivencia de la fe, pero no una fe superflua de eventos y acontecimientos masivos u ocasionales, sino a una fe sólida en el Evangelio, una fe que ha sabido el verdadero sentido y objetivo de cualquier actividad popular. El cristiano que puede entender que la piedad popular es solamente el instrumento técnico, primario o sencillo, que lo lleva al encuentro con Dios mediante la liturgia es aquel que ha podido purificar y cristalizar el acto de piedad, en palabras coloquiales o alegóricamente podemos decir: es aquél que se ha dado cuenta que lo verdaderamente importante y significativo no es que tiene un pescado para comer, sino que ha aprendido a pescarlo para comerlo cuando necesite alimentarse.

La piedad popular es manifestación de una cultura que se evangeliza a sí misma tras haber recibido el Evangelio. Si ya hemos dicho que es una forma de vida espiritual, es necesario decir que ésta en el cristiano se manifiesta en una Inhabitación trinitaria, ya que la piedad popular enfoca en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Podemos afirmar que el objetivo de la piedad popular es el siguiente: un momento del diálogo entre Dios y el hombre, por Cristo, en el Espíritu Santo.

"En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" comienza la celebración de la Misa, se confiere el Bautismo y se da el perdón de los pecados; sabe que en el nombre de las

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

tres Divinas Personas se realiza toda forma de oración de la comunidad cristiana y se invoca la bendición divina sobre el hombre y sobre todas las criatura, de igual manera cada uno de los actos de piedad siempre inician con la invocación Trinitaria, por lo tanto, también la Piedad Popular hace sabernos miembros de la comunidad eclesial y no como un conjunto de fieles que viven su fe de una manera distinta, sencilla o superflua

1. LA RELIGIOSIDAD POPULAR, PURIFICADA Y CRISTIANIZADA COMO EJERCICIO PIADOSO Y FORMA DE VIDA ESPIRITUAL

1. ¿Religiosidad popular?

Es necesario partir por el concepto de “religiosidad popular”. Probablemente todos lo manejan, sin embargo, si bien en la realidad los límites entre ésta y la “piedad popular” son en ocasiones difusos, es necesario por precisión y facilidad académica entenderla y definirla bien. No pocas veces encontramos en el mismo magisterio pontificio que, aún después del Directorio sobre piedad popular y liturgia del año 2002, en el que está claramente precisada, es posible leer de pluma de algunos dicasterios (y pontífices) un uso impreciso del término. ¿Cómo define el Directorio mencionado la religiosidad popular?

La realidad indicada con la palabra “religiosidad popular”, se refiere a una experiencia universal: en el corazón de toda persona, como en la cultura de todo pueblo y en sus manifestaciones colectivas, está siempre presente una dimensión religiosa. Todo pueblo, de hecho, tiende a expresar su visión total de la trascendencia y su concepción de la naturaleza, de la sociedad y de la historia, a través de mediaciones culturales, en una síntesis característica, de gran significado humano y espiritual.

La religiosidad popular no tiene relación, necesariamente, con la revelación cristiana. Pero en muchas regiones, expresándose en una sociedad impregnada de diversas formas de elementos cristianos, da lugar a una especie de “catolicismo popular”, en el cual coexisten, más o menos armónicamente, elementos provenientes del sentido religioso de la vida, de la cultura propia de un pueblo, de la revelación cristiana.

Así entonces al hablar de religiosidad popular nos encontramos en un ámbito universal que supera el cristianismo y los sistemas religiosos mismos. Podemos decir que nos ubicamos en el núcleo primigenio propio de cada pueblo en el cual ante las coyunturas existenciales particulares del tiempo y del espacio vivido genera las estructuras necesarias para lograr un fin común. En este caso sería la dimensión religiosa de dicho núcleo, que, por lo general, surge al momento de enfrentarse a preguntas límites que por la pura razón no tienen repuestas o, si las tienen, no satisfacen del todo. Interrogantes a temas existenciales cruciales, tales como: el dolor, la enfermedad, el sufrimiento, la injusticia y, principalmente, la muerte. Preguntas liminales que también surgen por así decirlo, positivamente, ante el asombro o estupor de una vivencia que supera a la persona, como, por ejemplo: la creación, el cosmos, la belleza, el amor. Estas experiencias supra racionales, no irracionales, sino que razonables, pero que superan la razón misma, en el entramado popular de los pueblos, generan expresiones religiosas sagradas que tienen la tendencia natural de cada cultura a “tradicionalizarse”, no entendido esto como fijarse en un momento histórico, sino que como

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

un trascender las generaciones traspasándose por el tiempo, casi como herramienta popular necesaria ya sea por motivos de sobrevivencia, relacionales, identificativos, etc.

Todo pueblo es sujeto generador de cultura, bueno, ese núcleo generativo tiene una dimensión religiosa que no se puede desconocer y, que por lo demás, es depositaria de las semillas del Verbo, como nos diría el concilio Vaticano II. Cuando el Directorio habla de “piedad popular”, debemos saber, que está haciendo explícita relación a manifestaciones cristianas de religiosidad. Lo veremos a continuación a partir de los siguientes términos “purificar y cristianizar”.

2. Purificada y cristianizada

Recordemos que el título que se me ha solicitado desarrollar es: “la religiosidad popular, purificada y cristianizada como ejercicio piadoso y forma de vida espiritual”.

El término “purificar” ha sido latamente utilizado por el magisterio universal como latinoamericano al referirse a la piedad popular. Categoría bastante menos utilizada hoy en día. Algunos ejemplos, siempre con relación a la religiosidad popular y, en algunos casos, también a la piedad popular: Directorio sobre la piedad popular y la liturgia 1. 2. 12. 21. 24. 66; Mensaje de Juan Pablo II a la asamblea plenaria del Culto Divino del 2001 con ocasión de la promulgación del Directorio n. 5; Documento de Medellín VI.2 (Pastoral Popular); Documento de Puebla 109 (Religiosidad Popular), 457. 462. 463 (Evangelización de la religiosidad popular); 937 (Relación liturgia y piedad popular); Documento de Santo Domingo 36. 38. 52 (Religiosidad Popular); Discurso de S.S. Benedicto XVI con ocasión de la inauguración de la conferencia de Aparecida par. 1; Documento de Aparecida 262 (la piedad popular como espacio de encuentro con Jesucristo). A modo de ejemplo leeré simplemente el n° 937 de Puebla y el ya nombrado discurso de Benedicto XVI:

Para que constituya un elemento eficaz de evangelización la piedad popular necesita de una constante purificación y clarificación y llevar no sólo a la pertenencia a la Iglesia, sino también a la vivencia cristiana y al compromiso con los hermanos.

Esta religiosidad se expresa también en la devoción a los santos con sus fiestas patronales, en el amor al Papa y a los demás pastores, en el amor a la Iglesia universal como gran familia de Dios que nunca puede ni debe dejar solos o en la miseria a sus propios hijos. Todo ello forma el gran mosaico de la religiosidad popular que es el precioso tesoro de la Iglesia católica en América Latina, y que ella debe proteger, promover y, en lo que fuera necesario, también purificar.

Podríamos decir que en el proceso de uso magisterial para este término en relación con la religiosidad popular se ha producido una evolución hacia su desuso. Veo algunas razones teológicas para ello.

Sabemos que producto de la valiosa reflexión del movimiento litúrgico se produjo a nivel académico-pastoral una tensión entre los “ejercicios piadosos” (así llamados en aquel tiempo y por el concilio mismo) y la sagrada liturgia. Donde efectivamente estos parecían ser inversamente proporcionales. Cuando la liturgia entraba en crisis éstos venían a satisfacer el anhelo espiritual del pueblo de Dios y, para que la liturgia pudiese volver al pueblo como camino celebrativo mistagógico espiritual propio, los píos ejercicios debían mermar.

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

Esta aproximación, aun cuando Sacrosantum Concilium en un escueto número les muestra gran aprecio, hizo que el prisma de acercamiento hacia esta realidad de la Iglesia fuese siempre a partir de la que sabemos que es fuente y cumbre de la vida eclesial: la liturgia. Donde con claridad hoy se puede decir que, si bien ambas realidades pertenecen al culto del pueblo sacerdotal de Dios que ejercita su sacerdocio bautismal y pueden ser comprendidas pertenecientes a la rica sacramentalidad de la Iglesia, la liturgia ciertamente goza de una densidad sacramental mayor propia de la anamnesis y, los píos ejercicios, de una menor, propia de la mimesis.

Dicho así, sin lugar a duda, los píos ejercicio quedaron en un “lugar inferior” en la vida eclesial y más aún cuando a la “estructura” que deseaba recuperar la celebración litúrgica de modo activa y participativa le resultaban incómodos.

Otra problemática fue la ampliación, gracias al magisterio latinoamericano, del concepto de “ejercicios piadosos” por el indistinto uso, algo ambiguo, de los términos “religiosidad popular” y “piedad popular” que, como ya dije, en la academia científica son fáciles de distinguir, pero en la realidad pastoral se presentan muchas veces de modo confuso.

La presencia de elementos religiosos paganos y el consecuente sincretismo religioso que estos de modo natural producen, durante algo más de treinta años generó a nivel de la jerarquía, influenciado por el reciente movimiento litúrgico y su “triumfo” conciliar, un objetivo temor y atención por, si bien valorar dichas expresiones religiosas cristianas o “pseudo cristianas”, purificarlas e inclusive evangelizarlas. De hecho, la Carta Apostólica de Juan Pablo II Vicesimus Quintus Annus (1988), luego más tarde citada por el Directorio sobre piedad popular y liturgia, dirá:

Tiene necesidad de ser continuamente evangelizada, para que la fe que expresa, llegue a ser un acto cada vez más maduro y auténtico. Tanto los ejercicios de piedad del pueblo cristiano, como otras formas de devoción, son acogidos y recomendados, siempre que no sustituyan y no se mezclen con las celebraciones litúrgicas. Una auténtica pastoral litúrgica sabrá apoyarse en las riquezas de la piedad popular, purificarla y orientarla hacia la Liturgia, como una ofrenda de los pueblos.

Es por ello que, con justa y comprendida razón, las notas y las orientaciones que consignaría el papa Pablo VI en su Exhortación Marialis Cultus (1974) en relación al culto mariano el mencionado Directorio las extiende para toda manifestación de culto en la piedad popular: notas trinitarias, cristológica, eclesial y orientaciones bíblica, litúrgica, ecuménica y antropológica.

Sin embargo, dicho “temor se venció” y, así, por ejemplo, en el magisterio local latinoamericano, en treinta y nueve años, se pudo pasar de una conferencia de Medellín que las llamó «secreta presencia de Dios» o «el destello de verdad que ilumina a todos»¹³² a otra conferencia, la de Aparecida, que terminó acuñando el término de «mística popular».

3. De píos ejercicios a forma de vida espiritual

Muy probablemente, pienso, este desarrollo es producto de un cambio de prisma aproximativo. En Aparecida claramente deja de ser la “liturgia” el punto de partida o referencial para aproximarse a la “religiosidad” y “piedad” populares y pasa a ser la

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

evangelización. Es decir, el proceso de cristianización de los pueblos. Prisma que no era novedoso, si miramos bien, este mismo camino había sido tímidamente realizado, por el Sínodo de los obispos en el año 1974 sobre “la evangelización en el mundo moderno” que dio como fruto la Exhortación Evangelii Nuntiandi de Pablo VI del año 1975 con su memorable nº 48. Y, muy notoriamente, es el camino elegido por el papa Francisco en su Exhortación Evangelii Gaudium sobre “el anuncio del Evangelio en el mundo actual” del año 2013 que concluye afirmando que: «las expresiones de la piedad popular tienen mucho que enseñarnos y, para quien sabe leerlas, son un lugar teológico al que debemos prestar atención, particularmente a la hora de pensar la nueva evangelización».

Si bien no podemos, detenernos aquí, por razón del tiempo, se puede decir que este cambio aproximativo desde un prisma meramente litúrgico al prisma de la evangelización, en gran parte, fue fruto del aporte de la teología latinoamericana, en particular de aquella conocida como Teología del Pueblo, tanto al magisterio local como al universal. Entre sus exponentes más conocidos están los teólogos argentinos Lucio Gera (1924-2012) y Juan Carlos Scannone (1931-2019). Quienes, como peritos, comenzando por el documento pastoral de san Miguel (1969) de la Conferencia Episcopal Argentina elaboraron una corriente teológica de pensamiento a partir de la categoría Iglesia-pueblo de Dios de Lumen Gentium basada en la observación de la dinámica cultural propia de los pueblos del continente latinoamericano que influyó en el Sínodo de los obispos de 1974 y en los posteriores documentos del CELAM.

Por lo tanto, hoy nos encontramos a nivel magisterial y pastoral con una revalorización de la piedad popular en la que si nos aproximamos desde la arista litúrgica esta ya es reconocida no solo como «píos ejercicios» sino como ejercicio del sacerdocio bautismal con la necesaria atención y purificación a partir de su fuente y culmen (la sagrada liturgia); y paralelamente, una aproximación desde la evangelización donde, al comprender la dinámica interna de los procesos populares esta puede ser considerada como un lugar teológico ya que es la expresión concreta del encuentro del Espíritu divino con el espíritu humano que en comunión crean, con el colorido lenguaje cultural popular, expresiones evangélicas de religiosidad. En otras palabras, la piedad popular es manifestación de una cultura que se evangeliza a sí misma tras haber recibido el Evangelio y haberlo asumido como una “hebra más” de su entramado nuclear generador de cultura.

Detengámonos ahora en la comprensión de “dinámica cultural” del teólogo Lucio Gera:

Es una toma de conciencia, por parte del hombre. Concretamente es una toma de conciencia de estar en “proceso”, implantado en un devenir. Hacer cultura, tomar conciencia del momento histórico en que vive; la cultura, como toma de conciencia, incluye la tarea de avizorar la época; supone por consiguiente una capacidad de inserción consciente en la propia encrucijada de tiempo y lugar; busca decididamente aperebirse del significado del momento presente, de aquel sentido que, manifestándose invita a ser comprendido y realizado.

Entonces, ¿cómo entender la piedad popular? Existe un núcleo religioso popular que identifica cada pueblo y su cultura. Este es un entramado simbólico-cultural abierto a la trascendencia que busca responder a las preguntas liminales y de identidad unitaria de cada pueblo en vistas un fin común.

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

Este núcleo religioso es un modo de relación con “El Trascendente” a partir de la vivencia “popular”. En particular de los pobres quienes a causa del “no poder” viven del abandono total en Aquel que tiene respuestas y, posiblemente, soluciones.

Así, la piedad popular es una escuela de evangelización cuyo pedagogo es el Espíritu. Este, suavemente, penetra dicho núcleo religioso cultural popular haciendo entrar el Evangelio para así hacerlo formar parte del proceso dinámico popular de toma de conciencia y autodeterminación. De este modo la Buena Nueva asume dichas categorías populares haciendo brotar una respuesta “popular” en la historia (encarnado).

Es el Pneuma divino que se adentra hasta lo más profundo del espíritu humano, sentimientos - conciencia y, respetando su libertad y capacidad creadora, para hacer así, en conjunto, emerger con un lenguaje rico en emociones una respuesta de la persona al Dios que se le ha revelado manifestándole su infinito amor.

¿Podemos, por lo tanto, hablar de la religiosidad popular en cuanto purificada y cristianizada? Sí. Cuando la entendemos latamente en cuanto expresiones universales de religiosidad, las cuales, ante el encuentro con el Evangelio, realizan un proceso de auto-evangelización, auto-purificación llegando así a ser cristianizadas. Este proceso requiere el acompañamiento pastoral necesario. Ojo: digo acompañamiento, no sumisión, porque esto último, para las expresiones populares de los pueblos es imposible. Al respecto el Papa Francisco, escribe:

En mi experiencia como pastor aprendí a descubrir que la pastoral popular es uno de los pocos espacios donde el Pueblo de Dios es soberano de la influencia de ese clericalismo que busca siempre controlar y frenar la unción de Dios sobre su pueblo. Aprender de la piedad popular es aprender a entablar un nuevo tipo de relación, de escucha y de espiritualidad que exige mucho respeto y no se presta a lecturas rápidas y simplistas, pues la piedad popular “refleja una sed de Dios que solamente los pobres y los sencillos pueden conocer”.

¿Podemos, por lo tanto, hablar de la piedad popular en cuanto purificada y cristianizada? Purificada, sí. Cristianizada, no. Purificada sí, tanto cuanto nos aproximamos a ella desde su referente celebrativo mistagógico por excelencia: la liturgia. Cristianizada, no. Porque al hablar de piedad popular ya estamos hablando de un hecho religioso cristiano que forma parte del ejercicio del sacerdocio bautismal del pueblo creyente. Sin embargo, si pudiésemos hacer una escala de “cristianización”, ya que la realidad no es solo de blancos y negros, sino también de matices, podríamos, por ejemplo, a partir de las notas y orientaciones mencionadas otorgadas por Pablo VI en *Marialis cultus* y el Directorio sobre piedad popular y liturgia, clasificar cuán presentes o ausentes están dichos elementos en una determinada expresión de piedad popular y así emitir un posible grado de “cristiandad”. Cosa que, si bien es posible y en algunos casos necesaria, no me parece del todo adecuada.

¿Podemos, hablar de la piedad popular en cuanto purificadora y “cristianizante”? Ciertamente sí. Desde la perspectiva de los procesos auto-evangelizadores de los pueblos evidentemente la piedad popular es la primera manifestación de que el mensaje cristiano ha entrado en el entramado cultural y en el núcleo decisional popular. Y, una vez en él, se inicia un proceso de evangelizador popular donde el sujeto y el objeto de la evangelización es el pueblo mismo con su lenguaje religioso propio.

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

Cuando en un pueblo se ha inculturado el Evangelio, en su proceso de transmisión cultural también transmite la fe de maneras siempre nuevas; de aquí la importancia de la evangelización entendida como inculturación.

Cada porción del Pueblo de Dios, al traducir en su vida el don de Dios según su genio propio, da testimonio de la fe recibida y la enriquece con nuevas expresiones que son elocuentes. Puede decirse que «el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo». Aquí toma importancia la piedad popular, verdadera expresión de la acción misionera espontánea del Pueblo de Dios. Se trata de una realidad en permanente desarrollo, donde el Espíritu Santo es el agente principal.

La pregunta que a nivel litúrgico debemos hacernos ahora es ¿puede la piedad popular “cristianizar” la celebración litúrgica? Ciertamente no, sin embargo, podemos hacer algunas precisiones en la pregunta para así encontrar algunas respuestas.

¿Puede la piedad popular “pneumatizar” la celebración litúrgica? Aquí, pienso que sí. Desde un doble punto de vista. Desde el Pneuma divino y el pneuma humano. Me explico. Contemplar la piedad popular y sus múltiples manifestaciones de los más variados colores pueden ayudar a la sagrada liturgia en comprender cómo el Espíritu Divino penetra las culturas para desde ellas hacer emerger el lenguaje celebrativo de culto que les sea propio. Hasta hoy varios documentos, tales como *Varietatis Legitima* (1994), que nos hablan de la inculturación de la liturgia, o más bien del Rito Romano, a partir del principio teológico de la encarnación del Verbo. Sin embargo, contemplar la piedad popular y descubrir en ella dicha dimensión encarnatoria del Verbo y la analogía de la encarnación exigida a la Iglesia¹⁴³ por parte del Espíritu Santo pueden ayudarnos a entender que las celebraciones más que adaptarse o inculturarse deben ser ellas en sí mismas expresiones culturales de culto, donde los ritos et preces utilizados no sean extraños sino propios.

Pienso, todos los aquí presentes, somos felices y agradecidos del Rito Romano. La cuestión de la piedad popular enriqueciendo a la Sagrada Liturgia consiste en que la piedad popular no es romana, sino que es local. Es la popularidad de cada Iglesia local que encuentra su expresión celebrativa. No podemos olvidar que la liturgia nació multiforme y, con el correr de los siglos, en occidente se fue uniformando y unificando. La primera pneumatización de la liturgia por parte de la piedad popular es invitarnos a trabajar más por una liturgia al menos inculturada, pero yo preferiría decir que sea ella misma inculturación.

La segunda pneumatización a la que la piedad popular nos puede colaborar es aquella que proviene del espíritu humano. Comprendiendo este en cuanto creador de cultura con su rico lenguaje simbólico. Cada pueblo de manera natural genera su tradición simbólica comunicativa que le permite subsistir y enfrentar las coyunturas históricas. La piedad popular nos habla de cómo es la persona humana de cada iglesia local y de cada comunidad. Contemplarla, sin lugar a duda, nos permitirá aprender los códigos de lenguaje propios de cada popularidad para poder comunicar no solo el Evangelio, sino para poder realizar la comunicación humana-divina, anabática- catabática, propia de cada celebración.

Probablemente, previendo una necesaria capacitación, hacer mimesis de un evento con códigos de lenguaje extraños, es posible. Pero ¿Es posible hacer anámnesis del Misterio Pascual con un lenguaje simbólico ajeno a la cultura local? No cabe duda de la riqueza del

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

genio romano contenida en nuestros libros litúrgicos y su capacidad de integrar textos, cantos, gestos y ritos provenientes de diversas culturas buscando una “adaptación” (cf. VL 17). No obstante [...] una liturgia ajena al pueblo, que no nace del encuentro del Evangelio con el pueblo, que no brota de su cultura, de su cosmovisión, de sus códigos de lenguaje, pareciera ser una contradicción.

Adaptar el rito romano es una tarea difícil, requiere de expertos en diversas áreas del saber humano. ¿Es una cuestión de lenguaje? Sí, por ende, requiere de buenas traducciones, expertos en la Sagrada Escritura, en la eucología romana y en las diversas lenguas contemporáneas. ¿Es una cuestión de música y cantos? Sí, por ello necesita de buenos cantautores con un serio conocimiento teológico. ¿Es una cuestión de símbolos y ritos? Sí, es necesario tener nociones de semiótica, semiología y etnología. Pero, la cuestión es mucho más compleja. Es un problema «popular». Es decir, del núcleo mismo del ser pueblo. Comprender la dinámica interna del entramado social, histórico y cultural de cada pueblo. [Y en eso la piedad popular, sin lugar a duda, es una ayuda eficaz].

Comprendido esto, claro que es posible afirmar que la piedad popular, ciertamente no excluyendo la sagrada liturgia, es una forma de vida espiritual. En ella se da de modo natural la osmosis entre el Espíritu Santo y el espíritu humano logrando una comunicación “sacramental” en lenguaje popular (iglesia local) muy similar al ya conocido por la mística clásica.

En la piedad popular se puede apreciar una dimensión externa, ritual, marcada por cantos, trajes, comida, bailes, poemas, etc. y otra dimensión interior que es la que alimenta la práctica exterior ritual. La piedad popular tiene una dimensión subjetiva de religiosidad y esa es precisamente su dimensión mística. La piedad popular en cuanto expresión de fe de una porción del pueblo de Dios y formando parte del ejercicio del sacerdocio de Jesucristo goza de la unicidad de dichas dos dimensiones, como las dos caras de una moneda, el aspecto externo-sensible y el interno-místico. En ella devotio – pietas – ritus et preces, por momentos en la historia de la liturgia tristemente divididos, se mantienen unidos por la sinergia pneumatológica humano-divina. Agradezco a toda su paciencia. Sin lugar a duda este es un tema apasionante, al cual recién nos estamos asomando, que requiere un “espíritu de fineza” y respeto por parte de la academia litúrgica, por ello el Papa Francisco afirmó: «sólo desde la connaturalidad afectiva que da el amor podemos apreciar la vida teologal presente en la piedad de los pueblos cristianos, especialmente en sus pobres».

2. PRINCIPIOS TEOLÓGICOS PARA LA VALORACIÓN Y RENOVACIÓN DE LA PIEDAD POPULAR

La vida cultural: comunión con el Padre, por Cristo, en el Espíritu

76. En la historia de la revelación, la salvación del hombre se presenta continuamente como un don de Dios, que brota de su misericordia, de una manera absolutamente libre y totalmente gratuita. Todo el conjunto de los acontecimientos y palabras mediante los cuales se manifiesta y se actualiza el plan de salvación, se configura como un diálogo continuo entre Dios y el hombre, diálogo en el que Dios tiene la iniciativa y que exige por parte del hombre una actitud de escucha en la fe, y una respuesta de "obediencia a la fe" (Rom 1,5; 16,26).

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

En el diálogo salvífico tiene una importancia singular la Alianza establecida en el Sinaí entre Dios y el pueblo elegido (cfr. Ex 19-24), que convierte a este último en "propiedad del Señor", en un "reino de sacerdotes y una nación santa" (Ex 19,6). E Israel, aunque no fue siempre fiel a la Alianza, encontró en ella inspiración y fuerza para acomodar su comportamiento al comportamiento del mismo Dios (cfr. Lev 11,44-45; 19,2) y a lo que se contenía en su Palabra.

De manera particular el culto de Israel y su oración tienen como objeto especialmente la memoria de las mirabilia Dei, esto es, de las intervenciones salvíficas de Dios en la historia; esto mantiene viva la veneración de los acontecimientos en los que se han actualizado las promesas de Dios y que constituyen, consiguientemente, la referencia obligada tanto para la reflexión de fe como para la vida de oración.

77. Conforme a su designio eterno, "Dios, que había hablado ya en los tiempos antiguos muchas veces y de diversas maneras a los padres por medio de los profetas, en esta etapa final de la historia nos ha hablado por medio del Hijo, a quien ha constituido heredero de todas las cosas y por medio del cual ha creado también el mundo" (Heb 1,1-2). El misterio de Cristo, sobre todo su Pascua de Muerte y de Resurrección, es la plena y definitiva revelación y realización de las promesas salvíficas. Como Jesús, "el Hijo Unigénito de Dios" (Jn 3,18) es aquel en quien el Padre nos ha dado todo, sin reservarse nada (cfr. Rom 8,32; Jn 3,16), es evidente que la referencia esencial para la fe y la vida de oración del pueblo de Dios está en la persona y en la obra de Cristo: en Él tenemos al Maestro de la verdad (cfr. Mt 22,16), al Testigo fiel (cfr. Ap 1,5), al Sumo Sacerdote (cfr. Heb 4,14), al Pastor de nuestras almas (cfr. 1 Pe 2,25), al Mediador único y perfecto (cfr. 1 Tim 2,5; Heb 8,6; 9,15; 12,24): por medio de Él el hombre va al Padre (cfr. Jn 14,6), asciende a Dios la alabanza y la súplica de la Iglesia y desciende sobre la humanidad todo don divino.

Sepultados con Cristo y resucitados con Él en el bautismo (cfr. Col 2,12; Rom 6,4), apartados del dominio de la carne e introducidos en el del Espíritu (cfr. Rom 8,9), estamos llamados a la perfección según la medida de la madurez en Cristo (cfr. Ef 4,13); en Cristo tenemos el modelo de una existencia que en todo momento refleja la actitud de escucha de la Palabra del Padre y de aceptación de su querer, como un "sí" incesante a su voluntad: "mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado" (Jn 4,34).

Así pues, Cristo es el modelo perfecto de la piedad filial y de la conversación incesante con el Padre, es decir, el modelo de una búsqueda permanente del contacto vital, íntimo y confiado con Dios, que ilumina, sostiene y guía al hombre durante toda su vida.

78. En su vida de comunión con el Padre, los fieles son guiados por el Espíritu Santo (cfr. Rom 8,14), que les ha sido dado para transformarles progresivamente en Cristo; para que infunda en ellos el "espíritu de los hijos adoptivos", para que adquieran la actitud filial de Cristo (cfr. Rom 8,15-17) y sus mismos sentimientos (cfr. Fil 2,5); para que haga presente en ellos la enseñanza de Cristo (cfr. Jn 14,26; 16,13-25), de modo que interpreten a su luz los acontecimientos de la vida y los avatares de la historia; para que los conduzca al conocimiento de las profundidades de Dios (cfr. 1 Cor 2,10) y les disponga a convertir su vida en un "culto espiritual" (cfr. Rom 12,1); para que les sostenga en las contrariedades y en las pruebas a las que deben hacer frente en el camino fatigoso de transformación en Cristo; para que suscite, alimente y dirija su oración: "El Espíritu de Dios viene en ayuda de nuestra

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

debilidad, porque nosotros ni siquiera sabemos pedir lo que nos conviene, pero el mismo Espíritu intercede insistentemente por nosotros con gemidos inefables; y el que escruta los corazones sabe cuáles son los deseos del Espíritu, porque intercede por los creyentes conforme a los designios de Dios" (Rom 8,26-27).

El culto cristiano tiene su origen y su fuerza en el Espíritu, y se desarrolla y perfecciona en Él. Así, se puede afirmar que sin la presencia del Espíritu de Cristo no hay auténtico culto litúrgico y tampoco puede expresarse la auténtica piedad popular.

79. A la luz de los principios expuestos se muestra que es necesario que la piedad popular se configure como un momento del diálogo entre Dios y el hombre, por Cristo, en el Espíritu Santo. No hay duda de que ésta, a pesar de las carencias que se notan aquí y allá — como por ejemplo la confusión entre Dios Padre y Jesús —, tiene en sí una impronta trinitaria.

La piedad popular es muy sensible al misterio de la paternidad de Dios: se conmueve ante su bondad, se admira de su poder y sabiduría; se alegra por la belleza de la creación y alaba al Creador por ella; sabe que Dios Padre es justo y misericordioso, y que se ocupa de los pobres y de los humildes; proclama que Él manda hacer el bien y premia a los que viven honradamente siguiendo el buen camino, en cambio aborrece el mal y aleja de sí a los que se obstinan en el camino del odio y de la violencia, de la injusticia y de la mentira.

La piedad popular se detiene con gusto en la figura de Cristo, Hijo de Dios y Salvador del hombre: se conmueve ante la narración de su nacimiento e intuye el amor inmenso que se esconde en ese Niño, Dios verdadero y verdadero hermano nuestro, pobre y perseguido desde su infancia; goza con la representación de numerosas escenas de la vida pública del Señor Jesús, el Buen Pastor que se acerca a los publicanos y a los pecadores, el Taumaturgo que cura a los enfermos y socorre a los necesitados, el Maestro que habla con verdad; y sobre todo le gusta contemplar los misterios de la Pasión de Cristo, porque advierte en ellos su amor ilimitado y la medida de su solidaridad con el sufrimiento humano: Jesús traicionado y abandonado, flagelado y coronado de espinas, crucificado entre malhechores, bajado de la cruz y sepultado en la tierra, llorado por amigos y discípulos.

La piedad popular no ignora que en el misterio de Dios está la persona del Espíritu Santo. Cree que "por obra del Espíritu Santo" el Hijo de Dios "se ha encarnado en el seno de la Virgen María y se ha hecho hombre" y que en los comienzos de la Iglesia se dio el Espíritu a los Apóstoles (cfr. Hech 2,1-13); sabe que la fuerza del Espíritu de Dios, cuyo sello está impreso en los cristianos de manera particular mediante la confirmación, está viva en todo sacramento de la Iglesia; sabe que "En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" comienza la celebración de la Misa, se confiere el Bautismo y se da el perdón de los pecados; sabe que en el nombre de las tres Divinas Personas se realiza toda forma de oración de la comunidad cristiana y se invoca la bendición divina sobre el hombre y sobre todas las criaturas.

80. Así pues, es preciso que en la piedad popular se fortalezca la conciencia de la referencia a la Santísima Trinidad que, como se ha dicho, ya lleva en sí misma, aunque todavía como una semilla. Para este fin se dan las siguientes indicaciones:

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

- Es necesario ilustrar a los fieles sobre el carácter particular de la oración cristiana, que tiene como destinatario al Padre, por la mediación de Jesucristo, en la fuerza del Espíritu Santo.
- Por lo tanto, es necesario que las expresiones de la piedad popular muestren claramente la persona y la acción del Espíritu Santo. La falta de un "nombre" para el Espíritu de Dios y la costumbre de no representarlo con imágenes antropomórficas han dado lugar, al menos en parte, a cierta ausencia del Espíritu Santo en los textos y en otras formas de expresión de la piedad popular, aunque sin olvidar la función de la música y de los gestos del cuerpo para manifestar la relación con el Espíritu. Esta ausencia se puede solucionar mediante la evangelización de la piedad popular, de la que ha tratado tantas veces el Magisterio de la Iglesia.
- Es necesario, por otra parte, que las expresiones de la piedad popular pongan de manifiesto el valor primario y fundamental de la Resurrección de Cristo. La atención amorosa dedicada a la humanidad sufriente del Salvador, tan viva en la piedad popular, se debe unir siempre a la perspectiva de su glorificación. Sólo con esta condición se presentará de manera íntegra el designio salvífico de Dios en Cristo y se captará en su unidad inseparable el Misterio pascual de Cristo; sólo así se trazará el rostro genuino del cristianismo, que es victoria de la vida sobre la muerte, celebración del que "no es un Dios de muertos, sino de vivos" (Mt 22,32), de Cristo, el Viviente, que estaba muerto y ahora vive para siempre (cfr. Ap 1,28), y del Espíritu "que es Señor y dador de vida".
- Finalmente es necesario que la devoción a la Pasión de Cristo lleve a los fieles a una participación plena y consciente en la Eucaristía, en la que se da como alimento el cuerpo de Cristo, ofrecido en sacrificio por nosotros (cfr. 1 Cor 11,24); y se da como bebida la sangre de Jesús, derramada en la cruz para la nueva y eterna Alianza, y para la remisión de todos los pecados. Esta participación tiene su momento más alto y significativo en la celebración del Triduo pascual, culminación del Año litúrgico, y en la celebración dominical de los sagrados Misterios.

La Iglesia, comunidad cultural

81. La Iglesia, "pueblo reunido en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" es una comunidad de culto. Por voluntad de su Señor y Fundador, realiza numerosas acciones rituales que tiene como objetivo la gloria de Dios y la santificación del hombre, y que son todas, de distinto modo y en diverso grado, celebraciones del Misterio pascual de Cristo, orientadas a realizar la voluntad de Dios de reunir a los hijos dispersos en la unidad de un solo pueblo.

En las diversas acciones rituales, la Iglesia anuncia el Evangelio de la salvación y proclama la Muerte y Resurrección de Cristo, realizando a través de los signos su obra de salvación. En la Eucaristía celebra el memorial de la santa Pasión, de la gloriosa Resurrección y de la admirable Ascensión, y en los otros sacramentos obtiene otros dones del Espíritu que brotan de la Cruz del Salvador. La Iglesia glorifica al Padre con salmos e himnos por las maravillas que ha realizado en la Muerte y en la Exaltación de Cristo su Hijo, y le suplica que el misterio salvífico de la Pascua llegue a todos los hombres; en los sacramentales, instituidos para

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

socorrer a los fieles en diversas situaciones y necesidades, suplica al Señor para que toda su actividad esté sostenida e iluminada por el Espíritu de la Pascua.

82. Sin embargo, en la celebración de la Liturgia no se agota la misión de la Iglesia por lo que se refiere al culto divino. Los discípulos de Cristo, según el ejemplo y la enseñanza del Maestro, rezan también en lo escondido de su morada (cfr. Mt 6,6); se reúnen a rezar según formas establecidas por hombres y mujeres de gran experiencia religiosa, que han percibido los anhelos de los fieles y han orientado su piedad hacia aspectos particulares del misterio de Cristo; rezan de unas formas determinadas, que han surgido de una manera prácticamente anónima desde el fondo de la conciencia colectiva cristiana, en las cuales las exigencias de la cultura popular se armonizan con los datos esenciales del mensaje evangélico.

83. Las formas auténticas de la piedad popular son también fruto del Espíritu Santo y se deben considerar como expresiones de la piedad de la Iglesia: porque son realizadas por los fieles que viven en comunión con la Iglesia, adheridos a su fe y respetando la disciplina eclesial del culto; porque no pocas de dichas expresiones han sido explícitamente aprobadas y recomendadas por la misma Iglesia.

84. En cuanto expresión de la piedad eclesial, la piedad popular está sometida a las leyes generales del culto cristiano y a la autoridad pastoral de la Iglesia, que ejerce sobre ella la acción de discernir y declarar auténtico, y la renueva al ponerla en contacto con la Palabra revelada, la tradición y la misma Liturgia, un contacto que resulta fecundo.

Es necesario, por otra parte, que las expresiones de la piedad popular estén siempre iluminadas por el "principio eclesiológico" del culto cristiano. Esto permitirá a la piedad popular:

- Tener una visión correcta de las relaciones entre la Iglesia particular y la Iglesia universal; la piedad popular suele centrarse en los valores locales, con el riesgo de cerrarse a los valores universales y a las perspectivas eclesiológicas.
- Situar la veneración de la Virgen Santísima, de los Ángeles, de los Santos y Beatos, y el sufragio por los difuntos, en el amplio campo de la Comunión de los Santos y dentro de las relaciones existentes entre la Iglesia celeste y la Iglesia que todavía peregrina en la tierra.
- Comprender de modo fecundo la relación entre ministerio y carisma; el primero, necesario en las expresiones del culto litúrgico; el segundo, frecuente en las manifestaciones de la piedad popular.

Sacerdocio común y piedad popular

85. Mediante los sacramentos de la iniciación cristiana el fiel entra a formar parte de la Iglesia, pueblo profético, sacerdotal y real, al que corresponde dar culto a Dios en espíritu y en verdad (cfr. Jn 4,23). Este pueblo ejerce dicho sacerdocio por Cristo en el Espíritu Santo, no sólo en ámbito litúrgico, especialmente en la celebración de la Eucaristía, sino también en otras expresiones de la vida cristiana, entre las que se cuentan las manifestaciones de la piedad popular. El Espíritu Santo le confiere la capacidad de ofrecer sacrificios de alabanza

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

a Dios, de elevar oraciones y súplicas y, ante todo, de convertir la propia vida en un "sacrificio vivo, santo y agradable a Dios" (Rom 12,1; cfr. Heb 12,28).

86. Desde este fundamento sacerdotal, la piedad popular ayuda a los fieles a perseverar en la oración y en la alabanza a Dios Padre, a dar testimonio de Cristo (cfr. Hech 2,42-47) y, manteniendo la vigilante espera de su venida gloriosa, da razón, en el Espíritu Santo, de la esperanza de la vida eterna (cfr. 1 Pe 3,15); y mientras conserva aspectos significativos del propio contexto cultural, expresa los valores de eclesialidad que caracterizan, en diverso modo y grado, todo lo que nace y se desarrolla en el Cuerpo místico de Cristo.

Palabra de Dios y piedad popular

87. La Palabra de Dios, contenida en la Sagrada Escritura, custodiada y propuesta por el Magisterio de la Iglesia, celebrada en la Liturgia, es un instrumento privilegiado e insustituible de la acción del Espíritu en la vida cultural de los fieles.

Como en la escucha de la Palabra de Dios se edifica y crece la Iglesia, el pueblo cristiano debe adquirir familiaridad con la Sagrada Escritura y llenarse de su espíritu, para traducir en formas adecuadas y conformes a los datos de la fe, el sentido de piedad y devoción que brota del contacto con el Dios que salva, regenera y santifica.

En las palabras de la Biblia, la piedad popular encontrará una fuente inagotable de inspiración, modelos insuperables de oración y fecundas propuestas de diversos temas. Además, la referencia constante a la Sagrada Escritura constituirá un índice y un criterio, para moderar la exuberancia con la que no raras veces se manifiesta el sentimiento religioso popular, dando lugar a expresiones ambiguas y en ocasiones incluso incorrectas.

88. Pero "la lectura de la Sagrada Escritura debe estar acompañada de la oración, para que pueda realizarse el diálogo entre Dios y el hombre"; por lo tanto, es muy recomendable que las diversas formas con las que se expresa la piedad popular procuren, en general, que haya textos bíblicos, oportunamente elegidos y debidamente comentados.

89. Para este fin ayudará el modelo que ofrecen las celebraciones litúrgicas, donde la Sagrada Escritura tiene un papel constitutivo, propuesta de maneras diversas, según los tipos de celebración. Sin embargo, como a las expresiones de la piedad popular se les reconoce una legítima variedad de forma y de organización, no es necesario que en ellas la disposición de las lecturas bíblicas sea un calco de las estructuras rituales con las que la Liturgia proclama la Palabra de Dios.

El modelo litúrgico constituirá, en cualquier caso, para la piedad popular, una especie de garantía de una correcta escala de valores, en la cual el primer lugar le corresponde a la actitud de escucha de Dios que habla; enseñará a descubrir la armonía entre el Antiguo y el Nuevo Testamento y a interpretar el uno a la luz del otro; presentará soluciones, avaladas por una experiencia secular, para actualizar de manera concreta el mensaje bíblico y ofrecerá un criterio válido para valorar la autenticidad de la oración.

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

En la elección de los textos es deseable que se recurra a pasajes breves, fáciles de memorizar, incisivos, fáciles de comprender, aunque resulten difíciles de llevar a la práctica. Por lo demás, algunos ejercicios de piedad, como el Vía Crucis y el Rosario, favorecen el conocimiento de la Escritura: al vincular directamente los episodios evangélicos de la vida de Jesús a gestos y oraciones aprendidas de memoria, se recuerdan con mayor facilidad.

Piedad popular y revelaciones privadas

90. Desde siempre, y en todas partes, la religiosidad popular se ha interesado en fenómenos y hechos extraordinarios, con frecuencia relacionados con revelaciones privadas. Aunque no se pueden circunscribir al ámbito de la piedad mariana, en esta especialmente se dan las "apariciones" y los consiguientes "mensajes". En este sentido recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica: "A lo largo de los siglos ha habido revelaciones llamadas "privadas", algunas de las cuales han sido reconocidas por la autoridad de la Iglesia. Estas, sin embargo, no pertenecen al depósito de la fe. Su función no es la de "mejorar" o "completar" la Revelación definitiva de Cristo, sino la de ayudar a vivirla más plenamente en una cierta época de la historia. Guiado por el Magisterio de la Iglesia, el sentir de los fieles (sensus fidelium) sabe discernir y acoger lo que en estas revelaciones constituye una llamada auténtica de Cristo o de sus santos a la Iglesia" (n.67).

Enculturación y piedad popular

91. La piedad popular está caracterizada, naturalmente, por el sentimiento propio de una época de la historia y de una cultura. Una muestra de esto es la variedad de expresiones que la constituyen, florecidas y afirmadas en las diversas Iglesias particulares en el transcurso del tiempo, signo del enraizarse de la fe en el corazón de los diversos pueblos y de su entrada en el ámbito de lo cotidiano. Realmente "la religiosidad popular es la primera y fundamental forma de "enculturación" de la fe, que se debe dejar orientar continuamente y guiar por las indicaciones de la Liturgia, pero que a su vez fecunda la fe desde el corazón". El encuentro entre el dinamismo innovador del mensaje del Evangelio y los diversos componentes de una cultura es algo que está atestiguado en la piedad popular.

92. El proceso de adaptación o de enculturación de un ejercicio de piedad no debería presentar dificultades por lo que se refiere al lenguaje, a las expresiones musicales y artísticas y al uso de gestos y posturas del cuerpo. Los ejercicios de piedad, por una parte, no conciernen a aspectos esenciales de la vida sacramental y por otra son, en muchos casos, de origen popular, nacidos del pueblo, formulados con su lenguaje y situados en el marco de la fe católica.

Sin embargo, el hecho de que los ejercicios de piedad y las prácticas de devoción sean expresión del sentir del pueblo, no autoriza a actuar en esta materia de modo subjetivo y con personalismo. Manteniendo la competencia propia del Ordinario del lugar o de los Superiores Mayores — si se trata de devociones vinculadas a Órdenes religiosas —, cuando se trata de ejercicios de piedad que afectan a toda una nación o a una amplia región, conviene que se pronuncie la Conferencia de Obispos.

LA PIEDAD POPULAR Y SU IMPORTANCIA DENTRO DE LA IGLESIA

Es preciso una gran atención y un profundo sentido de discernimiento para impedir que, a través de las diversas formas del lenguaje, se insinúen en los ejercicios de piedad nociones contrarias a la fe cristiana o se abra la puerta a expresiones contaminadas por el sincretismo.

En particular es necesario que el ejercicio de piedad, objeto de un proceso de adaptación o de enculturación, conserve su identidad profunda y su fisonomía esencial. Esto requiere que se mantenga reconocible su origen histórico y las líneas doctrinales y culturales que lo caracterizan.

En lo referente al empleo de formas de piedad popular en el proceso de enculturación de la Liturgia, hay que remitirse a la Instrucción de este Dicasterio sobre el tema en cuestión.

3. ORIENTACIONES PARA ARMONIZAR LA PIEDAD POPULAR Y LA LITURGIA

Premisa

93. Como ayuda para concretar en la acción pastoral lo que se ha expuesto más arriba, se ofrecen algunas orientaciones sobre la necesaria relación entre la piedad popular y la Liturgia, de manera que la acción pastoral resulte armónica y provechosa. Al mencionar los ejercicios y prácticas de piedad más extendidos, no se pretende hacer un elenco exhaustivo ni abarcar todas y cada una de las manifestaciones de carácter local. También se encuentran, dispersas, indicaciones sobre la pastoral litúrgica, dada la afinidad de la materia en estos campos, en los que las fronteras no están delimitadas rigurosamente.

La exposición se articula en cinco capítulos:

- El *cuarto*, sobre el Año litúrgico, desde el punto de vista de la deseable armonización entre sus celebraciones y las manifestaciones de la piedad popular.
- El *quinto*, sobre la veneración de la santa Madre del Señor, que ocupa un puesto singular tanto en la sagrada Liturgia como en la piedad popular.
- El *sexto*, sobre el culto de los Santos y Beatos, que ocupa también un amplio espacio en la Liturgia y en la devoción de los fieles.
- El *séptimo*, sobre el sufragio por los difuntos, que aparece con frecuencia en las diversas expresiones de la vida cultural de la Iglesia.
- El *octavo*, sobre los santuarios y peregrinaciones, lugares significativos y expresiones características de la piedad popular, que tienen no pocas repercusiones de orden litúrgico.

Aunque se hace referencia a situaciones muy distintas y a ejercicios de piedad de índole y naturaleza diversa, el texto formula sus propuestas respetando siempre unos presupuestos fundamentales: la superioridad de la Liturgia sobre otras expresiones culturales; la dignidad y la legitimidad de la piedad popular; la necesidad pastoral de evitar cualquier clase de contraposición entre la Liturgia y la piedad popular, así como de no confundir ambas expresiones, dando lugar a celebraciones híbridas.